



EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

CARLA CANON VISITA AL SABIO MIRALLÁ
PARA HABLAR DE INTERSTICIOS DE NOMADEO

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 06/03/2013

Número de páginas: 77

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

**INTRODUCCIÓN PRIMERA
– Y LO MÁS ERÓTICAMENTE POSIBLE CONSIDERADO
ESO DE LA INTRODUCCIÓN – DE LOS CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS
ISLAS DE LA CARLA CANON, DEDICADOS A LA ACAMPADA SOL.**

¿Qué es la poesía épica? La clásica la conocemos cada vez menos, o a través de audiovisuales aligerados hasta la exasperación, y la nueva poesía épica, para tiempos anómicos tan necesaria, no aparece por ninguna parte. ¿Tal vez es nueva poesía épica la de los juegos virtuales de mitologías mestizas y descontextualizadas? Lo dudo. Para no echarse a llorar, tiene que haber una épica más anarquista y bufona, más pop. Que levante el pavo que tenemos, en general, tan decaído. Por ello me he planteado un programa poético, que me gustaría que fuera poesía épica, o un ensayo de ella, por lo menos, que cante a los valientes creadores de leyes del nomadeo capaces de neutralizar a las tiránicas leyes del mercado. Una acción así, o con esa orientación al menos, sólo puede ser mostrada como creíble con un informe literario con tintes de poesía épica.

LOS CUENTOS DE LA CARLA CANON quieren ser **POESÍA ÉPICA REFRACTARIA**, pero no sé si soportará bien el texto una lectura así. Perteneciente a la colección de cuentos del paraíso de las islas para la Acampada Sol, es parte de un E-libro del Archivo de la frontera, por lo tanto, pero al mismo tiempo es, en sí mismo, un ensayo de poesía épica refractaria, que espera confirmación exterior de lecturas ajena para saber si ha sido capaz de hacer reír, al menos en dos ocasiones, a lo largo de su lectura. Si no fuera así, lo consideraría un estrepitoso fracaso literario, y más, y pensaría seriamente en retirarme de la escritura para dedicarme a otros menesteres más reconocidos, por ejemplo al cine. Es un decir. Díganme algo, pues, plissss...

Va dedicada esta introducción primera a mis editores favoritos:

Polacos y Refractarios, Raj, Raf y Sonia ayerrasonia@yahoo.es y rao_cuter@yahoo.es
Moebius (JL Recio y Javier Rodríguez Fonseca) juanluisrecio@berbes.com
Óscar Ayala las25villas@hotmail.com
José María Parreño & co. jose@ardora.com
Jesús Munárriz munarriz@hiperion.com
Javier Ruiz luis.javier.ruiz@gmail.com
Germán Labrador labrador@Princeton.EDU
Fidel Moreno fideloskymoreno@yahoo.es
Esmeralda de Luis esmeralda.deluis@hotmail.com
Carlos Miragaya porst@carlosmiragaya.name
Laura Massimino mail@lauramassimino.com

CARLA CANON VISITA AL SABIO MIRALLÁ PARA HABLAR DE INTERSTICIOS DE NOMADEO

I Parte

Tiempo y situación

La primavera apuntaba ya, en pleno invierno, con los almendros florecidos. Carla Canon, después de un fin de semana en que se había bebido todo lo bebable y follado todo lo follable, como decían en plan bruto, y en ocasiones exagerando demasiado la realidad, quiso terminar su informe último sobre los campamentos de refugiados orientales, de allá por Siria, para intentar la coordinación con los nuevos poblados del Sahel de los que llegaban informes continuos desde Malí y desde los Archipiélagos.

1

Un mensaje

Al encender el ordenador, aún con la boina de la resaca puesta, se topó con un mensaje prioritario de los que hacía tiempo que no recibía. “Declaración individual de independencia personal Orbis Terrarum”, decía como título, en letras brillantes, y aquí y allá saltaba en el fondo de la pantalla la palabra PERSONA, de diferentes tamaños y colores. Le recordó sus tiempos de estudiante, tan radicales y animosos, y le hizo gracia. Apareció un ícono de una camellita blanca rodeada de cisnes revoloteando a su alrededor, y sonrió. Eran los mensajes de la Biblioteca de don Borondón, que ahora le decían del Naranjal. Hacía tiempo que no recibía ninguno, y siempre resultaban estimulantes y divertidos.

El mensaje, con los iconitos de la camella Bernabé y los cisnes – y cisnas – del Rin, era de Fausto Mirallá, uno de los grandes bibliotecarios del Naranjal, en donde lo había conocido durante una de sus estancias allí para consultas, años atrás, cuando era aún estudiante, y en uno de sus primeros viajes de conocimiento y de contactos. ¡Tiempos aquellos, hermosos y transicionales! De un monte a otro monte, y, tras un muro, el mar. A Carla

le entró curiosidad; se preparó un café muy cargado y volvió al ordenador.

“Palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente”; ese rótulo inicial parecía el descriptor del marco o escenario general de la propuesta, que venía a continuación: “El viajero o viajera de conocimiento y contactos se atiene, Orbis Terrarum, a lo vigente: derechos humanos”.

Carla Canon sonrió, apuró su taza humeante de café y telefoneó a la biblioteca del Naranjal. Una chica de voz cantarina y vago acento nórdico le dijo que ella era nueva allí, pero tenía entendido que el sabio Mirallá había dejado su residencia en la biblioteca del Naranjal y se había trasladado a vivir a un nuevo intersticio de nomadeo que se estaba organizando a orillas del Rin. “Oh, yes, la camella blanca Bernabé sigue siendo nuestro iconito de mensajería”. Carla Canon le agradeció la información. Sonrió. Fausto Mirallá estaba organizando, sin duda, una nueva sucursal, si pudiera decirse así, de la biblioteca borondoniana en un nuevo intersticio de nomadeo; de ahí los cisnes –y cisnas – del Rin con que había animado el logotipo de su nuevo equipo y casa de apalanque. “El sabio Mirallá”, había dicho la chica del teléfono.

Ya le habían pillado su perfil, estaba naciendo un nuevo personaje mito...

2

Una interpretación del mensaje

“La declaración individual de independencia personal Orbis Terrarum”, como formulación básica, parecía indicar que Mirallá pretendía crear un nuevo documento tipo muy básico para facilitar la movilidad de la gente de acá para allá; una suerte de carnet que acreditara que el poseedor, declarante de su independencia personal, no trabajaba para los intereses de algún anónimo patrón con otros intereses que los de la misma movilidad en busca de supervivencia. Carla apuró un segundo café y se sonrió para sí. “Quiere desenmascarar a los vende-motos, vamos. Se le nota a la legua. Viejo astuto”. Le comenzó a interesar el asunto, y dejó de lado por el momento el informe sobre los campamentos de refugiados orientales que traía entre manos. Lo tenía prácticamente resuelto ya; además, tendría la mente más despejada por la tarde, después de una siesta.

Entró en la “Palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente”, el escenario en el que Fausto Mirallá quería desarrollar su propuesta, y resultó ser una plataforma digital que llamaba Tranvía, a la que te subías y bajabas a contenidos sucesivos en los que se iba precisando, con imágenes y textos, los mensajes del sabio Mirallá. “A proposal”, una propuesta. Eso era.

La primera imagen que se imponía al visitante del Tranvía era una esfera de cristal. Carla Canon la interpretó de inmediato: tenía relación con el Orbis Terrarum que se repetía en las formulaciones. Un mundo transparente y frágil. El sabio Mirallá convertía la vieja imagen/fuerza de “Europa, una casa de cristal” en un mundo globalizado

en el que la base de la transparencia debía ser esa declaración individual de independencia personal.

3

Viejos debates de estudiantes en la biblioteca del Naranjal

Carla Canon había conocido al sabio Mirallá en la biblioteca del Naranjal, cuando aún le decían biblioteca de don Borondón. Ella era por entonces estudiante y activista, muy joven, y habían lanzado un concurso europeo para encontrar una imagen/fuerza que pudiera simbolizar una Europa unida amable para todos, global, y que pudieran comprenderla hasta los finlandeses, que no eran nada receptivos a formulaciones conceptuales tipo francés, como “Igualdad, libertad, fraternidad”, que no llegaban a comprender.

Aquella convocatoria, recordaba perfectamente la Carla, desencadenó numerosos debates asamblearios durante todo el verano que se pasó en la biblioteca del Naranjal, y Fausto Mirallá había sido uno de los principales animadores de los debates. Era músico y matemático, a más de editor y programador, y uno de los pioneros clave en la difusión de contenidos de la biblioteca borondoniana. Entre las propuestas que surgieron sobre esa imagen que pudiera representar a Europa, algunas eran en verdad peregrinas y divertidísimas. La Carla Canon recordaba una con peculiar viveza, apoyada por un sector juvenil más juguetón, que llamaban “Lady Gaga Europa”, y hacía alusión a una artista internacional de moda en aquellos tiempos, extravagante y divertida. Una chica francesa muy guapa, de la que luego Carla llegó a ser muy buena amiga, la Chantal, había defendido esa candidatura de “Lady Gaga Europa” con total seriedad, y aludía como ilustre precedente a la bella actriz Brigitte Bardot que había servido de modelo para la imagen de la Republique francesa. Otro grupo, sobre todo de italianos, defendió una nave espacial con la imagen del David de Miguel Ángel y todo el fuste de la nave cubierto con corazones rojos, tipo un diseño muy famoso de Andy Warhol, pero fue rechazado escandalosamente por otro equipo de chicas airadas, de las antiguas feministas, que los tildaron de machistas naif y primarios.

Para la segunda gran asamblea general, que atrajo a numerosos chavales y chavalas de todo el mundo, pues ya la biblioteca de don Borondón era uno de los intersticios de nomadeo más afamados del paraíso de las islas, la práctica totalidad de las propuestas eran informes audiovisuales, en modelo de videoclip musical; una maravilla la explosión de imágenes y sonido entre debate y debate.

Poco a poco, en sesiones sucesivas, se fue imponiendo “Europa, una casa de cristal”, que patrocinaba, o coordinaba, mejor, Fausto Mirallá. Realizaron hasta una docena de informes audiovisuales o videoclips, y al final terminó convenciendo a la mayoría uno con la música del himno europeo y un mapa que se iba transformando poco a poco, con sucesivas irradiaciones de elementos arquitectónicos de cristal transparente,

en un palacio tipo Alhambra de Granada lleno de fuentes y jardines.

Carla Canon sonrió. Muy refrescante todo para aquel tórrido verano. La polisemia de la imagen/fuerza casa de cristal podía abarcar a todas las posibles interpretaciones, que saltaban aquí y allá según la sensibilidad de cada uno. “¡Las cuentas claras y encima de la mesa!”, decían unos. “¡Muerte al secreto!”, gritaban otros. “La contabilidad, en red abierta”, interpretaba alguna gente de aspecto más atildado y pulcro...

La última parte de aquel verano ya lejano se la habían pasado, en la biblioteca del Naranjal, consensuando contenidos literarios para aquella imagen/fuerza de la casa de cristal europea, y Fausto Mirallá presentó un informe final memorable, que se cerró con la fiesta de fin de verano y la centrifugación de todos los viajeros de conocimiento y de contactos hacia sus lugares de origen. Aquellos recuerdos de juventud los llevaba Carla impresos en la piel, como tatuaje, pues allí había fraguado su primer amor, el primer novio que se había convertido en su amante exclusivo durante más de un año, y con quien había vivido la experiencia inolvidable de la visita a su primer campamento de refugiados, que intentaban convertir en intersticio de nomadeo de éxito. ¡Tiempos aquellos, de emociones y movilidad!

4

Un manifiesto remozado

Carla Canon volvió a la pantalla, a la esfera transparente en que se había convertido la antigua casa de cristal, y observó en su interior un texto que reconoció al instante, pues correspondía a una de las elaboraciones teóricas adoptadas aquel lejano verano para explicar la imagen/fuerza de Europa, una casa de cristal: un esbozo de programa básico para convertir a Europa en una Gran Confederación Centro-Sur, como la llamaba el promotor, en este caso un viejo al que decían rector Juan Bravo o JB. El esbozo era muy simplificado, pero era la síntesis más sencilla de lo que aquella chavalería había consensuado que quería de Europa. De Europa como casa de cristal. Eran sólo ocho puntos o, mejor, una introducción y siete puntos básicos.

Carla Canon sintió despertarse en ella el instinto de semióloga, como ella le decía, el deseo de desmenuzar un mensaje que pudiera intrigarla; eso podía resultar peligroso. Observó el cuadernillo con el informe sobre campamentos de refugiados orientales, allí a su lado, y supo que debía esperar, con suerte, por lo menos hasta después de la siesta. Se levantó decidida, tomó el informe y se lo llevó a la mesa de trabajos pendientes; eso sí, dejó el informe sobre todos los demás, en lo alto del legajo, como absolutamente prioritario. Y se fue a preparar un tercer café humeante y bien cargado. Cuando atacaban los instintos básicos, y sobre todo el de semióloga, tenían que pillarla bien despierta.

Sobre todo, para disfrutar de ellos.

Volvió a la pantalla abierta del Tranvía, la plataforma que el sabio Mirallá le había enviado como mensaje, y leyó el texto inserto en la esfera de cristal. La introducción decía así:

*La Gran Confederación Centro-Sur ha nacido como una concesión
a la imaginación de los hombres y aunque su presidente Juan Bravo
es cabeza visible no es, en absoluto,
único responsable conceptual de la misma.*

A Carla le entró la risa. Recordaba perfectamente aquella asamblea veraniega lejana en la que aprobaron este fragmento a petición de aquel viejo apasionado que era el rector JB; lo que la hacía reír era la trifulca que se montó a propósito de lo de “la imaginación de los hombres”, porque algunos grupos, sobre todo de mujeres airadas, querían que dijera “la imaginación de los hombres y de las mujeres”, y al final nadie recogió la solución final aceptada que era “la imaginación de la gente”, y quedó como quedó. Y quedó como quedó porque la trifulca iniciada por las mujeres airadas terminó convirtiéndose en una especie de orgía a medida que la tarde iba discurriendo y toda la chavalería comenzó a percibirse de que aquella era la última asamblea y fiesta del verano en el Naranjal. Y comenzaron las despedidas, y los achuchones, y la música se hizo reina del aire, y a la gente le entró la marcha y aquello se votó como se votó y terminó alegremente como terminó. El Naranjal todo y las arboledas de los alrededores convertidos en bosques de Nemo atestados de náyades y faunos en éxtasis místico inolvideibols, mire usted, qué le vamos a decir... Carla se secó las lágrimas de las tantas risas y continuó con el punto uno del esbozo de programa básico para la Gran Confederación que querían para Europa, casa de cristal.

1 Todos los gobiernos de los países integrantes de la Gran Confederación siguen siendo la administración suprema de cada estado; sin embargo, las fronteras tradicionales han desaparecido en la Gran Confederación, sólo quedan límites geográficos administrativos.

Carla observó unas letras sobrepuestas a esta declaración del punto uno en diferente tono, que decían: “El viajero o viajera de conocimiento y contactos se atiene Orbis Terrarum a lo vigente: derechos humanos”. Ese le pareció a Carla un primer elemento importante del mensaje del sabio Mirallá: la Europa como casa de cristal, que había sido construida a golpe de acción de los viajeros de conocimiento y de contactos, debía convertirse en – Orbis Terrarum – una movida global. Sugería el nuevo marco simplificado para esa acción, que debía ser lo más básico y sencillo: los derechos humanos sin más. Eso parecía lo que quería remozar Mirallá del viejo manifiesto para adaptarlo a las nuevas redes de intersticios de nomadeo que se estaban generando por doquier, ese no parar que los estaba volviendo locos a todos con los nuevos nomadeos imparables y de urgencia...

Los puntos dos y tres del esbozo de programa básico estaban tal cual Carla los recordaba:

2 Educación y coordinación económica son los dos objetivos básicos del equipo que, por decirlo así, dirige la Gran Confederación.

3 Tradiciones sociales, culturales y religiosas de los pueblos, a nivel de estado y región, son respetadas cuidadosamente, sin perjuicio de que un espíritu común se vaya imponiendo de forma nunca violenta como consecuencia de los contactos entre diversos grupos humanos. Estos contactos son estimulados, en pocas ocasiones dirigidos, y los viajes de conocimiento y de contactos son básicos en la formación de la juventud de toda la Gran Confederación.

A Carla Canon le entró, de nuevo, la risa, un ataque de risa al recordar la fiesta del Naranjal en la que consensuaron aquel viejo programa del rector JB. Si con la trifulca de las mujeres airadas que se había organizado durante la aprobación de la introducción a propósito de “la imaginación de la gente” había comenzado la fiesta propiamente dicha del final del verano, al punto uno del esbozo del programa toda la chavalería bailona ya respondió con un ¡Olé! jolgorioso y atronador y aplauso general. Lo mismo sucedió con el punto dos. Del número tres, ya no se supo si aquello fue una aprobación unánime o un pasar ya descarado del asunto, pues al alargarse su lectura el barullo general fue creciendo y algunas frases ni siquiera resultaban audibles... Intentaron recuperar el silencio justo cuando JB decía: “Estos contactos son estimulados...”, pero a partir de ese momento ya no tuvo arreglo aquello como asamblea porque ya se convirtió, al grito de “¡contactos estimulados!”, en el fiestón bacanalero y danzón en que devino la reunión, una especie de Bunga-Bunga que la estrella política italiana ascendente por entonces, el gran Silvio, estaba promocionando por el mundo. Carla Canon no podía parar de reírse con aquel vívido recordar que el mago sabio Mirallá le había provocado con su mensaje enviado a través de la camella blanca Bernabé y las pajaritas y cisnes del Rin...

Seguía poseída por la pasión semiológica; tantas risas no podían tener otra explicación. Carla Canon fue al baño y se enjuagó la cara; luego se preparó un aperitivo alcohólico y aromático y volvió a la pantalla del Tranvía. En el punto cuatro del esbozo del programa JB, parecía adivinarse otra pista interpretativa. El punto cuatro era breve:

4 Existe un pasaporte único a modo de cédula de identificación personal común a todos los habitantes de la Gran Confederación Centro-Sur.

Estuvo a punto de entrarle de nuevo la risa, pero un buen trago del aperitivo caipiriñado, de su invención, la calmó. Aquel punto no recordaba para nada que se hubiera aprobado en la fiesta del Naranjal, ni los siguientes tampoco, pues ya la asamblea se había convertido para entonces en un baile enloquecido. Una tácita aprobación, pues nadie se molestó más tarde

en poner objeción alguna a aquel texto resultante,
que por otra parte había de hacerse muy popular.

En la esfera de cristal del Tranvía, sobre este punto cuatro, como antes
había sucedido con el punto uno, había también unas letras sobrepuertas
con diferente tonalidad: “Si firmada la declaración de independencia”.

Ese era un segundo elemento importante del mensaje de Mirallá.

La declaración individual de independencia personal era una garantía
para que no se infiltraran en el sistema de una casa de cristal Orbis Terrarum,
no solo europea ya, los vendemotos de siempre. Vendedores,
aseguradores y prestamistas, insaciables centripetadores, no cabían
en las redes de movilidad o nomadeo que se pudieran estructurar,
esencialmente centrifugadoras, ni ellos ni sus agentes, y ese era el sentido
de esa inclusión de una declaración de independencia personal.

Carla Canon percibió en aquellas frases sobrepuertas con diferente tonalidad
el deseo de remozar el viejo esbozo de manifiesto del rector JB,
y otra vez le entró la risa al recordar los debates en torno al pasaporte
y a las cédulas de identificación personal; a todos los asamblearios,
sobre todo a la chavalería más joven y animosa, interesaban sobremanera.

“¡Los papeles, los papeles!”, coreaban los grupos a los que se veía
más trabajadetes por la vida. Unos defendían la validez de su “carnet de loco”
como cédula principal de identificación para moverse con facilidad
por los intersticios de nomadeo; otros defendían los más habituales,
como los carné de estudiante, o carné de parado, o de refugiado o exiliado,
o de minusválido o de cualquier tipología más o menos imaginativa
que se les podía ocurrir. Algunos grupos se opusieron tenazmente
a que desapareciera el carné de puta, al que decían valorar más
que el de peluquera, por ejemplo, porque tenían opción
a intersticios de nomadeo más divertidos. También se armó un gran alboroto
cuando algunos reivindicaron su carné de putos y peluqueros
ante el aplauso de las secciones de mujeres airadas más combativas,
y siguió el baile y la lucha. Las cada vez más ajustadas y eficaces
redes digitales, además, hacían maravillas. La unificación de modelos
en una única acreditación, la declaración individual de independencia personal,
tenía que satisfacer a todos. Y a todas. A tod's.

5

Carla se había servido un nuevo aperitivo caipiriñado, que era
lo que mejor le sentaba en un ataque pasional, fuera este el que fuera,
y se dispuso a un penúltimo asalto al mensaje llegado del Rin
con el iconito de la camella blanca. El punto cinco, consensuado tácitamente
por una asamblea bailona, era simple:

*5 Francés, inglés y español son las tres lenguas
en las que, con la propia nacional o regional,
se educará a la juventud y de las que se servirá la administración.*

También sobre este punto, sobrepuesto con diferente tonalidad, unas letras mayúsculas enviaban un nuevo mensaje: “TODAS LAS LENGUAS”. El punto seis, tal cual:

6 La coordinación económica de las diferentes regiones, con atención prioritaria a la conservación de la naturaleza y riqueza material y cultural, es de gran importancia.

Y el punto siete y final del esbozo de manifiesto de JB, en la esfera de cristal de la página del Tranvía, aparecía, sin más, tachado por dos trazos paralelos inclinados hacia la derecha. Tachado. Eso sí, el texto podía leerse con facilidad:

*7 Las tradiciones militares de los pueblos serían tenidas en consideración y conservadas como disciplinas deportivas y para espectáculo.
La defensa del territorio nacional para la Gran Confederación Centro-Sur ha dejado de tener sentido tanto como la defensa de los intereses de un grupo o una clase.*

A Carla le intrigó esta supresión, sin más, del punto siete, y lo atribuyó a la nueva imagen que se había difundido de los ejércitos como organizaciones de asistencia humanitaria para catástrofes internacionales, de alguna manera como un cuerpo de policía y de bomberos global. En ese contexto, la alusión a disciplinas deportivas y para espectáculo – con la dramática urgencia de los tiempos que corrían – parecía una humorada cruel para un tiempo nada idílico – deportes y espectáculos – sino todo lo contrario...

Por otra parte, también sobraba la alusión a los intereses de un grupo o una clase social desde el momento en el que, con la declaración individual de independencia personal, se creaba la nueva frontera global entre nómadas y vendemotos.

Carla se preparó un tercer aperitivo acaipiriñado, ya más aromático que alcohólico, y paseó la sala de trabajo de la casa, entre risitas que se le escapaban a traición desde lo hondo del alma cada vez que se le venía a la cabeza una escena nueva de la antigua fiesta de final del verano en el Naranjal... Ya debía faltar poco para la hora de comer, y quería terminar de saciar su pasión del momento antes de reunirse con los colegas en el restaurante de enfrente.

Volvió a la pantalla.

Eso era todo en la página primera del Tranvía, la imagen de una esfera de cristal en la que se inscribía – o que albergaba, mejor – el esbozo de manifiesto antiguo remozado ahora por el sabio Fausto Mirallá. Después de esta imagen/fuerza, venía un discurso invertebrado, al estilo musical y matemático que solía utilizar el músico y matemático Mirallá, como una provocación entre impresionista y expresionista, para leer activamente y jugar con sus sugerencias y aproximaciones... De aquella cantata en cascada matemáticamente fragmentable en unidades de sentido, todas estimulantes, Carla seleccionó los dos fragmentos que le parecieron completar la idea que el sabio Mirallá quería transmitir:

Primar como inversión prioritaria, como gran inversión al fin,

los intersticios de nomadeo, centro de acogida, protección, formación, clasificación y redistribución o centrifugación de la gente y los recursos, Orbis Terrarum.

Carla Canon apuró su tercer aperitivo acaipiriñado. “Esto es un programa político global de altura, sin duda”. Era una formulación que estaba en la línea de todas las conclusiones a que habían llegado los últimos informes sobre campamentos de refugiados que ella había elaborado últimamente, así como de la mayoría de los informes que llegaban de todas las fronteras más castigadas por guerras, desastres naturales, expolios de recursos o expropiaciones y desahucios impuestos por especuladores financieros. Sintetizaba muy bien un programa: era un chispazo expresivo que había que desarrollar hasta teóricamente.

El final del mensaje impresionó a Carla Canon, que lo vio de inmediato como una petición de socorro. Lo leyó como una rara partitura, con frases melódicas brillantes, fugas y calderones o silencios, rupturas rítmicas, citas y resbalones y disonancias, para cerrar con una chicuelina torera para titular el conjunto o collage del mensaje total: la palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente. Este era el final de la pantalla primera del Tranvía, pues, que completaba el esbozo de manifiesto remozado:

Dar un sentido del valor de las cosas que no sea el de la dominación,
contribuir a ‘formar’ ciudadanos,
personas,
individuos,
seres humanos,
de una comunidad libre y hacer
que nosotros y nosotras
todos y todas
mismos y mismas
mediante la combinación de la ciudadanía con la libertad
en la creatividad individual y colectiva, seamos capaces de dar
a la vida nuestra humana el esplendor
que muchos humanos seres
en lo que llevamos
de hallarnos bajo el sol
y lo casi nunca nuevo
demuestra
nos dice Bertrand Russell
todavía
en la palestra
de la lucha cotidiana
por un mundo decente
FIN.

Carla Canon terminó emocionada la inmersión en el mensaje del sabio Mirallá, era una tonta, una sentimental, una jipi... Su pasión había estallado en lágrimas

al final, eso era, era una sentimental. Tenía ganas de echar un polvo, y eso era un problema a esas horas... Vamos, anda, que o se preparaba un enésimo aperitivo caipiriñado o salía a la ventana y se ponía a gritar. Se estaba poniendo frenética. Un golpe y, ¡zaj!, y tras un muro, el mar.

Se abrió una lata de almejas gigantes chilenas que encontró por allí, para acompañar el trago caipiriñado de aperitivo, y llamó al Naranjal para pedir el teléfono de Fausto Mirallá, pues necesitaba hablar de inmediato con él.

FIN de la I PARTE

II PARTE de CARLA CANON VISITA AL SABIO MIRALLÁ

1

Banquete en el restaurante de enfrente

Carla no consiguió comunicación telefónica inmediata con Fausto Mirallá, pero estaba decidida a hacerle una visita a su nuevo intersticio del Rin; así se lo comunicó por un mensaje, bajo cubierta del logo de la camella blanca Bernabé y los cisnes con que había llegado la “Declaración individual de independencia personal Orbis Terrarum”, lo que significaba mensaje prioritario en el sistema de signos tradicional de la biblioteca del Naranjal. En ello andaba, cuando irrumpieron en la sala de trabajo los primeros colegas con los que había quedado a comer la víspera, a últimas horas de la noche.

Cortado, el Bakala, seguía en la ciudad del interior hasta dos días después, y pensaba salir para campamentos de refugiados orientales con Perico Rincón y un chaval de Siria que les acompañaba y que se traía con él para la comida. Los acompañaba Marta la de los Archipiélagos, como le decían, que se había unido al grupo al saber que Carla Canon iba a comer con ellos, pues hacía tiempo que no la veía y así aprovechaba para saludarla. Marta era una veterana tejedora experta en redes de nomadeo, pero se había ido reciclando hacia asuntos de intendencia más globales, durante un tiempo en los mismos grupos de acción de Carla Canon, con quien se había entendido muy bien.

Carla y Marta se recibieron muy efusivas, con saltitos y risas. “¿Te acuerdas de aquellos combates por una cultura de la bienvenida?”. Y más saltitos y risas. “Muy astuta, tú, conseguiste neutralizar a los pastosos aquellos de la ética de la condena”. Y más risas y más saltitos y palmas. “¡Puaf, pastosos es poco! Babosos, que luego, en las copas de la noche, no había quien se los quitara de encima”. Encantadas de verse, se sentían rejuvenecer.

Bajaron los cuatro al restaurante de enfrente. Carla y Marta le explicaron al Bakala y al Sirio los avatares de la campaña por una cultura de la bienvenida en la que habían participado activamente en el inicio del montaje del campamento de los Archipiélagos, y cómo habían conseguido que se aceptara el modelo organizativo de conciertos de rock, clave para el éxito de aquel nuevo intersticio de nomadeo africano. Carla había derivado luego hacia trabajos de coordinación e intendencia en campamentos de refugiados orientales,

pero Marta debió quedarse más apalancada, como se decía, en torno a los Archipiélagos. “Tu hija era por entonces casi un bebé”, recordó Carla. “Sí, la crianza fue importante, pero más lata me dieron los telares y talleres”. Su taller artesanal de tejidos de esteras había tenido que crecer desmesuradamente al hacerse muy demandados sus modelos, sobre todos los climatizados, y el crecimiento de los poblados de los Archipiélagos al convertirse en intersticio de nomadeo de éxito, así como las demandas de auxilio de otros campamentos en proceso de creación y primeros montajes, terminó desbordándolos a todos. Marta hacía ya muchos meses, si no años, que no se ponía ante un telar. Había sido engullida por la Organización centripetadora, ese monstruo que a medida que se llenaba de vendemotos se iba convirtiendo en más burocrático y depredador de energías.

Carla, Bakala y el Sirio se miraron y se encogieron de hombros.
“Lo de siempre. ¡Qué pesadez!”
Media docena más de comensales estaban por allí, y hubo nuevos saludos.
“La cultura de la bienvenida”, bromeó la Carla. Habían reservado ya la gran mesa del restaurante, sobre el ventanal que daba al parque; a mediodía era el lugar más agradable y distraído, pues siempre, sobre todo cuando mejoraba el tiempo, había por allí varios grupitos en plan picnic con almuerzos informales que aprovechaban para pequeñas asambleas.
“Como nosotros, desvirtualizando redes”, bromeó, a su vez, Bakala.
Uno de los informáticos, de los que habían llegado antes y se habían asentado ya a la mesa preparada para el banquete, le comentó que esa era la clave, o una de ellas al menos, la desvirtualización de grupos, la clave del éxito de las nuevas redes. El Bakala le contestó que a buenas horas, mangas verdes.
“Siempre sois los últimos en enteraros de por dónde va la cosa, colega Informático”.

Un camarero del restaurante le trajo a Carla un aperitivo caipiriñado con un guiño risueño. Carla le dio una palmadita en el culo y le devolvió el guiño. Era un chaval paquistaní que había llegado allí hacía tres semanas y aún andaba en proceso de adaptación, pero más listo y vivo que el hambre. Se lo presentó a todos, aunque alguno ya lo conocía. Carla y Marta siguieron con sus recuerdos de años atrás. “La cultura de la bienvenida, que impusimos al final a los de la ética de la condena, tan extreñiditos ellos, fue clave para terminar de definir la estructura del proyecto como de acogida, protección y redistribución contra los facciosos y vendemotos del control, encierro y devolución, que ni tenían argumentos para hacer medianamente comprensible su proyecto”.
“¡Qué comprensible, Carla, aceptable sin más! Porque aquello, a pesar de su retórica, se comprendía perfectamente”.

El Informático había estudiado recientemente el caso de Los Archipiélagos y estaba encantado con lo que oía de las dos mujeres.
“Las redes virtuales, allí, fueron decisivas porque funcionaron, precisamente,

muchos desvirtualizadores al mismo tiempo, militares y policiales, sí, pero también artísticos y musicales, artesanales e industriales, universitarios y de transportes y no sé cuántos más..."

"Y las agallas de cada uno y de cada una, chaval", saltó enseguida la Marta. Aquello se animaba. "Eso es, precisamente, lo que me interesa.

Estoy comenzando a hartarme de un nomadeo de ordenador en ordenador...

Necesito liberarme, urgente..." "¿Y qué sabes hacer, además de darle a la tecla?". El Informático – se llamaba Fito, y era un crac en lo suyo, como decían – le contestó que tenía alguna habilidad en la cocina, de potajes y ensaladas a salsas y asados, y alguna vez se había enredado algo en talleres de carpintería de reciclaje. "Pues te basta y te sobra para darte un garbeo por ahí sin necesidad de deslomarte en los cuadros de mando de los teclados, chico. Y cuanto antes, mejor, y con más fuerza y sabiduría vas a volver a lo tuyo". Luego le contó alguna anécdota más de su intersticio de apalanque, Los Archipiélagos, en donde estaba teniendo un desarrollo interesante, precisamente, lo que interesó al Fito el Informático, una atarazana, el Tarazanal le decían, de reconversión de cayucos, flucas y pateras menores en muelles, pasarelas y pisos y accesorios básicos para nuevos poblados.

El paquistaní había traído por entonces abundantes ensaladas y botellas de agua y de vino, mientras elegían un menú de temporada, y la conversación derivó hacia lo que se comentaba por allí esos días, la actualidad, que decían. Vendemotos y centripetadores, que se habían puesto las botas en la última crisis, como solían llamar a la realidad cuando se les iban de las manos sus malabares estadísticos, y se volvían más insaciables devoradores aún, los vendemotos se habían sacado de la manga un nuevo modelo de contrato para sus pagos globales, que llamaban "finiquito diferido con simulación de contrato", con el que se habían convertido en el hazmerreí tanto de los académicos de la sociedad formal como de los oenegeros, voluntarios y nómadas en general de los intersticios de nomadeo.

Se sospechaba que tan singular figura retórica encerraba un intento de chuleo o choriceo o disimulación de información, con distracción de energías bajo manga o bajo cuerda, en secreto en fin, de donde saldrían perjudicados los recursos correspondientes a las coordinadoras financieras de los intersticios de nomadeo.

"¡Que se lo metan por el culo!", se indignó el Bakala.

A la llegada del pescadito frito y los marisquillos, la gente aplaudió al paquistaní, y se relajó algo más la conversación.

Ya estaban a los postres, animados por el vinito blanco arribeirado que les trajo el paquistaní ante un guiño de la Carla, cuando apareció por allí Perico Rincón a buscar a sus colegas Bakala y el Sirio para terminar de preparar el viaje del día siguiente.

"¡Como que viajamos mañana, tío! Habíamos quedado en salir pasado mañana por la noche". Pero tenían que salir al día siguiente: un vuelo con oferta baratísima de última hora, y podrían llevarse cuarenta kilos más de material. Una ganga. "¡Joder, con las prisas! No le dejan a uno banquetear un poco, estos acelerados..."

Perico Rincón le dio unas palmaditas en la mejilla al Bakala, y éste se tranquilizó. El Sirio se reía. Pidieron un café rápido y un té para los que tenían que ponerse en movimiento, y Carla bromeó con Perico Rincón. “El Bakala y tú ya vais de tandem permanente por la vida, por lo que veo. ¿De equipo permanente o de pareja de hecho?” Cortado Bakalaero se echó a reír. “Pura comodidad. Inercia o rutina. Nos compenetrámos de puta madre de bien, y cuando el Perico comienza a ponerse nervioso, se hace un viaje rápido a ver a su novia la Murrús y vuelve como nuevo”. Al oír el nombre de la Murrús, Marta la de Los Archipiélagos se sobresaltó. “Anda ya, no me digas que tú eres el Perico Rincón… ¡Dale un abrazo a tu suegra, colega!” El Sirio los miraba perplejo, como diciéndose para sí que todos estaban locos, y apuró su té con menta a la magrebí, que en aquel restaurante preparaban estupendamente. El mundo era un pañuelo.

2

Antes de que se marcharan a toda prisa Perico, Cortado y el Sirio, la Carla Canon les comentó el nuevo carnet que estaba diseñando un equipo de la biblioteca del Naranjal que se había estado organizando en el Rin. A Perico ya se lo habían comentado por otra fuente. Una especie de nueva sutil frontera para poder driblar a vendemotos y manipuladores, un esfuerzo por poder nombrar una siempre penúltima frontera divisoria a franquear. O algo así. Les parecía bien y animaron a Carla a visitar al sabio Mirallá. “Ya os contare”. “Y cuenta con nosotros”. Fito el Informático no se perdía una palabra, sus gafotas siempre a media nariz, su cara redonda de niño grande… “¡Jo, Carla! Si me necesitáis, ya tengo una chispa para el programa virtual…” Marta le dio un codazo, borde la tía, agresiva o qué. “Muy verde te veo aún, chaval, para liberarte de ningún teclado… ¡Como no espabilés!”

El banquete había concluido. Carla tenía cuerpo de siesta. Se despidieron Marta y ella, quedaron en verse más, y “Bai-bai a todos. A rivederci”.

*

Siesta, informe y nuevas comunicaciones

Tenía cuerpo de siesta. Eso es. El capiriñado aperitivo, el albariñado licorcete de Baco y los pequeños animales del mar a quienes la luna Diana da su crecimiento, como decía el gran Luis de Camoens en su canto VI de Los Lusiadas, para referirse a los “camarones, cangrejos… ostrias y camarujos pequeñuelos, cosas en que no prenden los anzuelos…” ¡Oh, gran Lucrecio! Carla se desnudó por completo y se dispuso a cálida siesta entre sábanas cálidas. De siempre, una moderada mesa de pequeños animales del mar en que no prenden los anzuelos, bien regalada de vino y conversación estimulante,

la predisponían al éxtasis y al deseo vago de un más allá más acá amable y difuso. Carla se acariciaba toda. Había estado a punto de invitar al Fito el Informático a venirse con ella, pero a última hora le dio pereza al observarle tan naif e inexperto aún, tan pobre criaturilla... Soñó con fuentes, jardines y alamedas.

Una inmersión. En una lógica racional natural, para salvarse a nado de la lógica especulativa o económica centripetadora que la cercaba a una como si fuera ciudad amurallada. Una inmersión en la lógica del qué necesitas y amas, necesidades y amores. La realidad. Los argumentos de la lógica especulativa y centripetadora, de ganancia o beneficio meramente cuantificable, sonaban a discurso de una dentadura postiza. La canina, la catrina, la cantante calva. La inmersión ha de ser total. Para lograr la ligereza del nadar, del discurrir sin más, la ley del nomadeo...

En el balanceo del sueño comenzaron a soplar vientos cargados de negrura, discursos especulativos de dentadura postiza...

“Tenemos un sistema caro e ineficaz, que te cobra hasta un veinticinco por ciento por vivir y actuar, y es caro porque los gestores de esas energías, de esas rentas, son unos ladrones o unos corruptos, como dicen en jerga de desgracia casticista. Lo único que hay que hacer es conjurar la maldición, esa desgracia, esa ruina...” Esos sueños, vientos oscuros, final de apacible balanceo, anuncianaban el fin de la fiesta, digo, la siesta. Y el informe sobre los campamentos orientales de refugiados de allá, por Siria, que gritaba desde lo alto del legajo por allí, por la mesa de los pendientes y las urgencias... Todo el sueño que se ensombrecía se llenó de flechas y señalizaciones de tráfico urbano y de autopista: la ensoñación había terminado.

Carla Canon se preparó una tetera de darjiling bien cargado, se puso una música sedante, se dio una ducha y se enredó un rato con el pequeño laberinto de datos y testimonios del informe sobre los campamentos de refugiados orientales. Le pareció que todo era bastante previsible. La gente más joven, sobre todo si estaban más libres de cargas familiares más directas, lo que quería era irse lo más lejos posible de sus fronteras, aunque fuese a otros campamentos de refugiados en proceso de construcción aún precaria, sobre todo si tenía alguna cualificación concreta bien definida. Los ancianos, sobre todo mujeres, preferían estar lo más cerca de los suyos más directos, sobre todo hijos e hijas; si se les ofrecía residencia con instalaciones geriátricas lejos de los suyos, aceptaban con facilidad si podían ir en compañía de algún otro anciano o anciana conocidos. En esas circunstancias, el resto de los supervivientes de la familia no tenían inconveniente en separarse de sus mayores. Los huérfanos chiquitos se sentían mejor con las mamás de los amiguitos, y siempre se mostraban protectores con huérfanos más chicos...

Pocas novedades. Todo bastante previsible. La mayor complejidad a la hora de que los campamentos funcionaran de manera fluida era la coordinación de la distribución de los recursos, tanto los humanos,

procedentes de diferentes redes oenegeras y de voluntariados varios, como los recursos materiales, sometidos al vaivén de redes de transporte internacionales, por tierra, mar o aire, sí, pero unas más o menos controladas por vendemotos y cazasubvenciones, otras por compañías comerciales fuertes pero obsesionadas con la optimización de recursos y por ello generadoras de redes complejas de ofertas de gangas de salida inmediata, que eran las únicas que ponían a disposición de los jóvenes nómadas más animosos y primerizos...

Sólo en las primeras urgencias, tanto béticas como de catástrofes naturales, la verdadera prehistoria de la formación de un campamento de refugiados, se podía contar con bastante facilidad para el transporte de recursos humanos o materiales; pero en cuando comenzaban a encarrilarse los primeros poblados, esos medios de transporte, normalmente policiales o militares, comenzaban a desaparecer y dejaban el campo a disposición de oenegés y asociaciones varias para que se lo montaran como bien pudieran. Para ese momento ya debían estar coordinadas las redes virtuales de nomadeo, y sobre todo eso que el Informático Fito denominaba los desvirtualizadores y que para Marta la de los Archipiélagos – y ella tenía harta experiencia de campamentos que devenían intersticios de nomadeo de éxito – eran las agallas de cada uno y de cada una. El que no se te quiten las ganas, que decía el otro. La voluntad, en fin. Eso sí, cuando todo cuadraba a la perfección y se veía día a día aquello funcionar y resurgir, era – Carla Canon se sirvió el resto de la tetera – el éxtasis psicodélico, el corrente con Dios, como decía otro colega de los primeros tiempos de Los Archipiélagos...

Ya era casi de noche cuando Carla terminó su informe sobre los campamentos orientales. Aún tenía tiempo de enviárselo a los que salían para allá al día siguiente, y se lo hizo llegar al buzón de Perico Rincón. Al menos, podrían echarle un vistazo de última hora que a lo mejor les podía venir bien. Debería telefonear de nuevo a Fausto Mirallá. Pero tampoco sabía muy bien lo que quería decirle. Su proyecto, según ella lo interpretaba, consistía en la generación de un único documento de movilidad de nómadas por las redes de acogida y despedida o redistribución según funciones y necesidades; único documento – esa independencia personal – que pudiera ponerlos a salvo de interferencias de vendemotos y especuladores o traficantes de mano de obra sin más...

Sonó el teléfono. Era Perico Rincón para agradecerle el envío del informe. Estaban preparando el contenedor con los kilos de equipaje común para el grupo de expedicionarios, que al final fue exclusivamente de compuestos farmacéuticos que necesitaban con urgencia los dispensarios de los poblados que estaban terminando de poner en pie, aún en fase de desborde. Salfán de madrugada, pero esa noche pensaba salir a tomarse una copa durante el tiempo de la distensión, que decían, hipérbole, circunloquio o eufemismo para decir que tenía ganas de emborracharse brutalmente al menos, si no de pretensiones estimulantes de otro tipo, de cualquiera

de los tipos posibles, ganas de marcha sin más. La distensión, que dicen. A Carla le entró la risa. “Te veo muy jovenzuelo, Perico. Envidia me das”. Pero Carla, cómo no, quedó con él para acompañarle en su famosa distensión, y hasta a acompañarlos al aeropuerto de madrugada si era necesario o para evitar peligros mayores de pérdida de Ocación, como también se decía - ¡este argot del nómada! – Ocación de Viaje en este caso.

Solucionado el plan para la noche, así de pronto, como quien no quiere la cosa, Carla se animó a telefonear al sabio Mirallá. Tampoco hubo suerte: le dijeron que estaba en una cena-fiesta multitudinaria que habían programado para presentar el nuevo certificado individual de independencia personal. Carla sonrió: iban como bólidos, hiperactivos y ejecutivos compulsivos. Le hizo gracia la aclaración de la chica del teléfono. “Qué raro, otra chica al teléfono. Parece que estamos condenadas a transmisiones”, y a la Carla le volvió a entrar la risa... Cuando la chica le deletreó ICPI para designar al nuevo carnet, no pudo contener una carcajada esplendorosa que asustó a su interlocutora. “By, girl, no te preocupes, son cosas mías...”, y cortó la comunicación. Ya lo tenía.

Contestó al correo de Fausto Mirallá, bajo cobertura del logo móvil de la camella blanca y los cisnes del Rin, con un texto lo más sobrio que pudo redactar: “Veo que estáis de temporada de fiestas. Mañana intento escaparme por ahí a visitarte. Espero que haya suerte en la Casa de la Computadora”. Así le decían a la central coordinadora de viajes, que salvo en momentos excepcionales funcionaba rápido y bien. Incluso de un día para otro, como comprobó de inmediato. Cerrado el viaje, se dispuso a salir de nuevo para cenar algo antes de encontrarse con los colegas en el bareto habitual, el más frecuentado por entonces en el inicio de la hora de la distensión... Le llamaban, en recuerdo de un local histórico muy antiguo del inicio de lo que llamaban el paraíso de las islas, le llamaban La Tercera Vaquería de la Libertad. Un nuevo intersticio de nomadeo de éxito de los nuevos tiempos. Otra realidad, otro de los múltiples lugares para la desvirtualización de la red. Otra casa o museo o Palacio de la Memoria...

FIN de la II PARTE

III PARTE del viaje de visita de Carla Canon al sabio Fausto Mirallá

1

Carla dejó una nota sobre el informe en papel de los campamentos de refugiados orientales en la mesa de entrada para mensajeros, por si llegaba alguien a recogerlo mientras estaba fuera.

“Estaré dos o tres días de viaje.

Aquí dejo el informe para comentario y archivo. Carla Canon”.

Con eso bastaba. Las oficinas con posada y servicios de la red de nomadeo estaban bien organizadas para ese vaivén permanente de gente de paso en misiones cortas, como ella había estado allí durante todo el mes; se quedaría hasta la primavera preparando su próxima campaña, de nuevo en Siria.

Se dio otra ducha, se cambió de limpio toda su ropa íntima y eligió un traje cómodo de viaje, ceñido y enterizo, con rebequita documentalista, como le decían, y mochileta mínima para tres días.

Una mochileta ergonómica que se le ajustaba bien a la espalda y las caderas, dejándole los brazos y las manos en total libertad. Última moda, hacían furor entre jóvenes y menos jóvenes. Como ella. Sabía que tenía que ir adaptando su tiempo de distensión a modelos más tranquilos y sosegados o relajados, menos alcohólicos y tumultuosos, pero siempre encontraba una excusa para demorar ese momento, o dilatarlo más pues era el momento justo en el que se hallaba... Por otra parte,

desayunos y cenas, banquetes o fiestas seguían siendo las reuniones de trabajo o intercambio de ideas y experiencias preferidos por la mayoría, incluso la menos joven; o, mejor aún, sobre todo para los menos jóvenes. Como ella, al fin.

Ya nadie hablaba de juntas, congresos o simposios, sino de fiestas y banquetes o similares. La fiesta de la presentación de... De lo que fuera.

La excusa para verse, para desvirtualizar esas redes que cada vez más los mantenían a todos aprisionados. O algo así. Por todo ello, cuando supo que el grupo del sabio Mirallá estaba en la fase de fiesta de presentación de su objetivo de trabajo, vio con claridad que aquél era su destino más inmediato, que ella tenía que estar allí.

En la Tercera Vaquería, intersticio de nomadeo muy frecuentado

La Tercera Vaquería estaba al otro extremo de la ciudad, camino del aeropuerto, con lo que decidió tomar un motorino solar de la estación-taller del parque, frente a la oficina-posada, pegada pared con pared con el restaurante de la comida del mediodía. Era un proyecto reciente en el que, de manera indirecta, había participado ella un par de años atrás.

Una pequeña instalación solar que durante el día servía de escuela y taller para recién llegados que necesitaban adquirir algunas destrezas útiles, mantenía un parque móvil de motorinos y otros vehículos solares que tenían ya una red de recepción y mantenimiento por toda la ciudad, conectada con la red de mensajería. Lo más rápido y divertido.

En un periquete llegó a la estación de motorinos de la Tercera Vaquería – todo buen local con pretensiones de intersticio de nomadeo de éxito tenía su estación propia –, y se llevó una grata sorpresa al encontrarse en la recepción de vehículos a un chaval que había conocido en uno de los últimos campamentos de refugiados orientales, precisamente sirio-palestino. Acababa de llegar y estaba contento. El mundo era una aldea. Un pueblo cada vez más previsible y chico. Le entró hambre. Tenía tiempo suficiente para cenar algo, antes del encuentro con el Rincón y sus colegas de viaje.

Se fue a una de las terrazas acristaladas de la azotea y se instaló en uno de los veladores con vistas más amplias sobre la ciudad al atardecer. Eligió un combinado apetecible que le pareció bastante energético, y mientras se lo preparaban se dedicó a poner a punto las conexiones de su Rebequita documentalista, antenitas de wi-fi y dispositivos de registro. En cuanto pudiera, tenía que remozar la grabadora. Luego dejó discurrir el pensamiento, mientras la ciudad se iba animando con el alumbrado nocturno multicolor. “Estamos en manos de los teóricos del procedimiento, de las tabulaciones, de las tipificaciones. Teóricos de la diagramación, terribles las palabras. Que, en definitiva, sólo sirven o debería servir para facilitar los flujos del movimiento de la gente, de todos nosotros.

Procedimentalistas, administrativistas, constitucionalistas, con el corazón colmado de deseos de control y represión y palabras que presentan ostentosamente como teoría de. Cuando ese arte debería denominarse simplemente teoría del quién para qué y quién para dónde. Simplificar, facilitar, no el camuflaje o engaño que pretenden los vendemotos y devoradores de energía y recursos... Que en el fondo coinciden con los teóricos de la ética de la condena, los generadores de falsas fronteras o límites que sólo conciben en términos de contención y optimización cuantificable, de beneficio mensurable al fin. Eso es monstruoso y así no se puede seguir, porque así no se puede vivir...”

Ni se dio cuenta Carla Canon cuando un chico en patines de ruedas amarillas y un casco de motorista le dejó un humeante pastel de berenjenas y un vaso de vino en el velador. Le tendió la maquinita de registro de claves de la consumición y esperó ante ella balanceándose sobre las ocho ruedecitas amarillas. “El hombre de ningún sitio”, se leía en letras fosforescentes también amarillas en la pechera de su mono azul de patinador y mensajero. “¿Nuevo por aquí? ¿De qué campamento vienes?” Llevaba ya un par de meses; procedente de Haití, pero de paso aún, no sabía aún bien lo que quería, sin destino... Se alejó con un sordo retumbo de sus patines. El pastel de berenjenas estaba buenísimo. Le hizo gracia

lo de “El hombre de ningún sitio”, que le recordó un relato de la biblioteca del Naranjal así titulado; precisamente, de un joven del círculo de Fausto Mirallá, del tiempo en que habían coincidido en el Naranjal, un ejercicio de imaginación sobre una posible sociedad tecnificada futurista bastante deshumanizada y trágica. Era en el tiempo de debates sobre el para qué de las redes virtuales que se necesitaban, y el análisis de la tecnificación de la sociedad reflejada en “El hombre de ningún sitio” definió la estructura no deseada: aquella en la que la centripetación de control y beneficio económico o cuantificable primaba sobre la de comunicación, acogida y redistribución de bienes y energías, precisamente la que ellos querían diseñar y potenciar. ¿Qué sería de aquel relato? A Carla le apeteció echarle un vistazo antes de la visita, cada vez más inminente, al sabio Mirallá; sospechaba vagamente que su nuevo carnet de independencia personal estaba unido por un hilo rojo con aquella reflexión futurista que se entreveía en “El hombre de ningún sitio”.

Mientras saboreaba el apetitoso pastel, le echó un vistazo a la prensa digital del día; no había podido hacerlo antes, ni tampoco le había apetecido. Normalmente resaltaban conflictos descorazonadores, inquietantes o desazonadores, y a Carla Canon terminaban por ponerla de mal humor. Allí estaban las nuevas tramas de saqueadores del Clan Cárdenas el Cabrón, como le decían sus propios compinches, con ramificaciones en todas las instituciones, aún las consideradas más sagradas por los administrativistas y constitucionalistas; energías – de todo tipo, y en particular las psicológicas – y recursos – humanos o económico-financieros – eran absorbidos como por agujero negro y desaparecían como por arte de magia, dejando los entornos de las ciudades y los centros comerciales y financieros convertidos en verdaderos descampados, cinturones de la desdicha. Cada vez más se iba estrechando la distancia, hasta estética, entre el entorno de la ciudad europea y el campamento de refugiados de las fronteras; cada vez eran más la misma realidad, una nueva frontera o nueva condena.

Carla miró a su alrededor. La Tercera Vaquería se mantenía bien, aunque pobemente amueblada y no demasiado iluminada, precisamente por haberse convertido en intersticio de nomadeo de éxito y haberse puesto a salvo de alguna manera de los zarpazos de recaudadores y mafiosos. De ahí el aire de mercadillo precario pero permanente que había tomado, como espacio paródico – eran varias plantas y la terraza, con una de sus partes acristalada como mirador sobre la ciudad entrevista entre espacios sin edificar y descampados – espacio paródico o caricatura de centro comercial a la americana. Aire de zoco, tal vez. Pero su fortaleza, la clave de su éxito como polo de atracción, había sido su constitución como desvirtualizador de red, como lugar de encuentros físico para reuniones – fiestas y copas –, talleres y acampadas. Fue en torno a eso como se fueron creando nuevos servicios, y no al revés, había surgido de manera natural desde una ocupación para responder a necesidades imperiosas, lo que reforzaba su fortaleza aún más.

La Bolsa o la Vida del Polaco Raj

Se había hecho de noche.

La cristalera del mirador de la azotea de la Tercera Vaquería parecía un espejo. Cuando Carla se dirigió hacia la planta baja para reunirse con Rincón, Cortado y el Sirio, se topó en la primera planta con unos viejos amigos, los Polacos, les decían, que celebraban una pequeña fiesta, casi íntima, de presentación de una colección que publicitaban como “La literatura que paga por ser leída”.

Se alegraron de verse, pues no lo hacían desde el tiempo del periódico *Refractor*, unos años atrás, cuando los Polacos, Raj, Raf & Sofía, eran aún unos críos. Se reían al recordar. Carla envió un mensaje a Perico Rincón para decirle que se entretenía un rato en la primera planta, que la esperaran, y se fue con ellos a la librería del mercadillo en que se había convertido aquella planta de la Tercera Vaquería, en donde estaba la fiesta de la editorial en la que se presentaban. Ya andaba la gente por allí, con una copa en la mano la mayoría, y parece que querían comenzar pues todos se iban disponiendo en corro en torno a un viejo que Carla creyó reconocer, pero al que no había podido ver la cara aún.

“Es Alí Calabrés, otro refractario, claro que le conoces”, y el Raj se disculpó, pues tenía que ir a su lado por cortesía al disponerse a presentar su propio libro “La Bolsa o la Vida”. Carla activó los registros de su Rebequita documentalista; no se quería perder aquel discurso informal, y más cuando corroboró, al ver su rostro bigotudo y con gafas ostentosas, que no sólo conocía al Calabrés como refractario sino que le conocía también de la biblioteca del Naranjal, del grupo de Fausto Mirallá.

El mundo de las redes de nomadeo terminaba siendo un pañuelo, una aldea. Aquello comenzaba. Intentaría registrar también imágenes de proximidad, con la mini-cámara manual.

Alí Calabrés, a su lado el Raj, comenzó a hablar.

Raj Kuter (Budapest, 1968) es un hombre de frontera pleno con abundante producción literaria que se puede tipificar como literatura de avisos, sin duda, pero que “celosamente ha venido ocultando al ojo del culo del público”, en palabras propias, de clarividencia fronteriza. Porque su información es altamente reservada para espíritus selectos que deseen aprehender la realidad sin velos distorsionadores de vendemotos y especuladores, ese ocultamiento se puede decir que es premeditado, y de ahí ese desprecio hacia posibles lectores con el cerebro agujereado por la propaganda endemoniada de los señores – vendemotos y especuladores – de la sociedad de consumo y cultura del espectáculo, al convertir su cerebro en mero ano o culo, con perdón; o sin él, mejor. Cerebros excretores de la comida basura con la que los alimentan sus amos.

El libro que ahora saca a la luz, por otra parte, tampoco llegaría como aviso

a esos cerebros agujereados como culos, pues, sin duda, no lo comprenderían en absoluto: les resultaría subversivo, absurdo, dadá, incomprensible, pues está plagado de grandes inversiones. Es más, podría considerarse como una Gran Inversión en sí mismo, de lenguaje, de valores, de enfoque o de perspectiva. Todo son pistas o guiños para que así sea: el libro no tiene lomo, por lo que es más que libro folleto o fancine. En vez de precio, figura en la colección “La literatura que paga por ser leída”, e incluye una moneda de curso legal que pasa a poder del comprador por un precio voluntario o inexistente. La ilustración tiene por protagonista a una rata parlante desaliñada en un traje algo machadiano, como caricatura de un Juan de Mairena cualquiera, y el color de la portadilla se reduce al butano y negro, vagamente irónico frente al rojinegro canónico del corazón disidente por excelencia de todas las fronteras de la disidencia. La editorial, EDI-CIO-NES CAÍN’84, así como los dos títulos “Lumpen manifest”, de Javier Jabato, y “Patetismo intelectual”, de Laura Trans, son formulaciones de disidencias máximas también: Caín frente a buenismo abeliano, de Abel; valores lumpen frente a sociedad formal; académico o prestigioso intelectual como patético. Finalmente, el logo mismo editorial, un buen burgués clásico de casaca y zapatilla, algo goyesco, arrodillado adorador ante la muerte guadañada. Todo, espléndidos avisos para enmarcar una literatura pensada para avisar.

En los créditos, ni copirait ni copyleft: “Ediciones Caín ’84 incita a sus lectorxs a que reproduzcan todos sus textos y los diseminen indiscriminadamente por el orbe. Muerte a las autorías. MUERTE A LA SGAE.”

Un verdadero manifiesto.

La única cita a un autor en el texto, además del autor de una copla flamenca, Francisco Díaz Vázquez, sobre la que se recrea un texto conmovedor, es a Max Stirner, sin duda un guiño a un periódico, *Refractor*, que se inició con un texto de este autor en 1998, al que tilda aquí Raj como uno “de los grandes impacientes”.

Localización, en la sociedad de la información algo que es clave:
edicionescain84.blogspot.com y edicionescain84@gmail.com

El título, “La Bolsa o la Vida”, con esas dos mayúsculas en Bolsa y Vida que convierten los conceptos en absolutos, totalizadores, en la línea de “A por el todo” que demandara un viejo maestro para el Raj y para todos los que podrán captar estos avisos, el Q., el Rivas, el promotor y director del periódico *Refractor*.

Gracias desde aquí de sus colegas refractarios, y en particular del que esto suscribe, Alí Calabrés.

Como muestra de todo lo dicho, y con el feliz encuentro en el texto de un nadador excepcional, el propio autor, va esta:

Lectura activa para Nadadores: con palabras de Raj Kuter,
de alta intensidad emocional dadá y rompebolas, asaltadas sin piedad,
tijera en mano, por Alí Calabrés, asesino de versos.

...y ale, voz, ah!
Que cuando busco no encuentro
Semáforos o alaridos
Bang
Hijo de nadie
Orfandad
Pero no
Con el blusón por bandera
O
YO

Ante la espera
Incierta

Y atravesar así la selva
Suburbio de ciudad o satélite de estrella?
La cárcel, el cuartel,
La iglesia, el hospital.
Es hasta la es
PLO SIÓN
¡Que nos visite la tromba!
Y así la vida
Girando a un tiempo
...NADO

La poesía ALImENTA
Y a mi menda menta cuando
No sabe decir que sí.

El final del recitado de Alí Calabrés, con palabras del Raj, fue celebrado con aclamaciones y brindis, y la fiesta comenzó. Carla se presentó al Calabrés, recordaron viejos tiempos entre risas, y cuando el viejo supo que viajaría al día siguiente para visitar a Fausto Mirallá, se le encendieron los ojillos tras las gafas. “Dale recuerdos y mucho ánimo para su ai-ci-pi-ai”. Carla no lo comprendió. El Calabrés se lo explicó entre risas: “Ai-ci-pi-ai son las siglas en inglés de su Certificado Individual de Independencia Personal, que como suele suceder siempre al querer darle un nombre sintético a todo, quedan descolocadas así”:

ICPI, pero lo pronuncian ai-ci-pi-ai...”

Juguetearon con la nueva palabra que, si el sabio Mirallá lograba hacer aceptable su Certificado Individual como cédula de identificación básica para desplazarse por las redes de nomadeo, de intersticio en intersticio hasta el apalanque final, como se decía, iba a designar a los papeles que todo nómada desea tener en orden a la hora de iniciar o proseguir su nomadeo. “Mejor que Ai-ci-pi-ai es Aisipiai, se adapta mejor a su pronunciación real y es más dulce: ¿tienes ya el Aisipiai, colega?” Todos se reían con el juego. “He perdido mi Aisipiai y tengo que renovarlo”. Para el Calabrés, era una bella palabra nueva. “Hubieran sido peor las siglas en español, CIIP, que en inglés, ICIP, incluso en el deletreado, Si-ai-ai-pi, que hubiera sonado más a cachondeo mondo y lirondo, además de ser más cacofónico y difícil de pronunciar frente al encanto tropical y suave del Aisipiai...”

Aquello se parecía cada vez más a una conversación surrealista, cuando aparecieron por allí el Rincón, el Cortado y el Sirio, y la velada se fue prolongando hasta pasada la medianoche.

2

Pasada la medianoche, recordaron de repente que debían viajar ese día. Perico Rincón le confirmó a Carla que había recibido bien su informe sobre campamentos de refugiados orientales y lo llevaba registrado para echarle un vistazo en el avión; le parecía interesante, a primera vista, aunque estaba bastante harto de las tipificaciones de interferencias nacionalistas y confesionales, o de las tipologías de fronteras, territoriales, político-administrativas, ideológicas, lingüísticas y culturales, visibles e invisibles... Cada vez le interesaban menos esos análisis y clasificaciones, le parecían menos operativos ante la realidad sangrante de lo inmediato, y ya no se paraba nunca a considerar si los desplazamientos y migraciones eran voluntarios o forzados, por motivos políticos o económicos y toda esa jerga locuaz de los estadísticos y los administrativistas, que a la larga sólo interesaban a vendemotos y traficantes. La Carla le tranquilizó: “Totalmente de acuerdo contigo, Rincón. Ya le dije a la Casa de la Computadora que no me envíe más encargos de ese tipo; ya estoy muy mayor para ese papeleo deleznable, para esa gimnasia poco festiva”.

Alí Calabrés les preguntó, con ojillos socarrones, si ya habían incluido el factor erótico en esas tipologías burocráticas, y la Carla saltó hecha un basilisco: “No del todo, colega refractario, a pesar de su fuerza, pulsión erótica que genera fuerzas opuestas, tanto de atracción y rechazo, sí, pero muy movilizadoras de la gente. No hubo manera, y se dejaron de lado para intentar colarnos, con esa manía de re-etiquetar de vendemotos y economicistas y especuladores, un desempleo desbocado e inexplicado como una tasa natural de desempleo, ahí es nada, para maquillar sus propios fracasos; y nos marearon la vida hasta hacernos perder el humor con sus endemoniadas siglas de ingeniería financiera, como decían, las HME o hipótesis

de mercado eficiente, la TER o teoría de las expectativas racionales, o la TCER o teoría del ciclo económico real... Y qué quieres que te diga, colega refractario, nos jodieron la existencia y terminamos todos a hostias. Y nos acusaban de desviación aleatoria de conducta, mira tú, los muy sinvergüenzas, que andaban conspirando para quedarse con todo y mandarnos definitivamente a los descampados exteriores, a la puta pobreza..."

"En donde estamos, querida, ¿o no? ¿Cómo serán en inglés esas siglas que nos decías, Carla? Podríamos organizar con ellas un nuevo argot, o una lengua nueva, ya fuera a lo Perec o a lo Tolkien, aunque dudo que ninguna de sus palabras nuevas resultantes superaran en belleza a nuestra Aisipiai, nuestro Certificado Individual de Independencia Personal. También nosotros, refractarios o no, gente en general de ningún sitio, podemos ser unos buenos posmodernos". Al Calabrés se le notaba ya un poco achispado. Perico, Cortado y el Sirio tomaban el avión de madrugada, pero antes debían pasar por el almacén-posada en donde estaban alojados esos días, no lejos de allí. Se despidieron.

Carla, el Calabrés y los Polacos se tomaron una copa más, ya en la planta baja de la Tercera Vaquería, más animada a aquellas horas de madrugada, pero enseguida se despidieron también. El viejo Alí Calabrés estaba apalancado en el barrio del entorno de la Tercera Vaquería; era el lugar que había elegido para su apalancamiento o sedentarización, su base de operaciones de alguna manera, y su casa se había convertido poco a poco en una dependencia más de aquel intersticio de nomadeo cada vez más frequentado, de éxito, como también se decía parodiando la lengua vendemotos. El avión de Carla salía a media mañana, pero quería echarse un sueño antes de ir al aeropuerto. Declinó la oferta del Calabrés de irse a su casa, para no liar más la noche de lo liada que ya estaba, y alquiló por ocho horas una cabina japonesa, como le decían a unas cápsulas dormitorio muy prácticas y baratas, en la estación de autobuses y tren de la línea del aeropuerto.

Los Polacos, por su parte, salían para Granada desde la misma estación, aunque iban a hacer más tiempo por allí para saludar a otros colegas; pensaban irse directamente para tomar el autobús de madrugada. Eran unos jovenzuelos aún y Carla les dijo que los envidiaba. En Granada tenían instalados los talleres principales de su aventura editorial, y allí estaban provisionalmente apalancados por ello. Pero más de medio año, por lo menos, se lo pasaban aún nomadeando por ahí. Carla quedó en enviarles los resultados de su entrevista con Fausto Mirallá sobre los Aisipiai – este relato mismo que estamos intentando poner en limpio un equipillo de amanuenses aficionadillos pero voluntariosos, bajo la coordinación de la Carla Canon, a quien procuramos desesperar lo menos posible, que no es nada fácil – este relato por si les apeteciera jugar con él en sus talleres granadinos. Se despidieron, al fin, también; la Carla Canon a echarse una cabezada

en una cabina japonesa de la estación, los Polacos, Raj, Raf & Sofía, a tomarse una penúltima copa con los colegas para hacer tiempo y conspirar un poco más. Por otra parte, en la Tercera Vaquería solía haber una música estupenda a esas horas...

FINAL

Los amanuenses que redactan estos cuentos del paraíso de las islas están agobiados. La Carla Canon tiene bastante mal carácter, y nunca termina de estar satisfecha con el resultado de la narración, con lo que nos tiene agotados a todos. Así que hoy, cuando ya le pareció bien cómo había quedado lo leído hasta ahora por ustedes, le hicimos todos un corte de mangas, y ahí que la dejamos con sus grabaciones y registros para que se busque otro equipo de eso que antes llamaban becarios o meritorios, y ahora llaman viajeros de conocimiento y de contactos. Esa manía de disfrazarnos a todos con etiquetas cada vez menos ingeniosas y menos sofisticadas.

Pues eso, que ahí queda eso y que a ver si alguien se anima a seguir... Conecten con la Carla.

FIN de la III parte

IV PARTE del viaje de visita de Carla Canon al sabio Fausto Mirallá

1

Despertar en una cabina japonesa

Las cabinas dormitorio japonesas de la estación de autobuses próxima a la Tercera Vaquería estaban muy bien, cápsulas mínimas pero confortables, y Carla eligió la más próxima, de las que quedaban libres, a la parada de la salida del autobús del aeropuerto. Estaba dotada de música y aromas relajantes, propiciadores del sueño que todo lo repara, pero prefirió silencio total y atmósfera neutra. Antes de disponerse a dormir, consultó los mensajes recibidos; tenía uno de Fausto Mirallá: la iba a esperar al aeropuerto de Düsseldorf y, sí, llegaba a tiempo para la fiesta de la presentación que tendría lugar en La Burbuja. Así le llamaban, supo luego, a la sede en el Rin de la delegación alemana de la biblioteca del Naranjal, antigua de don Borondón... En el mensaje del sabio Mirallá, se leían luego series de palabras sueltas que conformaban una suerte de partitura literaria al modo de partitura musical, como al azar dispuestas pero que de seguro encerraban algún tipo de mensaje: viajeros y viajeras, conocimiento y contactos, pompas de jabón, libres de grisura, invade un ser vivo y multiplícate en él, lugar liberto, nacimiento, alumbramiento, desarrollo, evolución, fuente, nacencia, pozo, casa cuna, comedero, comienzo...

Carla silenció todos los registros de su Rebequita documentalista y se fue quedando dormida poco a poco, arrullada por el recuerdo sonoro de las letanías del Mirallá: curiosidad, nuevas buenas, impaciencia, risa, dos, ella y yo, tiempo privado de la distensión..., misterioso, fantástico, el hombre de ninguna parte, avisos de aisiapiai... Tuvo sueños de vuelo y en color, helicópteros y globos aerostáticos reverberantes sobre un parque nevado, locus solus y amenus con artilugio mecánico, trípode de máquina soltera sobre mosaico dental... Al final del sueño todo se incendiaba y el parque nevado desaparecía para transformarse en un magnífico vergel.

Y despertó.

Se lo había pasado muy bien en el sueño y se despertó animada. En el módulo de los baños se topó con un guapo chaval que le dijo que era bangladesí y bombero, y estuvo a punto de tirárselo, como ella decía cuando se le despertaban las pasiones, pero se contuvo pues iba justa de hora. Se estaba haciendo mayor. Le acarició un poco la verga y el chaval la miraba con sonrisa de felicidad. "Chao, el mundo es un pañuelo, chaval", y la Carla se fue corriendo al autobús a punto de salir. Desayunó en el aeropuerto; en el avión consiguió echarse una cabezadita que terminó de despejarla, en el reducido asiento de ventanilla de la última fila. Un lugar en el mundo, en ese momento. El suyo.

2

Dusseldorf estaba nevada

Primera sorpresa: Düsseldorf estaba nevada. Un delicado manto blanco que el sol, aquí y allá sus rayos entre nubes, como rompimiento de gloria, fundía y hacía reverberar. Carla temió no reconocer a Fausto Mirallá, pues hacía más de diez años que no le veía, pero enseguida se disipó la incertidumbre. Un cartelón danzaba por encima del mar de cabezas de la sala de espera de llegadas del aeropuerto. “Bienvenida, Carla Canon”. Y allí estaba él en pie, blandiendo el cartelón, con un traído y holgado abrigo pardo y un viejo Stetson negro a la cabeza, tal como lo recordaba.

“Ajajá, mi veterano combativo...” – se emocionó la Carla – “Saludos del Calabrés”. Y se dieron dos sonoros besos. “Viejo y zorro Alí, el Calabrés amostachado, cano ya hoy...” Fausto le presentó a algunos de sus acompañantes, la mayoría recién llegados también. El J.R., recién llegado de Levante, aportaba para la fiesta de la Burbuja una Vitrina Monumental Panóptica Para Alojar Un Tesoro (VMPPAUT): un potente artilugio almacén de contenidos preciosos para captar recursos para las redes de nomadeo. Carla ya le conocía muy bien de sus contribuciones al montaje y desarrollo de los campamentos orientales, y su presencia allí la confirmó en lo acertado de su viaje a la fiesta de la Burbuja. Más besos. “No podía faltar a una fiesta de la ignición como ésta”, le comentó el orondo y sonriente JR con un guiño de complicidad. “Me ha sucedido lo mismo que a ti, sin duda”. “Este es Chema Egea, que también llega de lejos... Un holandés errante”. El tal Egea tomó a Carla por la cintura y le dio un besazo abierto y tanguero en la boca que atragantó a la mujer. Se desprendió de él. “Uf, chico, de la vieja escuela, tú”. Y activó su cámara registradora. “No me voy a perder ni un detalle de todo esto”.

Más saludos a otra gente, entre ella unos chavales a los que Fausto Mirallá denominó los ciclistas aerostáticos. Habían preparado para la fiesta de la Burbuja hasta una docena de vehículos solares más sencillos que los motorinos que Carla conocía bien, con acoples de pedales y un globo que multiplicaban su eficiencia energética. Habían traído uno de los prototipos al aeropuerto, y allí estaban exhibiéndolo, aún con precauciones, pues no dejaban ascender a más de dos metros el vehículo por si surgía algún problema técnico evitar males mayores para los pilotos pedaleadores. Durante la fiesta harían una demostración en el parque del Mediterráneo, al lado del Suli's Café, en donde se estaban concentrando.

3

En la cantina del aeropuerto

JR insistió en tomar algo antes de volver a la Burbuja del sabio Mirallá, que parecía ser el nombre adoptado para aquella delegación de la biblioteca del Naranjal que pretendía promocionar como intersticio de nomadeo en el Rin, y que tenía al Suli's Café como centro de operaciones. Y en la cantina del aeropuerto

se encontraron con una vociferante concentración de jóvenes airados en torno a dos familias bastante harapientas a las que habían venido a esperar, al parecer procedentes de Chipre. Enseguida les explicaron que eran deportados económicos voluntarios después de que en su isla de origen les retuvieran todos sus ahorros tradicionales; antes de morirse de hambre, literalmente – “¡Y miren sus caras decrépitas, no hay derecho!”, gritaba una chica más que indignada – se habían acogido a un plan voluntario de deportación, y habían elegido para venirse un campamento del Rin, en aquel momento en fase de montaje aún. Por eso estaban allí. Ya llevaba semanas en las noticias diarias aquel drama especulativo de vendemotos y tiburones varios, y la gente estaba, más allá de la indignación, palabra de moda, hecha una furia.

Fausto les explicó a los colegas recién llegados que la Burbuja lindaba con el parque del Mediterráneo y con los nuevos campamentos que se habían ido instalando tanto allí como en los descampados de las afueras de la ciudad, mal que bien, para acoger a las verdaderas masas de desahuciados y desplazados que llegaban a diario ya. Venían a miles, siempre del sur, en ocasiones familias enteras, como los chipriotas recién llegados, en ocasiones personas individuales que eran más fácil de alojar y redistribuir por un lado o por otro. A veces llegaban grupos homogéneos variopintos: los afectados por las preferentes de Bankaka, los afectados, por no decir arruinados, por la prioritarias de la Kaikaisa, los engañados por los Mondragones, los subastados como primos de riesgo, y similares... Eran designaciones eufemísticas que ocultaban trágicas estafas que estaban desarticulando las redes formales financieras y convirtiendo en lo que también eufemísticamente llamaban precarios a grupos de gente cada vez más amplios, y hasta a barrios enteros que querían borrar del mapa para instalar allí, en su espacio tradicional, nuevos centros duros institucionales o financieros para los que ya no contaban, y por ello sobraban, como población.

Carla Canon y JR se miraron y se encogieron de hombros. “Lo de siempre. Por Levante hace tiempo que es así, ¿verdad Carla?” “Y por España... Cada vez más las ciudades aparecen cercadas por campamentos de nuevos precarios, que dicen, de gentes arruinadas por los vendemotos. Estamos acostumbrados, sí, pero desbordados, los activistas, oenegeros, voluntarios, misioneros e iglesias y dispensarios, desbordados por los nuevos nómadas... Es la macarrería galopante, la desvergüenza de los ahítos y satisfechos, de los hartos y sin embargo insaciables, devoradores de todo, que ya sólo cagan oro, y a los que hay que destruir para poder sobrevivir. Así de duro todo, así de claro”.

En un extremo de la barra de la cantina del aeropuerto, en donde habían logrado hacerse un hueco, Carla Canon se mostró segura y elocuente. Fausto les confió que habían adelantado la fiesta de la Burbuja precisamente acuciados por aquella nueva realidad fantasmagórica, antes de que llegara la primavera, para recibir a esa estación propicia con proyectos ya definidos y poder hacer frente mejor a la situación de desborde que se avecinaba. Y por eso le había insistido tanto a JR para que tuviera a punto su Vitrina Panóptica para Tesoros,

en la que confiaba como artilugio acumulador de recursos financieros para los nuevos tiempos que se avecinaban, de salto en el vacío de los canales financieros tradicionales ante el empuje de los vendemotos y chorizos, tiburones e insaciables depredadores... Carla lo comprendió perfectamente... “Y de ahí también el Aisipiai. Lo comprendo, Fausto: me sonó divinamente desde que lo vi en el Tranvía, entre iconitos de camellas blancas y cisnes...”

Se les estaba echando el tiempo encima y Fausto así se lo advirtió. Apuraron sus refrescos, la Carla el aperitivo caipiriñado que había conseguido que le preparara estupendamente el camarero turco de la cantina, llamaron al Chema Egea que andaba por allí, fotografiando a los chipriotas refugiados voluntarios y sus acompañantes, y salieron a la explanada del aeropuerto de Düsseldorf donde el Mirallá les tenía reservada una sorpresa para su desplazamiento hasta la Burbuja: un helicóptero eléctrico tornasolar.

4

Sobre Dusseldorf en un Tornasolar

El tornasolar era una pasada, que dicen. Grandón, helicóptero de transporte pero acoplable a pasajeros también, completamente transparente desde el exterior, una suerte de burbuja o zepelín, y con pedales acoplables a los asientos en la línea de experimentación de optimización de energía que estaban llevando en el diseño de esos artilugios voladores, cada vez más animales o dioses míticos, mitológicos. “Se te ve el plumero, Mirallá: tu vieja idea-fuerza de la casa de cristal...”, y Carla le dio un codazo a un Fausto sonriente y satisfecho.

El piloto era un policía municipal; Fausto les explicó que estaban en pruebas previas a la adquisición de una flotilla de aparatos por la alcaldía de la ciudad, pues el helicóptero eléctrico tornasolar – HET o Tornasolares, sin más, les decían – parecía adaptarse bien a las nuevas necesidades de comunicaciones y transporte que los campamentos de precarios en proceso de instalación precisaban.

Todos en el municipio andaban muy nerviosos y habían puesto a disposición de los coordinadores de la fiesta de la Burbuja a uno de los Tornasolares en prueba, pues andaban interesados en la presentación de algunos de los objetivos logrados durante el invierno por los grupos de trabajo de la Burbuja del sabio Mirallá. Fausto miró a la Carla con cara seria: “También están interesados en experiencias de organización de campamentos y poblados provisionales para refugiados y precarios”. JR se echó a reír. “Aquí, todos a trabajar, Carla. O qué te creías, ¿eh? ¿Te has olvidado de qué van las fiestas del Naranjal?”

El vuelo del Tornasolado por sobre los techos del caserío urbano de Düsseldorf fue majestuoso. A esas horas del mediodía, los rayos del sol por entre los rompimientos de nubes habían fundido casi por completo el ligero manto de nieve, y tejados, arboledas y jardines, como el Rin todo, refulgían. Desde el aire, allá abajo, en la ciudad llana, destacaba el ciclista aerostático como un gigante turco en un desfile de fiesta, su globo turbante multicolor

deslizándose elegante por el callejero urbano hacia el parque del Mediterráneo y el Suli's Café, en donde se reunirían todos para el inicio de la fiesta de la Burbuja. Tras tomar tierra en el helipuerto improvisado en el parque del Mediterráneo, agradecieron al piloto aquel lujoso paseo de bienvenida; era italiano y les aseguró que, al terminar su servicio laboral, se verían por la fiesta. No quería perdérsela; era un acontecimiento para la ciudad. Un poco más allá, un comité de jóvenes activistas recibía a las dos familias chipriotas que habían visto en el aeropuerto, recién llegados en autobús; como tenían niños pequeños, querían alojarlos en albergues de fábrica, no en las carpas militares y prefabricados, algunas en el parque mismo, que reservaban para la gente joven y adultos sanos. Fausto les comentó, mientras se encaminaban hacia el Suli's Café, que la fiesta de aquel final del invierno iba a estar por fuerza muy condicionada por la urgencia de los campamentos de precarios. Estaban ya en el reino de la Necesidad, fuerza incontenible como fuerza de una divinidad, una de las más primordiales, si no la primordial, sin más.

5

En el Suli's Café

El Suli's Café estaba animadísimo, pura efervescencia. A la puerta del local se habían congregado los ciclistas aerostáticos con una docena de artilugios móviles multicolores, pues su exhibición en el parque iba a inaugurar el tiempo destinado a la fiesta. La gente estaba muy excitada en torno a los globos aerostáticos y se turnaba, sobre todo la más joven y jolgoriosa, para pedalear como posesas y tener recargados al máximo los acumuladores de energía de los aparatos. El Chema Egea se hartó de hacer fotografías y la Carla anduvo por allí también con sus registros activados, era una felicidad tanta energía allí concentrada, casi un derroche. A Fausto le habían reservado su lugar preferido, al fondo de la barra del Suli's Café, en donde mantenía siempre a punto una de sus terminales de trabajo, y un gigantón bigotudo y pelirrojo le estaba soltando un discurso apasionado. “Eso es, sí señor. Se han obsesionado tanto con centripetar todo, con fichar y controlar, cuantificar y aglutinar, que han creado un monstruo con perfil dominante represivo y financiero burdo, que están estrangulando las redes de centrifugación y supervivencia, la redistribución y el nomadeo. Y alguien les tiene que parar los pies, ¿o no?”

Wolfram, Lobo Corredor, así les dijo Mirallá que se llamaba, era un vecino de la ciudad, hombre del Rin adicto desde su juventud al nomadeo, y acababa de llegar de Chipre. Estaba comentándoles las últimas noticias de allá, y su vozarrón resonaba por todo el Suli's Café. “No se cortaron ni un pelo: de un día para otro, bloquearon todos los ahorros financieros de todos los chipriotas, desahuciaron de sus viviendas a todos los desahuciables, que se quedaron en la puta calle de la noche a la mañana, y entregaron llaves y títulos de propiedad de edificios desalojados, iglesias, mercados y edificios públicos más representativos a los agentes de las instituciones financieras centrales alemanas y rusas. Eso sí, de todo lo incautado, el corralón de los tesoros,

calcularon un diez por ciento y lo pusieron a disposición de oenegés, asociaciones no lucrativas y universidades para que se hicieran cargo de desplazados y precarios, de la gente que hubiera de necesitar cualquier tipo de asistencia tras el robo masivo perpetrado. ¡Cómo no van a estar como fieras, y con ganas de llevarse todo por delante! Lo tenían, además, premeditadísimo, pues en una sola jornada tuvieron listos todos los cálculos y cuentas, y decían que aún no alcanzaba para saldar las deudas contraídas entre ellos y que para el día siguiente querían tener listos los nuevos ajustes y recortes necesarios para que las cifras, ¡las cifras!, cuadraran. Son unos asesinos, y lo saben, y les importa un carajo, y se siguen cachondeando del personal, de todos nosotros. ¡Y no hay nadie que tenga agallas para meterles mano de una vez por todas!"

El orador los tenía a todos pendientes de sus palabras, y algunos colegas se acercaron a él para calmarle un poco. La Carla Canon consiguió que el camarero del Suli's Café – un gigante senegalés – le preparara un aperitivo caipiriñado; se lo ofreció con un guiño al hombrón pelirrojo aquel, éste lo probó, le gustó y se lo echó para adentro de un trago. Carla Canon se dirigió de nuevo al camarero senegalés: "Dos más, amigo".

La fiesta estaba a punto de comenzar, si no es que ya había comenzado.

6

Cuando Wolfram Lobo Corredor se calmó un poco, logró contarles algo más articulado y coherente sobre su reciente estancia en Chipre, con el escándalo del saqueo directo a la población con que se abrían todos los noticiarios de los últimos días. "Fue una expropiación en masa, eso es". El estado gestor, el estado coordinador, el estado providencia se ha convertido en contable o cajero, mejor, sin más, de un monstruo financiero sin rostro e insaciable en su tragárselo todo para que cuadren las cifras. ¡Las cifras! ¡Joder, con las cifras!"

Se calmó un poco de nuevo. La gente había invadido las calles y los parques, en manifestaciones y acampadas, habían vaciado de sus ahorros lo poco que les habían permitido los burócratas vendidos y los tiburones financieros, y poco a poco se habían visto obligados a organizarse en redes de ayuda mutua con los escasos recursos disponibles y la asesoría activa de oenegés, asociaciones y activistas, entre los que Wolfram se encontraba. Su reacción inmediata, visceral, fue traerse consigo para Alemania al mayor número de chipriotas que pudo, a los que había dejado instalándose en los poblados provisionales de precarios del otro lado del parque del Mediterráneo. Y se había venido para la fiesta de la Burbuja para ver si conseguía perder un poco la cabeza, que lo necesitaba como agua de mayo.

Fausto Mirallá comenzó a inquietarse y llamó a JR que estaba a la puerta del Suli's Café contemplando el espectáculo que formaban las bicicletas aerostáticas deslizándose por las calles que daban al río. Cuando vino a su lado, le dijo muy serio: "Es urgente la presentación

de la Vitrina Monumental Panóptica Para Alojar Un Tesoro, JR.
Te he reservado una cabina plató para que la prepares, y esta noche,
cuando presentemos el Aisipiai, ya tiene que estar la Vitrina navegando
por el mar del WWW, ¿comprendes? Es el momento:
La Vitrina Monumental Panóptica tiene que ser nuestro banco de recursos
para este nuevo desborde que se nos avecina”.

Mamadou el Senegalés les prepara un tentempié

Mamadou, el Senegalés del Suli's Café les había puesto un surtido de tentempiés, y Carla le dijo a Mirallá que ella necesitaba retirarse un rato para recomponerse un poco y estar bien dispuesta para la noche de las presentaciones. Chema Egea decidió ir con Lobo Corredor al poblado de urgencia y provisional que estaban montando a toda prisa al otro lado del parque del Mediterráneo, e instalarse allí los días que se quedara en Düsseldorf. Se despidió de Fausto hasta la noche.

“Tu vieja propuesta de Europa como una casa de cristal, sabio Mirallá, se ha hecho realidad sólo en el perfil de la fragilidad, pues sí es de cristal, pero de cristal esmerilado, translúcido, si no opaco. El fracaso de una generación traicionada o engañada y que tarda en reaccionar. En cuanto me entere un poco de las nuevas presentaciones de la fiesta de la Burbuja, me vuelvo para América”. Fausto les adelantó que un equipo internacional estaba identificando a mentirosos y traidores, como decía el Egea, insaciables, antropófagos y chorizos, como decía Mirallá, que se escondían tras las siglas más abstrusas de las redes de especuladores globales y él mismo estaba diseñando una cárcel virtual en la que exhibirlos como una estancia más de la casa de cristal.

Estaba creando muchos problemas la nueva acción de estos grupos: en muchas zonas estaban visitando sistemáticamente los domicilios particulares de numerosos políticos, jueces y financieros, y estaban siendo acusados por éstos de acosadores. “Sí, claro, nuevas estilizaciones: la gente acosa a los acosadores que no han cesado hasta el momento de acosarla a ella con leyes trucadas. El círculo vicioso del agujero negro...” “Otro ejemplo más de lo que necesitamos: desvirtualizar la red”.

7

Carla en una cabina plató de la Burbuja

Ánimo cruel y condición insolente. Ese era el perfil, en palabras sabias de un clásico amado, del corsario, del depredador. “Con esa gente, ni agua. Ni follar. Estaría bueno”. Carla se preparó para darse una ducha en la cabina plató individual que el sabio Mirallá tuvo la cortesía de facilitarle, al lado de la de JR, en la azotea de la Burbuja, su centro de operaciones. Se notaba que en Dusseldorf tenían muchos más medios que en el sur para el montaje de sus intersticios de nomadeo, mejor organización tal vez también. Cuatro o cinco veces más amplia que la cápsula japonesa de la estación de la ciudad esteparia del interior en donde había dormido unas horas la noche anterior, en la cabina plató de la Burbuja Carla pudo, tras la saludable ducha, montar la parte del material que podía presentar en la fiesta a la noche

y hacérselo llegar al equipo del Mirallá, como habían quedado en hacer tanto ella como JR. Y luego aún le dio tiempo para descabezear una siestecita corta, antes de conectar desde el plató con otros centros de información con los que le interesó comunicar, sobre todo con los chicos de la Casa de la Computadora del consejo mundial de rectores y los de la Operación Ulises, que también iban a participar en la fiesta de la Burbuja, pues todos estaban interesados en lo que ya comenzaban a denominar el Aisipiai.

“Eso era. El enemigo siempre es de naturaleza cruel e insolente, únicamente interesado en el beneficio, sea el que este sea, inmediato, o al menos la ventajilla, en el caso de los más mezquinos o aún no poderosos. La gangrena. Por difícil que sea, con ellos no debe haber piedad. En cuanto se desenmascaran – y las formas de desenmascaramiento son infinitas, sobre todo en tiempos de desvergüenza generalizada –, sin piedad, ni agua, ni follar... Ni siquiera intento de convencimiento ni de conversión; es una pérdida de tiempo, una distracción que una no se puede permitir”. La Carla lo tenía muy claro. Con los depredadores nazi-financieros no se podía convivir, y esa era la nueva frontera individual que había captado que se podía trazar con aquel sencillo certificado individual de independencia personal propuesto por Fausto Mirallá y que había convocado a todos allí para la fiesta de la Burbuja.

Había sido una desgracia dejar en manos de aquella plaga de apestados – enfermos ellos y transmisores a su vez de esa pestilencia – el diseño de lo que creyeron casa de cristal protectora y almacén global, a la que convirtieron en bunker centripetador y opaco en el que se encastillaron con trucos que vendieron como democracia y competitividad. “Hijos de puta, con perdón de las putas, hijos de putos, ya sin perdón posible, simples asesinos vistas las consecuencias en el día a día, la conversión de la bella y lúcida y sabia Europa de la propaganda política más descarada y cínica en una nueva red de campos de refugiados en todo similares a los que desde ella, desde esa rica Europa que habían tomado en sus manos traicioneramente, habían intentado estructurar con gran esfuerzo y voluntad para un resto de mundo global arruinado al írsele de las manos un control extractivo excesivo por esquenas de optimización, competitividad y rentabilidad exhaustivos como obsesión matemática o estilización centripetadora ya sin alma. La lógica del corso y de la guerra, la única respetada y respetable para aquella mafia política y financiera que se erigió en nueva ortodoxia o nueva iglesia, o nueva religión, de su única divinidad, como toda divinidad única insaciable y enemiga de todo lo que no sea ella misma en su pretendida totalidad áurea, el dinero o el interés. De nuevo la lucidez de un clásico amado que avisa, profetiza o alerta como aquella angustiada Casandra, agorera de catástrofes. Insolencia y crueldad. Ante ellas, la sola eficacia del garrote. El garrote vil. Metáforas de la desolación y de la rabia... Ganas de matar...”

8

Cuando a Carla Canon la atacaba eso que ella denominaba una faceta de la pasión semiológica – aunque podría considerarse sencillamente

indignación – solía echarse a la calle pues sólo lograba calmarse con un buen polvo. Y hasta que eso no sucedía, desasosiego e inquietud la dominaban. El ansia.

Trató de relajarse un poco. Desde la cabina plató de la azotea de la Burbuja conectó con la Casa de la Computadora del Consejo Mundial de Rectores y, aunque no la pudieron poner en comunicación directa con el Tutifrutí, el colega de aquel equipo con quien tenía más confianza, le confirmaron que estaban al tanto de la fiesta de la presentación de esa noche en Dusseldorf, en donde tenían un representante informador, y que tenían previsto adaptar el Aisipiai (ICPI) para la nueva campaña de movilización global de estudiantes y voluntarios de las universidades que coordinaban para la Operación Ulises de la próxima primavera, así como para todos los viajes de conocimiento y de contactos preparatorios de la campaña.

Eso la tranquilizó algo, pues significaba que la red de campamentos de refugiados orientales contaría con los recursos humanos más jóvenes y entusiastas del Consejo Mundial de Rectores como en las campañas anteriores. Incluyó el dato en su informe y lo envió al equipo del Mirallá, como había quedado con él, antes de revestirse de nuevo su Rebequita documentalista y mochileta y echarse a la calle de nuevo, como estaba deseándolo. De hecho, ella estaba allí precisamente para eso, para una fiesta.

En el Suli's Café de nuevo

En el Suli's Café de nuevo, Carla no reconoció a nadie ya, salvo al camarero senegalés Mamadou que le dijo que Fausto Mirallá no había vuelto a pasar por allí. El local estaba muy animado, no hacía más que entrar y salir gente, y en uno de los rincones un grupo de jóvenes escuchaba a un chaval que hablaba en español con acento andaluz: “PIDES es una asociación sin ánimo de lucro que, desde el año 2005, se encarga en Granada de investigar, diseñar, coordinar y evaluar proyectos para el desarrollo educativo y social.” A su lado, una chica hacía la traducción simultánea al alemán para una parte del grupo que los rodeaba. Se trataba de un proyecto para el fomento de la lectura, la cultura, la educación y el arte en la prisión de Albolote, explicaba el chaval, que debía de estar en la ciudad de la que procedía, con taller de alfabetización, clubes de lectura y talleres de Sexualidades, así como un encuentro de arte, cultura y educación en medios penitenciarios que llamaba ENTALEG-ARTE. Carla comprendió que ya estaban en plena fiesta, con formato de feria; activó todos los registros de su Rebequita documentalista y no se perdió ni una palabra de aquella presentación. Comentaron también, el orador y la traductora, una experiencia más amplia de creación de bibliotecas en módulos penitenciarios etiquetados como conflictivos: Carla se dio cuenta de que acababa de enamorarse de aquel joven orador y comenzó a desplegar ante él todos sus recursos de seducción con toda naturalidad.

Sí, con toda naturalidad. Estaba en su naturaleza. Las ganas de matar, en pleno ataque de pasión semiológica, como ella decía, sólo podía neutralizarlas

con las ganas de follar. Para ella, una de las manifestaciones en el límite más amables y sinceras del verdadero amor.

9

Lucas el de Bakakai

El chico joven que había presentado en el Suli's Café la experiencia de la asociación PIDES en la cárcel de Albolote, era de un grupo de Granada generado en torno a la librería Bakakai, del que formaban parte también los Polacos que Carla había conocido la noche anterior en la Tercera Vakería de la Libertad de la gran ciudad esteparia del interior. Se llamaba Lucas y era descendiente de un notable guerrillero de Alhama de Granada cuya vida y acción habían reconstruido con los testimonios de supervivientes de una famosa guerra antifascista, y estaban presentándola allí algunos de sus coordinadores tanto en formato libro como en formato informe audiovisual. Tanto los protagonistas guerrilleros antifascistas como sus descendientes, habían terminado repartidos por toda Europa como exiliados primero y emigrantes después, particular nomadeo que los convertía en gentes de ningún sitio y cuyas modalidades de supervivencia estaban siendo consideradas como fundacionales de los nuevos tiempos, de los nuevos nómadas, sobre todo sus redes de movilidad y modos de asentamiento y apalanque. Carla estaba fascinada y esa fascinación por el contenido la proyectaba sobre el mensajero, el joven Lucas que la tenía ya, más que fascinada, enamorada.

Siempre le había sucedido lo mismo, desde su juventud, desde su primer novio y la primera experiencia sexual que la chica entusiasta pero inexperta que ella era entonces había considerado experiencia amorosa plena de amante amada o amado amante en polvo cósmico o éxtasis orgasmático o qué, pero inolvidable y que siempre buscó – repetido y repetible – como meta suprema de su acción. Eso era para ella el amor y la felicidad, su nomadeo por campamentos de refugiados africanos fueron de brazos de amante predominantemente negro en brazos de amante predominantemente activista o negro, sus nomadeos por campamentos orientales lo mismo de lo mismo, y lo mismo sus nomadeos por ciudades o campamentos americanos o europeos. “El primer cambio está en ti”, leyó en una pancarta que pasaba por delante del Suli's Café, y Carla invitó a Lucas a una bebida caipiriñada que les preparó un sonriente Mamadou que se estaba dando cuenta de todo lo que estaba pasando por la mente de aquella mujer de bandera porque todo se le reflejaba de inmediato en sus ojos y en su gestualidad, pura expresividad toda ella.

También el joven Lucas resultó buen receptor del despliegue seductor de Carla, sin duda, aunque tan joven bien educado en su ya larga historia de nomadeo: ambos sabían leer y nadar. Dejó en el estradillo a sus colegas con los informes audiovisuales de la presentación – Fran Andujar y Kike Tudela le dijo a Carla que se llamaban –, quedaron en verse por la noche en la presentación del Aisipiai y Carla y Lucas se perdieron por entre la gente del Suli's Café con su caipiriñado en la mano primero, y luego por el parque del Mediterráneo

entre la multitud y por otros lugares – la cápsula japonesa plató de la azotea de la Burbuja al parecer también en algún momento de la tarde – que este equipo de redactores o amanuenses no tiene ningún interés en evocar, pues pertenece a su intimidad más personal e intransferible.

Que lo cuenten la Carla y el Lucas si lo desean publicar,
el objetivo de nuestra narración es otro y, además, ya estamos dando
demasiados rodeos antes de llegar a él. Así que allá vamos a intentar llegar.

10

Éxito de la convocatoria de la Burbuja

El interés despertado por la presentación en Dusseldorf del que habían terminado por denominar el Aisipiai (ICPI, siglas inglesas del Certificado Individual de Independencia Personal), desbordó los primeros planes, muy sencillos, del sabio Fausto Mirallá. Este había previsto realizar, a las doce de la noche del viernes 15 de marzo, una conexión desde la cabina-plató principal de la terraza de la Burbuja, en la azotea del Suli's Café – a donde tenía acceso directo a través de un ascensor como burbuja de cristal que ascendía desde el patio trasero exterior del local – una conexión directa a la red abierta de la WWW con la que explicaría las características técnicas de ese certificado que pretendía que fuera adoptado como nueva cédula identificativa para el nomadeo por las diferentes redes de voluntarios y activistas que se estaban planteando a nivel global. El interés despertado por la idea, cuando la lanzaron a los cuatro vientos como mensaje prioritario de la biblioteca del Naranjal – con los logos o avatares de la camella blanca Bernabé y los cisnes del Rin, tal como le había llegado a Carla Canon y la había hecho movilizarse a su vez –, obró el milagro que los chicos informáticos denominaban de la “desvirtualización de la red”: comenzaron a llegar a Dusseldorf, a la Burbuja, nuevas ofertas de presentaciones virtuales, sí, pero también presenciales, con viajeros que se desplazaban para la ocasión, y todos interesados en adaptar el Aisipiai para la mejor realización de sus proyectos.

Era una respuesta entusiasta que desbordó de tal manera las previsiones de Fausto Mirallá y su equipo que tuvieron que echar mano de todos los i-kokos e i-kokas disponibles en la ciudad, como le decían en Dusseldorf a los activistas y voluntarios, tanto locales como en viaje de conocimiento y de contactos por allí. La i-koka Alessandra se convirtió en el cerebro de la organización de esa coordinación y, por ello, en la mano derecha del sabio Mirallá a la hora de organizar la fiesta externa con los recién llegados de todas partes, que decidieron fijarla físicamente entre el parque del Mediterráneo y el campamento o poblado de refugiados que la municipalidad de Dusseldorf se había visto forzada a levantar en los terrenos disponibles, con la ayuda del ejército y la policía, las asociaciones y oenegés, voluntarios y hasta corporaciones y empresas vendemotos variopintas promotoras de proyectos, siempre a la caza y captura de oportunidades de lucro, tiburonescetes insaciables pero en momentos de desborde omnipresentes y hasta necesarios...

Pero de las que había que defenderse como de la tiña.
A los que había que mantener al margen si se quería preservar la viabilidad misma de los intersticios de nomadeo de supervivencia, si se quería evitar la esclavización sin más de los precarios, cada vez más y cada vez más vulnerables. De ahí el éxito de la convocatoria de la presentación de la Aisipiai, por ello había acudido como movida por un resorte la Carla Canon desde la ciudad del interior, sí, pero también el Chema Egea desde América, los Bakakais de Granada, el JR con su vitrina panóptica para tesoros, los ciclistas aerostáticos con sus novedades del invierno último y tantos y tantos más. Incluso los del helicóptero eléctrico tornasolar... aunque estos tenían un interés de empresa vendemotos y por ello sospechoso interés; no precisaban el Aisipiai para sus desplazamientos aunque sin duda, si se les brindara la ocasión, no tendrían inconveniente en incorporarlo en sus esquemas lógicos de optimizaciones de recursos para implementar sus posibilidades de beneficios futuros: precisamente los que los convertía en sospechosos y por lo tanto excluibles del Aisipiai.
El interés por colaborar con el equipo del sabio Mirallá en la fiesta de la Burbuja estaba en relación con su intento de fabricar los tornasolares que la municipalidad de Dusseldorf tenía interés en adquirir, sobre los modelos y prototipos desarrollados en los talleres en donde habían trabajado los ciclistas aerostáticos, con patentes de la biblioteca del Naranjal y del Consejo Mundial de Rectores.

11

Habían sido precisamente las patentes generadas por la biblioteca del Naranjal y las controladas y registradas por el Consejo mundial de rectores (CMR) las que habían servido para perfilar o trazar las primeras fronteras con los tiburones financieros y empresarios promotores vendemotos, como se los conocía, de manera simplista, para entenderse mejor. Los centripetadores insaciables, en fin, que habían conseguido que los recursos globales se concentraran, con todo tipo de apaños fraudulentos, en manos de un uno por ciento de la población mundial, en la raíz de todas, absolutamente todas, las grandes catástrofes últimas y, sobre todo, del proceso que en ese sistema generado parecía imparable de esclavización de hecho de más de la mitad de la población mundial.

El agujero negro centripetador de recursos y energías que a Carla Canon, cuando se acordaba de ello, le provocaba unas irrefrenables ganas de matar sólo neutralizadas, por puro instinto de conservación o de supervivencia, con las ganas de amar, en su acepción más inmediata y reconocible de ganas de follar. Era mejor no pensar en ello, pero ahí estaba como realidad obscena. El CMR – ese consejo mundial de rectores que a ella se le antojaba que debía escribirse con minúscula para evitar equívocos – había conseguido convertir sus patentes en recursos a salvo de tiburones financieros situándolos al margen de sus especulaciones y convirtiéndolos en recursos de movilidad por redes de nomadeo en los que no intervenían las monedas corrientes sino otras de cuenta más o menos convertibles pero nunca acumulables, sobre todo tras la magna operación de blanqueo de dinero negro, como le decían, tanto del mundo financiero formal

como del procedente del narcotráfico, que había ideado un histórico rector de la Universidad de Medellín llamado Rómulo Castro, uno de los promotores iniciales de aquel consejo mundial de rectores.

Viejas historias ya, pero siempre necesitadas de nuevas puestas al día. Y una de esas puestas al día, para el sabio Mirallá, era – al lado del Aisipiai – la Vitrina Monumental Panóptica para Alojar un Tesoro que le había sugerido el veterano colega agitador JR y que al sabio Mirallá se le antojaba que podía configurarse como un banco de contenidos tanto de objetos, artísticos o no, como de patentes e ideas valiosas que pudieran respaldar acciones y movilidades, tal un fondo de arte, por ejemplo, o un fondo de comercio, que decían los antiguos mercaderes y vendemotos. Algo valorable y valioso para intercambios con el otro lado de la frontera que pudieran trazar con el Aisipiai. Se le había ocurrido de repente a Fausto Mirallá, a raíz del interés despertado por las investigaciones de los ciclistas aerostáticos y sus aplicaciones en los talleres de la biblioteca del Naranjal al helicóptero eléctrico Tornasolar que tanto había interesado a algunos grupos y corporaciones alemanas, entre ellos la misma municipalidad de Dusseldorf.

Si el sabio Mirallá y JR conseguían articular el banco de contenidos de la Vitrina del Tesoro con el Aisipiai como nuevo certificado o documento de identificación y movilidad de la gente de intersticio de nomadeo en intersticio de nomadeo, conseguirían convertir ese Aisipiai en garantía de no esclavización de esa gente en movimiento por los traficantes de mano de obra que eran los tiburones vendemotos, así a lo bruto para entendernos. Y ese era el interés de todos los que estaban llegando a la ciudad para la fiesta de la Burbuja.

Volviendo a viejas maneras de decir y de explicar la realidad, querían ver el diseño de la nueva galeota corsaria mágica que pudiera hacer frente con garantías de éxito a la clásica galeota corsaria choriza que promovía y financiaba ese uno por ciento de la población mundial al que era urgente neutralizar y destruir. Ese uno por ciento al que Carla Canon deseaba, sin más, matar.

12

Fausto Mirallá y JR en la cabina plató

Esa era la delicada operación que Fausto y JR estaban intentando terminar de perfilar en la cabina japonesa plató principal de la azotea del Suli's Café, la Burbuja. JR había aportado a la Vitrina Monumental Panóptica del Tesoro – y dudaban si conocerla como VMPT, siglas frías pero prácticas, aunque no le gustaba a ninguno de los dos esa denominación – había aportado un primer Tesoro consistente en miles de imágenes de gemas preciosas y semipreciosas de su colección particular y que conservaba en su casa de apalancamiento en Oriente, así como miles de imágenes muy sugestivas de todas las ciudades por donde había discursado su vida, muchas de esas imágenes de lugares ya desaparecidos a causa de las numerosas catástrofes naturales y bélicas que habían soportado esos lugares con el paso de los años. Era el “Fondo JR” inaugural de la Vitrina del Tesoro, como terminaron por designar a ese VMPT o depósito de contenidos con que el sabio Mirallá pretendía respaldar su Aisipiai.

“Eso es, un fondo inaugural para la presentación de esta medianoche, JR, pues ya tenemos apalabradados otros fondos conservados en la biblioteca del Naranjal y que no sabían muy bien qué hacer con ellos, así como otros más específicos que el consejo mundial de rectores nos acaba de comunicar que ponen a nuestra disposición, tanto de imágenes como de textos literarios y objetos, así como colecciones enteras de objetos de deportistas individuales y clubes deportivos, divos de la música y fondos históricos de compañías musicales y cinematográficas, y qué te voy a contar más...” La i-koka Alessandra se expresaba con enorme seguridad y a Fausto Mirallá se le veía emocionado.

Finalmente, JR seleccionó para la presentación de medianoche, como imágenes inaugurales de la Vitrina del Tesoro, la serie de mil quinientas turquesas que habían de ir proyectándose en la pantalla de fondo del escenario levantado en el descampado entre el parque del Mediterráneo y el poblado de refugiados procedentes sobre todo de Chipre, lugar elegido para la fiesta real, para que cupieran todos los llegados de todas partes, la fiesta de la desvirtualización de la red, en el argot de i-kokos e informáticos.

Fausto Mirallá y JR decidieron permanecer en la cabina plató de la Burbuja y desde ella seguir el desarrollo de la fiesta; toda la actividad de la larga tarde con la puesta a punto de la presentación del Aisipiai los tenía exhaustos y lo prefirieron así. Desde el Suli's Café el senegalés Mamadou les subió una estupenda cena, y con Alessandra, que no estaba dispuesta a perderse la fiesta real a la que tanto tiempo había dedicado – “Jóvenes y animosos, envidia me dais”, les dijo un cariñoso JR – se fueron para la explanada del escenario en donde hacía bastante tiempo ya que sonaba la música, reina del aire.

También Carla Canon pasó un momento por la cabina plató principal de la Burbuja para saludar a Fausto y a JR; llevaba toda la tarde con el joven Lucas por allí, entre el Suli's Café, el parque del Mediterráneo y los poblados, la cabina japonesa de la Burbuja que Fausto le había facilitado para organizar sus conexiones y satisfacer sus necesidades, y pretendía no perderse ni un acto ni una escena de aquello que quería registrar como gran representación, la fiesta de presentación del Aisipiai o fiesta de la Burbuja. Faltaba media hora para la medianoche y se despidieron. JR les dio una turquesa diminuta a cada uno, y Carla Canon y el Lucas se perdieron en la noche.

13

Cálculos para la Vitrina del Tesoro

Para la fórmula de acople de la Vitrina del Tesoro al Aisipiai, el sabio Mirallá recurrió a un viejo texto conservado en la biblioteca del Naranjal, del tiempo de la estructuración del consejo mundial de rectores, atribuido al rector JB o a alguien de su equipo o de su entorno. Era un “contrato de regalo” y había servido, en aquellos tiempos tan antiguos ya, para financiar los primeros viajes estudiantiles de conocimiento y de contactos, cuya manifestación más vistosa habían sido

el proyecto Erasmus de la Comunidad Europea que decían, y luego la Operación Ulises, de la Gran Confederación Centro-Sur. Pura prehistoria del paraíso de las islas, pues, en el que ahora se encontraban, mal que bien, inmersos.

La idea fuerza del “contrato de regalo” era simple: la conversión de un objeto en tiempo como previo a su conversión en dinero. Por ello, lo titularon, a ese “contrato de regalo”, de una manera también muy simple: “cómo calcular el precio de un cuadro”.



El cuadro en cuestión era un dibujo realizado a partir de un cuadro del pintor madrileño Carlos Bloch que el dibujante y donante, E.S., calculó en treinta horas de trabajo como valor de referencia del dibujo para el intercambio. En una fiesta estudiantil para sacar dinero para su viaje de fin de graduación, el profesor y dibujante E.S. quiso obsequiar a sus estudiantes con el tal dibujo, pero a condición de que aceptaran un “contrato de regalo” que iba a significar su conversión posible en dinero contante y sonante para financiar sus actividades, comenzando con el viaje mismo de graduación. El dibujo en cuestión pasaba a ser propiedad de la delegación de estudiantes de la facultad universitaria de Humanidades y Ciencias Sociales, y la manera de obtener dinero con él, en un primer nivel, consistía en vender todo tipo de objetos – camisetas, postales, cuadernos, cerámicas o cualquier otro artilugio que se les ocurriera – decorado con la imagen del dibujo, bien completa, bien de alguno de sus fragmentos, pues era bastante colorido y se prestaba a su fragmentación como imagen. Con ello conservaban la materialidad del dibujo, que decoraba la delegación estudiantil de la facultad de Humanidades, y disfrutaban del producto económico en moneda corriente de su derecho de copia, ese copyright que estaba siendo obsesivamente legislado y por ello perseguido por grandes corporaciones y vendemotos para todo tipo de imágenes e ideas, hasta niveles tan obscenos que entorpecían la creatividad más inmediata de esos mismos estudiantes humanísticos y de ciencias sociales.



En un segundo nivel, y por necesidades mayores, si era menester, podrían vender también el dibujo mismo, pero ahí era cuando entraba en escena el “contrato de regalo”, a la hora de calcular su precio, a partir del valor calculado en función del tiempo empleado por el artista en su producción, treinta horas. El autor, E.S., por el tal contrato con la delegación de estudiantes, exigía que el tal dibujo sólo pudiera ser vendido en dinero contante y sonante a una institución financiera potente y calculaba el precio por hora de realización en relación de igualdad con el precio de hora de trabajo del director mejor pagado de dicha institución financiera. Y eso era todo.



Aceptado por el delegado estudiantil, éste y el autor E.S. escribieron por detrás del dibujo el contrato, lo firmaron ambos y enmarcaron dibujo y contrato para que pasara a decorar el local de la delegación; más tarde, cuando la institución universitaria desapareció durante la fase más aguda de la crisis generalizada provocada por la guerra financiera – que todos denominan hoy la Gran Guerra sin más – pasó al legado JB conservado en la biblioteca del Naranjal, en donde se conserva hoy.



El sabio Mirallá y JR concluyeron que esa fórmula imaginativa y absolutamente legal, contractual, que había ideado el equipo del recordado y llorado rector JB para convertir en dinero contante y sonante para sus alumnos un objeto, en tiempos de necesidad de recursos y en momentos de crisis amenazante que precisaban del despliegue máximo de imaginación y valentía, podían utilizarla perfectamente como fórmula para momentos igual de críticos y terribles, de necesidad de recursos sin fin y libres de maniobras especulativas de vendemotos centripetadores y torticeros, como los que estaban padeciendo.

“Esa fórmula contractual pasó a aplicarse en la biblioteca del Naranjal a obra artística, literaria y de patentes, diseñada con minucia desde antes de la muerte del rector JB, pero siempre se relacionó con aquel primitivo

contrato de regalo del dibujo de E.S. sobre un cuadro del Bloch”.

JR había conocido también al pintor madrileño, pero no conocía la historia del cuadro. “El cuadro – le aclaró Fausto – se conserva también en la biblioteca del Naranjal, y es tipo collage, con una imagen fotográfica de la universidad del E.S. y el rector JB, un espejito circular y unas intervenciones al óleo de Bloch. Sobre el cuadro, que el pintor le había regalado a E.S., éste hizo el dibujo que luego regaló a la delegación de estudiantes, después de utilizarlo como imagen de una expo-instalación que tituló ‘Mosaicos, laberintos y diagramas’, de la que tengo imágenes por aquí”.

A JR le gustaron las imágenes y aceptó incorporarlas también, en sus múltiples fragmentos posibles, a la Vitrina Monumental Panóptica para Albergar un Tesoro, como le gustaba denominarla, por su nombre completo, la Vitrina de los Tesoros, como convinieron en denominarla para simplificar.



Se les había echado el tiempo encima. Solos JR y Fausto en la cabina plató principal de la Burbuja, con el equipo técnico de i-kokos de transmisiones, se dispusieron a conectar con el escenario principal de la fiesta en la explanada entre el parque del Mediterráneo y los poblados de refugiados, exiliados y viajeros, en aquellos momentos sobre todo griegos y chipriotas, a las orillas del Rin.

Desde el escenario, Alessandra estaba intentando conectar con los dos veteranos artistas luchadores:
“Aló, Mirallá. Aló, JR. Maydey, maydey... Aquí, Alessandra...”

14

A estas alturas del relato... A estas alturas del ensayo de relato de la fiesta de la Burbuja iniciada el 15 de marzo en Dusseldorf, el equipo encargado de ello debió –debimos – serenarnos un poco. Para su construcción contamos con los registros audiovisuales que nos cedió alguna gente, principalmente la misma Carla Canon, y con dos docenas de testimonios orales de gente que participó en la fiesta, nuestros ojos y oídos, nuestros espías para la Ocasión. Con todo ello nos enredamos hasta ahora, con Alessandra como coordinadora; no quiere reconocerlo, pero es la i-koka preferida por el sabio Mirallá, su musa, como él la llama. Bajo la batuta inteligente de Alessandra, con una capacidad intuitiva asombrosa para la toma de decisiones, esto va marchando, mal que bien, con media docena de personas voluntarias entre documentalistas y amanuenses y editores. Un equipo provisional, dicen algunos, una pequeña fiesta, decimos nosotros,

pues nos lo pasamos estupendamente y nos lo reconocen como crédito para seguir nomadeando por ahí. Además, la mayoría de los chicos, y también de las chicas, están con la Aslessandra que se les cae la baba.

Carla y Lucas por el parque del Mediterráneo

Carla Canon y el Lucas se habían recorrido el parque del Mediterráneo durante toda la tarde y se arrimaron a la mayoría de los corrillos y casetas que aglutinaban a las más divertidas y dramáticas, al mismo tiempo, categorías de los nuevos nómadas: los deportados voluntarios chipriotas y griegos, que acababan de llegar casi en masa, eran los que tenían más audiencia, por la novedad; pero también estaban generando gran expectación los grupos de refugiados sirios, que representaban ya a más de un millón de exiliados forzados de la guerra de su tierra de origen y que estaban intentando captar la mayor cantidad de recursos posible, tanto técnicos y humanos como financieros. Estos eran los más dramáticos, sin duda, pues otros más veteranos habían adoptado técnicas carnavalescas y de teatro de calle:

“Los afectados por las preferentes de Bankaka y las prioritarias de Kaikaisa”, o “Los engañados por los Mondragones y los subastados como primos de riesgo”, representaban parodias para ilustrar los informes que narraba un actor, con frecuencia también paródico, algunos con textos en verso con rimas cacofónicas, como los de Bankaka, que hacían reír a parte de la concurrencia y desesperarse a no pocos intérpretes en alemán o en inglés. Los rótulos de los diferentes grupos podían conformar una suerte de poema o letanía surrealista:
“Desplazados por inmobiliarias optimizadoras de recursos”;
“Arruinados por los vendemotos de la construcción”;
“Activistas engañados por levas ecologizantes de corporaciones de transgénicos competitivos”; “Oenegeros desviados a factorías clandestinas”;
“Voluntarios militantes terciermundistas utilizados por tiburones financieros como espías involuntarios”; “Misioneros a sueldo de Alcaldes corruptos”;
“Estudiantes captados por intermediarios insaciables rentabilizadores de la Enseñanza”.

Aquello era una pasada y Carla Canon no había visto nada parecido, tanta vitalidad. Los tiempos estaban cambiando a velocidad de crucero, y ella se sentía hecha una antigua ya, hecha una vieja. Miró al Lucas, a quien aquello no sorprendía para nada, acostumbrado desde niño al deambular de los nomadeos de la gente de frontera, y se enterneció. Lo atrajo hacia sí y le dio un beso. Al chaval se le veía encantado y ciñó a Carla por la cintura. En otra parte más arbolada del parque habían montado algunas representaciones guiñolescas, también de divertida categorización: “Centripetadores feroces contra Caballos Pegaso voladores centrifugadores”; “Maestros oficiales nómadas contra secuestradores mentirosos por deudas”; “Nómadas de supervivencia contra reclutadores camuflados para corporaciones mineras del Diamante de Sangre”. Pero fueron dos de ellas las que despertaron el mayor interés de Carla, pues hizo registros audiovisuales de gran amplitud:
“Las Bellas Viudas contra los Acosadores Financieros”,

que debía ser algo muy próximo a una película porno bufonesca y descarada de serie B, y “Donantes contra Traficantes de Órganos”, que parecía, en los registros de la Carla, una película también de serie B, pero de casquería en este caso, filmada al alimón por Groucho Marx, Buster Keaton y el Gordo y el Flaco al mismo tiempo.

Fue entonces cuando Carla y Lucas se acercaron a la cabina plató que había proporcionado el sabio Mirallá a la Carla en la azotea de la Burbuja, sin duda que para echar el polvo que Carla andaba demorando y demorando toda la tarde con el Lucas para acá y para allá, a la vera del Rin. Aprovecharon para despedirse de Fausto Mirallá y de JR, que ponían a punto la retransmisión del Aisipiai en la cabina plató principal de al lado de la de Carla, y se echaron de nuevo a la calle para ver terminar de atardecer en la explanada del escenario de la fiesta y darse un paseo por los poblados y campamentos de nuevos refugiados antes de la medianoche.

15

Anochecía ya por los poblados y campamentos provisionales que estaban montando los de la municipalidad, al otro lado del parque del Mediterráneo, y Carla se encontró, aquí y allá, con estampas muy familiares ya por su experiencia reciente en campamentos orientales.

Pequeños grupos familiares, los menos, algo apocados pero con cara de sorpresa, sobre todo los niños, mujeres protectoras y tímidas y padres excitados, ante sus nuevos alojamientos tenuemente iluminados; hombres y mujeres atareadas en acondicionar sus barracones y módulos variopintos, y zapadores y oficiales y bomberos de aquí para allá también, y jóvenes soldados. Eso sí, lo que notaban a simple vista, tanto Carla como Lucas, era que contaban con mucho más abundantes medios de los que recordaban de sus experiencias anteriores más al sur. “Estamos en Alemania”, dijo Lucas. “Un corazón o motor de imperios centripetadores, sí”, asintió Carla.

La escena de la cotidianidad de un campamento, semilla de intersticio de nomadeo de precarios y periféricos, de los nuevos nómadas de la supervivencia; atendidos en esos momentos iniciales de formación por también cada vez más nuevos nómadas de i-kokos e i-kokas, como le gustaba al sabio Mirallá llamar a la juventud viajera, ya estudiantes o ya técnicos y maestranzas heterogéneos sin más, voluntarios, oenegeros, médicos sin fronteras, bomberos mundi, maestranzas liberadas, todo un bullir y bullir, también empresas formales contratadas por la municipalidad o por instituciones administrativas o filantrópicas privadas, o por organismos internacionales o globales, esa nueva Babel que cada vez babelizaba más espacios y lugares, desde los centros duros urbanos y de poder hasta los suburbios industriales y de dormitorio, y los nuevos poblados cada vez más provisionales pero mayores que se comenzaban también a dispersar por los restos del mundo rural superviviente...

En la explanada de la fiesta

La noche se les echó encima, poco a poco, y con ella, imperceptiblemente, cierta melancolía; a Carla le brillaban los ojos y Lucas la ceñía más fuerte por la cintura.

Saludó a alguna gente que reconoció de otros viajes similares, a alguna sólo de vista, y con otra intercambió algunas impresiones. A toda la gente le parecía muy bien la aplicación inmediata de aquel Aisipiai del que todo el mundo hablaba, y creían que con él o ella – aún dudaban de su género, papel o cartela o algo indefinido – se podría facilitar más aún la movilidad por las redes de nomadeo y la red misma podría considerarse tan protectora como los intersticios mejor estructurados o más veteranos y experimentados.

Carla y Lucas se encontraron también con Lobo Corredor y Chema Egea, que habían estado toda la tarde en los poblados de los chipriotas recién instalados en el campamento, y habían echado una mano en todo lo que habían podido. No paraban de contar. Lucas también se encontró con sus colegas de Granada, y se fueron acercando poco a poco hacia la explanada del escenario en donde había comenzado a sonar música animada de bandas de jóvenes manuchaístas con aires tropicales, procedentes de las carpas instaladas para la recepción de los más jóvenes. Una gran pantalla se había instalado también como telón de fondo del escenario, y allí se presentaron mensajes e imágenes, pruebas técnicas todavía algunas de ellas. Se aproximaba la medianoche y aquello bullía; muchos de los actores y mimos que habían visto por la tarde en el parque del Mediterráneo en sus representaciones bufonescas, andaban por allí con sus disfraces aún, dándole un particular colorido al gentío, abrumadoramente joven y animoso. En un momento, se abrió un pasillo y un ciclista aerostático se deslizó elegante, a metro y medio del suelo, por entre la gente, encantada y contenta. En el escenario, en un momento, un representante del consejo mundial de rectores (CMR) leyó un breve comunicado que decía estar muy interesado el consejo en la presentación que les iba a hacer el equipo de Fausto Mirallá de la Burbuja aquella noche, y deseaban en el consejo poder incorporar de inmediato la Aisipiai a la próxima campaña de la Operación Ulises. La declaración levantó encendidos aplausos, y de nuevo sonó música de tipo Manuchao, al parecer la más jaleada por la gente.

Poco antes de la medianoche, subió al escenario una chica que Carla reconoció enseguida; era Alessandra, del equipo del Mirallá, e inició una prueba de sonido para una conexión, al parecer.
“Aló, Mirallá. Aló, JR. Meydei, meydei... Aquí Alessandra...”

La bandera blanca de la Confederación

Mientras ella – i-koka favorita del sabio Mirallá – cerraba las pruebas, unos bomberos elegantísimos, con uniformes todos diferentes y de lo más vistoso, cada uno de la cuadrilla de la que procedían, comenzaron aizar una gran bandera blanca en un mástil que se erguía tras la gran pantalla del escenario, y todos aclamaron el rito con un fuerte aplauso y vivas a la Gran Confederación. Carla se emocionó; hacía tiempo que no participaba en aquel sencillo ritual deizar una bandera; por lo menos, desde niña. Y, además, la bandera blanca de la Gran Confederación Centro-Sur, la del viejo loco JB, que parecía querer reactivarse en estos nuevos tiempos transicionales,

endemoniadamente caotizados, babelizados, de profundos malestares y dolor, anómicos y dadá o surreales. “La bandera blanca de la Confederación”, musitó Carla. “La del nos rendimos porque no podremos rendirnos jamás”, le susurró Lucas al oído. “La sábana blanca, la mortaja...”

Izada la bandera blanca, los bomberos desaparecieron entre la gente.
Tras unos guiños de la conexión, la pantalla se llenó con un primerísimo plano del sabio Mirallá tocado con un sombrero Capello americano un poco echado para atrás, y barba de tres días, como a él le gustaba llevar. Parecía distraído con algún mando del plató, hasta que se dio cuenta de que ya estaba en el aire y se retiró hacia atrás con un gesto de sorpresa. “Aló, Alessandra...”
Alessandra se adueñó de la situación. “Todo en orden, Mirallá, se te escucha perfectamente. Vamos allá con la presentación...”
Fausto Mirallá no tenía demasiadas tablas para ser un buen locutor, algo desgarbado y titubeante. Carraspeó: “Esto..., esto es un llamado, un llamamiento... al 99 por ciento de la Tierra, Geo, Gaia... Mejor, no. La Tierra, Geo, Gaia, el mundo, ese todo, es el cien por ciento. Pero hay un uno por ciento de vendemotos, antropófagos insaciables, obsesos y chorizos, fagocitadores de todo lo fagocitable, sólido, líquido o gaseoso, tantos y tantas, el uno por ciento restante, sobrante, albañal... Por eso esto es un llamado, un llamamiento, al 99 por ciento que es la Tierra, Gea, Gaia...”
Se quedó un momento indeciso e hizo un guiño nervioso:
“¿Se me oye bien, Alessandra?” “Perfectamente, Fausto, sigue...”

Carraspeó de nuevo; estaba claro que no era un buen locutor. La gente, sin embargo, lo jaleaba. “¡Ánimo, tío!”, “¡Viva el Mirallá!”, coreaban por allí, como gritos de ánimo. “Pues eso: esto es una declaración de independencia personal contra el uno por ciento, que puede ser una puerta de acceso a un muy otro mundo posible... Es un llamado o llamamiento al 99 por ciento...”

Pareció trastabillarse de nuevo, e hizo un divertido gesto de disculpa con media sonrisa y nuevo carraspeo. La gente seguía animándole, divertida. Parecía enredado con unos papeles que no se veían en la pantalla, fuera de la imagen transmitida. “Álzate, 99 por ciento del mundo...”
Levantémonos, despertémonos, esgrimámonos, desencadenémonos...”
La gente se iba calentando, y hasta los músicos iniciaron un pequeño intento sonoro con golpes de batería e instrumentos de cuerda y viento ante cada exhortación del Mirallá.
“Yergámonos, vibrémonos, revolvámonos, truenémonos...”
A estas alturas, el delirio era total, y todos jaleaban, bajo la batuta de una Alessandra encantada de la vida con cómo estaba quedando la cosa.
“Abalancémonos...”, y la gente se abalanzaba de un lado para otro...
“Atorbillémonos... o Atorbellinémonos...” Y aquello se convirtió en un delirio de vivas y risas y saltos... Otra vez parecía que se despistaba el locutor, mientras se calmaba la gente un poco, y consiguió seguir, animado por Alessandra...
“Vamos, Mirallá, sigue. Se te entiende perfectamente...”
“Salvémonos, independicémonos del uno por ciento, de los insaciables, de los antropófagos y de los chorizos...”

La banda de música inició unos compases, y Alessandra propuso una pausa. “Bravo, Mirallá. Ahora un poquito de música, y luego seguimos con la Aisipiai... De todas formas, ya todos deben de tener en sus correos particulares el proyecto completo, bien explicado, y no podemos olvidarnos de que esto es una fiesta”. Otra vez la música bailona se hizo reina del aire en la explanada, y Carla Canon se partía de la risa, encantada, ya lloraba de tanto reír. Aquella fiesta de la Burbuja iba camino de convertirse en inolvidable, mire usted, qué le vamos a decir de más.

En la gran pantalla de fondo del escenario se sucedían imágenes de turquesas...

Además de que estos amanuenses y editores están cansados ya, y tienen que irse a una fiesta de presentación de una plataforma digital nueva, el Archivo de la frontera, que nos han dicho que está muy bien. Va a ser la fiesta de la despedida de una de nuestro equipo, además, que sale para América en viaje de conocimiento y de contactos y no volverá hasta dentro de una semana. Para entonces continuaremos con el ensayo de narración, si es que seguimos teniendo ánimo y material de trabajo nuevo.

FIN de la IV parte

V PARTE: CARLA Y FAUSTO

1

Carla se quedó en Dusseldorf, en la Burbuja del sabio Mirallá, del 15 al 17 de marzo; tres días escasos; poco tiempo, pero intenso. Tampoco necesitaban más; era suficiente. Recordó un dicho sobre la hospitalidad saharaui; tres días era la medida justa, a partir de los cuales te podían echar sin contemplaciones. La primera noche, la noche de la presentación del Aisipiai, se le pasó en un suspiro, siempre el Lucas al lado; salía para Granada con sus colegas de la Bakakai al día siguiente con las noticias y avisos de la fiesta de la Burbuja. Aunque les dio penita en la despedida, se lo habían pasado estupendamente y quedaron en verse para otra Ocasión. El mundo, de verdad, era un pañuelo.

Fausto y JR en la pantalla de la fiesta

Tras la primera aparición estelar de Fausto Mirallá en la gran pantalla, con sus incitaciones trastabillantes a la acción – aquel “¡Álzate, 99 por ciento... Salvémonos, independicémonos...!” – la música bailona mantuvo a la gente casi una hora con gimnasia y charla. Por la pantalla se sucedían imágenes de turquesas que luego, desde la pantalla misma, en una nueva conexión que Alexandra presentó, Fausto y JR explicaron que eran los primeros fondos inaugurales de la Vitrina de los Tesoros, gran contenedor y banco de contenidos que habían diseñado para respaldar el lanzamiento de la Aisipiai; contaban para ello con el respaldo, a su vez, de la biblioteca del Naranjal y del consejo mundial de rectores, que ya les habían depositado allí algunos fondos concretos, sobre todo fotográficos, y patentes. Estos datos los facilitaba Alessandra en las presentaciones, pues luego Fausto y JR se limitaban a divagar sobre las ventajas que tenía una tarjeta única como la Aisipiai para los desplazamientos de la gente y su encuentro con un lugar adecuado para instalarse. “Eso es, y también para apalancarse cuando uno lo necesite ya o lo quiera. Nadie te dirá de dónde vienes sino qué sabes hacer...”, comentó Mirallá en un momento, dejando perplejo a JR que tardó en encontrar el hilo de la exposición sobre su “Vitrina Monumental Panóptica para Albergar un Tesoro”, que era el nombre original completo de su proyecto. Las primeras mil quinientas turquesas que habían servido de imagen para las reproducciones del fondo inaugural de la Vitrina de los Tesoros, serían el amuleto protector de los mil quinientos primeros firmantes de la declaración individual de independencia personal, los primeros Aisipiai, que aquella misma noche podían comenzar a formalizar.

La indicación de JR, luego puntualizada por Fausto, llenó de júbilo a los hasta entonces bailones, y muchos aplaudieron. Por sobre los aplausos, la voz de Fausto Mirallá se dejó oír: “Eso sí, la independencia personal significa no estar sujeto a ningún tipo de contrato de trabajo

con administraciones o corporaciones lucrativas... Eso es. El Aisipiai es un nómada libre... Eso es..." Fausto parecía atascarse, dubitativo, con su sombrero un poco echado para atrás y su barba entrecana de tres días, y JR le miraba de reojo con sonrisa socarrona y aire de pachá oriental antiguo. "Fausto quiere decir que hay que evitar, como sea, huir de ellos como de la sarna, a los agentes de tiburones y vendemos... ¿No es eso?" "Sí, claro. Eso es lo más importante. Y no hay que olvidar que los dos campos principales para categorizar son 'a dónde quieras ir' y 'qué sabes hacer'. Eso es..." Más euforia y aplausos por la explanada, y Alessandra despidió a Fausto Mirallá y JR que saludaban desde la gran pantalla. "Chao, amigos. Buenas noches a todos... A rivederchi..."

Carla Canon y Lucas Bakakai se despidieron de los colegas y, antes de pasar por la cabina plató de la Burbuja en donde Carla se había instalado para la fiesta, se detuvieron en uno de los puestos informáticos abiertos en la explanada y solicitaron su Aisipiai, regocijados. Su perfil se adecuaba al de nómada libre, que decía el Mirallá: todo su tiempo estaba, desde siempre en sus vidas, por completo dedicado al mantenimiento de intersticios de acogida y protección de desplazados, refugiados, exiliados o nuevos precarios sin más, que decían, gente de frontera ellos mismos ya; la gente de ningún sitio únicamente protegida ella misma por la bandera blanca de la Gran Confederación Centro-Sur, que parecía querer resurgir de sus cenizas ahora, en los tiempos trágicos y de desconcierto de la inmediata postguerra financiera que aún coleaba, la eterna Gran Guerra.

2

De madrugada en el Suli's Café

Carla y Lucas pasaron por el Suli's Café antes de subir a echarse unas risas y un sueño reparador, y allí se encontraron con Fausto Mirallá y JR que se estaban despidiendo también para irse a dormir. Carla les dio un beso y los felicitó. "Habéis estado fantásticos". Alessandra, que estaba por allí con otros i-kokos e i-kokas cerrando turnos para el seguimiento de los Aisipiai, corroboró: "¿Verdad que sí, Carla? Ya sabía yo que Fausto es un gran comunicador". "Siempre lo ha sido. Tenías que verle ya hace veinte años, cuando la casa de cristal..." Fausto estaba satisfecho pero se le notaba cansado. JR y él se retiraron a dormir y los más jóvenes pidieron otra copa.

Había habido una avalancha de solicitudes del Aisipiai a partir de la media noche, les comentó Alessandra, y tuvieron que improvisar un equipo de urgencia de refuerzo para la sala de la computadora de la Burbuja. También habían comenzado a llegar, textos, objetos y pequeños fondos para la Vitrina del Tesoro que, al parecer, había causado sensación. Debieron conectar con Fito Naser, el gran programador del Naranjal, para que reforzara el equipo previsto en principio, y éste les había puesto en contacto con el club de los Fitos, una verdadera saga de discípulos suyos especialistas en campañas de este tipo de refuerzo

de las redes de nomadeo. Ahora estaban muy liados con Chipre y con Siria y los nuevos campamentos de urgencia que tenían que poner a punto en poco tiempo, pero para el Aisipiai no escatimaban esfuerzos, pues lo veían proyecto facilitador de lo que tenían entre manos, en ese momento absolutamente prioritario. Muerta de la risa, les contó que uno de los fondos llegados para la Vitrina de los Tesoros era un pequeño ajuar de una docena de piezas de lencería, sobre todo bragas, de la cantante Madonsé... “Sí, sí, la Madonsé, que ahora comienza una gira por el hemisferio sur, y no ha querido dejar de unirse a la fiesta. Fue un problema a la hora de convertir los objetos en medida de tiempo, en este caso, pero JR nos propuso una regla imaginativa: calculando un tiempo mínimo para un objeto semi-industrial, y multiplicándolo por diez de valor añadido para fetichistas de la Madonsé, que los hay a montones, redondeamos en media hora por objeto; en total, la docena de piezas estarían al alcance de un caprichoso benefactor por cinco horas. Un fortunón”.

Se había formado, a lo tonto, una animada tertulia; unos se iban y otros venían, o pasaban por allí y se quedaban un rato. También estaba Mamadou, pero esta vez de cliente y no de camarero, y aparecieron también por allí los colegas de Lucas Bakakai, el Fran Andújar y el Kike Tudela; Lucas les dijo que se quedaba a dormir con la Carla, y su cabina japonesa la podían usar el Jabato y la Laura Trans, que también estaban en la fiesta y se habían quedado a última hora colgados de sitio para dormir...

Luego apareció un chico y le pasó a Alessandra una nota y unas imágenes impresas por ordenador que le enviaban los colegas de guardia. “Acaban de llegar para la Vitrina”. “Imágenes realizadas con cámara es-te-no-pe-i-ca”, leyó Alessandra con dificultad. El chico explicó que eran unas cámaras muy ligeras y sin lentes – de ahí lo de estenopeicas que sorprendiera a Alessandra – que se habían puesto de moda por todo el mundo, a través de una red que habían organizado unos fotógrafos polacos y un chico de Soria que se habían conocido en Formentera. “Imagen so-la-ri-grá-fi-ca”, volvió a leer Alessandra con dificultad. Carla, que estaba despidiéndose de la Laura Trans, se sobresaltó al oír lo de “imagen solarigráfica”. “¿Has dicho solarigráfica? Déjame ver, Alessandra, por favor”. La i-koka favorita del Mirallá le pasó los impresos por ordenador, algo difusas las imágenes, y Carla las miró con emoción... “Fantasmáticas y melancólicas. Bellísimas...”

Conocía a aquellos chicos, el Calvín, el Kula y el Decyk, desde hacía unos veinte años; habían creado una red global bien coordinada que dispusieron cámaras por todo el mundo a la vez, en el hemisferio Norte orientadas al Sur, en el hemisferio Sur orientadas al Norte y las del Ecuador orientadas al Este. Las cámaras se quedaron seis meses en su lugar elegido, desde el solsticio de verano hasta el solsticio de invierno, y durante esos seis meses registraban, día a día, el discurso del sol por el horizonte elegido, que dejaba una impronta lumínica como una franja verdosa y curvada como el tiempo o la luz o la eternidad... Carla lo narraba con emoción. Las primeras cámaras utilizadas

eran una simple lata de cerveza o de refrescos, a la que practicaban un obturador de 0,22 milímetros e introducían en su interior papel fotosensible, antes de sellar la lata para convertirla en una cámara oscura perfecta y consistente, a pesar de su levedad. “Luego la fijaban en algún lugar discreto y seguro orientado el obturador hacia un horizonte urbano, o campestre o montañoso, y allí la dejaban todo ese tiempo, los seis meses de mayor esplendor solar. Un sueño de red soñado en Formentera, en donde el sol te hace reverberar a ti tanto como al mar”. Carla evocó para un atento auditorio su primer viaje de conocimiento y de contactos, anterior al viaje con su primer novio a un campamento de refugiados, viaje que marcó su destino. El primer viaje de juventud había sido a una gran ciudad, precisamente a la convocatoria de fotógrafos para el proyecto en red global de los polacos y el soriano; durante mes y medio de aquella primavera, Carla conoció los secretos de las cámaras estenopeicas y, sobre todo, la aventura de la supervivencia en una gran ciudad de la que todo la sorprendía. Una ciudad que con el tiempo había de convertirse en su ciudad, y a la que siempre había procurado volver después de sus cada vez más frecuentes viajes y estancias, cada vez más largos y más prolongadas. En la ciudad, con sus colegas, la mayoría tan jóvenes como ella lo era, instalaron hasta una docena de cámaras estenopeicas en diversos puntos que eligieron con mucho cuidado, de manera que pudieran aguantar allí los seis meses, de solsticio a solsticio, seguras y a salvo de cualquier accidente que pudiera interrumpir su captación de la luz; la inseguridad física de la cámara era el principal problema de la acción, y ensayaron formas de camuflaje imaginativas y lo más seguras posibles. Fue un proceso de deriva divertida que aún conservaba con viveza en su memoria.

No había podido participar en la recogida de las cámaras, al final del otoño siguiente, pues ya se había embarcado con su primer novio en la aventura de un voluntariado en un campamento de refugiados, su verdadero bautismo de fuego en la nueva vida de nómada que iniciaba ese mismo otoño. No había podido asistir a la recogida de las cámaras, pero le habían contado más tarde que había sido una operación más delicada aún que la primera en la que había participado; consiguieron salvar la imagen de diez, entre ellas la cámara de la que Carla había sido responsable, frente a un horizonte urbano dominado por dos torres inclinadas que le daban un aire aún más fantasmagórico al paisaje resultante.

La complejidad de la acción venía dada por la fragilidad del soporte, pues la imagen solarigráfica – explicaba Carla con seguridad – se va formando en el momento en el que sale a la luz y en contacto con ella, para desaparecer poco a poco después a consecuencia de esa misma luz a la que está expuesta. Es un revelado natural del papel fotosensible, sin productos químicos, y ha de verse bajo una luz muy tenue y ha de ser escaneada de inmediato antes de que desaparezca. Pura magia de la luz.
De algún lugar de su Rebequita documentalista, Carla sacó una vieja fotografía que hizo circular entre los contertulios supervivientes, a aquellas altas horas de la noche ya, que habían ido interesándose cada vez más, a medida que progresaba la narración de Carla, por las imágenes que había traído el chico a Alessandra.

“Siempre llevo conmigo esa imagen, recuerdo de mi primer viaje de conocimiento y de contactos, virgen y animosa adolescente...” A Carla se la veía emocionada y cansada ya, ni siquiera había terminado su copa caipiriñada. Le hizo un gesto a Lucas, y se fueron a dormir.

Antes de subir por el ascensor burbuja de cristal a la azotea, quedó con Alessandra para verse a la mañana siguiente, a media mañana, mejor, pues le apetecía participar en el cálculo del valor tiempo de la serie de imágenes solarigráficas que debían hacer antes de subirlas como nuevo fondo a la Vitrina de los Tesoros. “A partir de las diez de la mañana, Fausto Mirallá aparece por el Suli’s Café. Supongo que nos iremos encontrando todos aquí...”

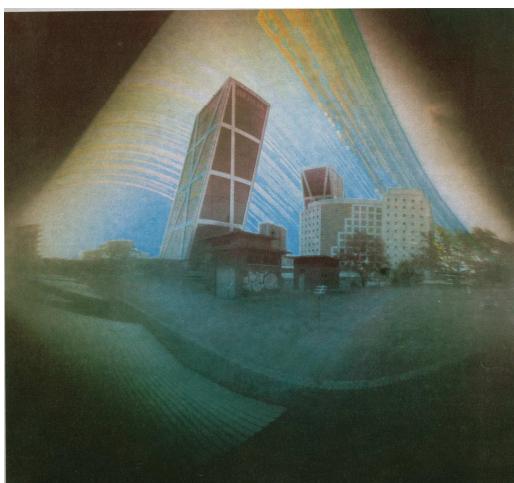


Imagen solarigráfica de Madrid, Suplemento El País domingo 21 de abril de 2013, procedente de la Rebequita documentalista de Carla Canon.

3

Desayuno en el Suli’s Café

Lucas se despidió de Carla poco después del amanecer; tenía temprano su vuelo para Granada. Desnuda y medio dormida aún, quedaron en buscar Ocación para verse otra vez, y siguió adormilada un rato. A eso de las diez y media pedía un café bien cargado en el Suli’s Café, sin darse cuenta siquiera de que Fausto Mirallá estaba al fondo de la barra, en su terminal de media mañana allí. La miraba sonriente y socarrón. “Bien aparecida, Carla. ¿Qué tal la noche?” “Estupendamente, Mirallá”. Carla se sentó a su lado con el café. “Aunque, ¿sabes lo que te digo? Una ya no está para tantos trotes, y más con gente tan joven, tan tenaz y tan voluntariosa”. Fausto sonreía con gesto interrogante. Carla continuó: “Gente encantadora, sí. Envidia me dan de tanta marcha que tienen. ¿Sabías que guardo un retrato artístico de todos mis amantes? Con su permiso, claro, y hasta el momento ninguno ni ninguna me lo han negado. Será la parte principal de mi fondo documental que deposite en vuestra vitrina de los tesoros. Es de una belleza sobrecogedora, al menos para mí.”

Mira al Lucas Bakakai, ¿ves? Tan greñoso, tan duro, tan tierno y tan peludo...” Fausto observaba la imagen del visor de la Rebequita documentalista de la Carla con cara de niño sorprendido. Lucas, los ojos brillantes y las greñas, presumía de unos musculitos que casi no se apreciaban, de medio cuerpo para arriba desnudo, ante el objetivo de la Canon. Una imagen, en verdad, tierna.
“Eso sí, os pasare el fondo cuando lo tenga completo. No quiero una colección provisional con un ‘continuará’ al final... ni hablar. A la vitrina de los tesoros tiene que ir completa...”

Fausto balbuceó algo antes de arrancar. “Esto..., qué me dices..., todos tus amantes, dices... ¡qué barbaridad!” Arrancó al fin:
“Eso que me dices, Carla, es imposible. Tú nunca vas a tener a todos tus amantes ni a todas tus amantes en tu fondo de imágenes porque habrá muchos, como yo, que no estén. ¿O qué te crees? Un amante es alguien que te ama, y yo te amé siempre desde que te conocí cuando la movida de la casa de cristal. Lo que pasa es que nunca te lo he dicho... Por eso, el plan tuyo no se sustenta. Nunca podrás tener completo el fondo, si sigues con ese planteamiento conceptual”. Carla se echó a reír.
“¡Hijo de un dios! ¡Habérmele dicho antes!” Y le sacó una fotografía con su sombrero Borsalino un poco hacia atrás, barba entrecana de tres días, y ojos redondos muy abiertos tras unas gafas pálidas de pasta.

Ya se había comenzado a reunir alguna gente en aquel rincón, cuando apareció Alessandra, fresca como una rosa, con un puñado de papeles en una mano. “Media docena de urgencias, Fausto. Nada de inmediatez de a vida o muerte, pero media docena, que con la otra docena y media pendientes de ayer, hacen dos docenas... Y las que se os acaben de ocurrir, que veo a la Carla muy estimulada...” Carla acababa de pedir un segundo café bien cargado. Se puso en pie y se quedó en jarras ante Alessandra. Las dos tenían un aire similar, a la moda, sus rebequitas documentalistas similares, pantalones justos por dentro de botas de media caña, la Carla de negro absoluto, la Alessandra de rojo y negro, más joven, iguales de coquetas. “¿Recuerdas en qué quedamos anoche? Antes de irnos a dormir, sí. Quedamos en que hoy, lo primero que íbamos a hacer, era calcular el módulo tiempo para las imágenes solarigráficas. Me lo prometiste”. Alessandra, hábil, le echó una elegante chicuelina. “No te pongas así, Carla. El único problema es que para eso convendría que estuviera aquí JR, y anda todavía por allá arriba, hecho un dormilón. En cuanto baje de la Bubuja, vamos a ello”. No había terminado de hablar Alessandra, cuando la figura ancha y grande de JR ocupó la puerta de entrada del Suli’s Café. Carla señaló a la puerta con el índice de la mano derecha extendida – tenía allí una de sus cámaras mini – y concluyó: “Pues ahí está, así que vamos a ello, ¡aire!”

JR en el Suli’s Café

JR venía vestido con una gran chilaba de pelo de camello marrón, tipo franciscano, y unas botazas tipo esquiador que le daban un aire de humanoide mecánico al caminar; tambaleante y voluminoso, con sonrisa de Baco o Buda feliz, se había liado a la cabeza una suerte de bufanda listada

que le acentuaba el perfil o aspecto de gran pachá o gran señor oriental.
“Buenos días a todos, madrugadores”. Le hicieron un sitio en la mesa del rincón del final de la barra y algunos repitieron ronda de café. Carla se fue directa a lo suyo. “¿Has visto las imágenes solarigráficas que os han llegado para la vitrina de los tesoros?”
“Sí, claro, una hermosura. Primigenias desde su mismo proceso de elaboración. Se complementan muy bien, además, con una serie del fondo personal, que estoy preparado para la Vitrina, de la luz en movimiento de los lugares que he vivido y amado y de sus gentes. Con el fondo de las turquesas, que habéis visto pasar por la pantalla del escenario en la fiesta de esta noche, cuyos depositarios serán los mil quinientos primeros Aisipiai, con las turquesas, decía, la serie de la luz en movimiento completa un fondo provisional mío, el ‘fondo JR’, de la Vitrina monumental panóptica para albergar un tesoro, la VMPAT, no me digáis que no suena bien el nombre...
Esta última colección, que armoniza muy bien con las imágenes solarigráficas, como os dije, está compuesta por entre mil quinientas piezas o el doble, depende de la selección que terminemos por hacer. Por mí, cuantas más mejor; supondría, para mí, una liberación. Así, que a trabajar...”

Carla insistió. “¿Qué conversión a valor tiempo de las imágenes solarigráficas te parece la más adecuada, JR?” Alessandra les facilitó las imágenes solarigráficas en un soporte de mucha mayor calidad que la de las vistas de madrugada.
“Eso es, la melancolía – observó Fausto ante una de las imágenes -. Desprenden melancolía”. “Un verdadero tesoro para la Vitrina, sí señor”, asentía JR. “Son seis meses de azarosa elaboración, más otros tres, contando por lo bajo, o tirando más por lo bajo, hasta mil horas, y eso es muchísimo tiempo para el cálculo del módulo aplicable, ¿o no? ¡Claro que es un auténtico tesoro!”, volvió a insistir, tenaz, Carla Canon.

“Os diré más – intervino JR sonriendo y con gesto pillo -. Me acaban de decir los chicos arriba, Fausto, cuando venía para acá, que ya hay un interesado en las imágenes solarigráficas. ¿A que no sabes quién es? No te sorprenderá...” Fausto le miró con los ojos muy abiertos tras las gafas de pasta clara, con cara de sorpresa durante unos segundos. “No caigo, ¿una institución o una corporación?” “Nada de eso, un particular, un tiburón... Uno a quien tú tienes encarcelado ya en tu cárcel virtual...” “¡No me lo puedo creer!” “Sí señor, Horst, el señor Szentiks. Como lo oyes”. “Pues Horst tiene muy buen ojo... especulativo, claro. Él mismo diría que su oferta misma revaloriza casi de simple a doble la colección solarigrafiada...”

Cálculos complejos en módulo tiempo

Carla se incomodó. “A este paso, no terminaremos nunca. Son nueve meses de equipos de gente y a nivel global, y el módulo tiempo puede dispararse como si de una expedición aeroespacial se tratara”. “Nueve meses como si de una gestación de un niño se tratara, Carla, ¿no te das cuenta de las analogías? – JR la había interrumpido de nuevo, exultante -. Una gestación solar, de solsticio a solsticio, natural, perfecta, mínimamente manipulada, y que además puede ser leída como aviso climático,

por ejemplo, con mensajes siderales, celestes, por lo tanto...” JR desplegaba, en ocasiones en que se encontraba a gusto, desplegaba todo su arte para la fascinación, para la seducción, de manera natural. Pero Carla era la Canon, y no se dejaba seducir tan fácilmente.

En una aplicación de su Rebequita documentalista hizo un cálculo rápido. “Son 68.840 horas, esos nueve meses de gestación solar que dices, JR, y redondeando setenta mil horas. Lo que tú decías: un tesoro. Yo soy partidaria de aplicarle un plus de éxito artístico logrado, sobre todo si pretendéis dejar abierta la Vitrina a tiburones de la especulación, un plus de en torno al 30%, para que quede una cifra redonda: cien mil horas cada imagen solarografiada como resultado final del proceso de reconversión de su valor. Me parece de lo más razonable, ¿no lo veis así?”

Fausto y JR se miraron, se encogieron de hombros e hicieron un gesto de “pues, bueno”. Luego habló Fausto: “Me ha parecido muy bien todo lo que has dicho. Se nota que eres una experta, Carla. Pero si aplicamos de manera literal el modelo de ‘cómo calcular el precio de un cuadro’ del JB, cien mil horas a la misma cotización que la hora de trabajo del comprador, o a la hora más cotizada de uno de los directivos de la corporación o la institución interesada, sale un precio desmesuradamente alto...” “Su precio, Fausto, su precio bien calculado con la base de su valor en tiempo. Es en eso en lo que habíais quedado, ¿no?”

Fausto y JR admitieron que era así; parecía impecable la lógica aplicada, la racionalidad, Carla tenía toda la razón del mundo de su parte. Se trataba de conversión de valores complejos, valores simbólicos y metafóricos que querían reconvertir a otros valores de uso igualmente complejos, como el precio de un objeto o la tasación del tiempo. “Y, entre medias, el arte como valor añadido, Carla Canon – sonrió JR – ese misterio sin duda que también trinitario”. Fausto, tras unos segundos de reconcentración, añadió: “Vamos a calcular la oferta de nuestro amigo Horst, el mejor tiburón financiero de la ciudad. Digo nuestro amigo porque lo fue mío, bastante tiempo atrás, y lo conozco bien. A pesar de ser un verdadero potentado, un hombre que no mueve un dedo si no es por una operación de simple a doble en cuanto a beneficio obtenido, sólo en una ocasión de celebración personal, sí, tal vez un aniversario o algo memorable para él, me invitó a un café; aquí mismo, en el Suli’s, por donde aparecía de vez en cuando y charlábamos. Su lógica racional era esa, el horizonte analítico inmediato de su interés era el beneficio, ya inmediato o ya mediato, puro beneficio en cualquiera de las unidades de cuenta de valores que conociera. También en lo sentimental o afectivo; aquel café, al que me invitó, incluía sin duda un interés en prolongar la charla conmigo, interés sentimental o afectivo, con la posibilidad también de un interés más objetivo en obtener alguna información que deseara... En fin, que me he liado... ¡Ah, sí...! – Conocían a Fausto y le dejaron seguir a su aire. Ya parecía volver, como solía sucederle. – El hecho de que Horst se haya interesado por las imágenes solarografiadas, es signo

de que ve en ellas un potencial especulativo al menos de simple a doble, como os decía; en realidad, Horst tiene temperamento de jugador de ruleta, al rojo y negro, pares o impares, jugador de a cara o cruz de la moneda, pero un jugador ganador; aunque fuera preciso para ello, para ser ganador seguro, utilizar todos los trucos y saberes ocultos necesarios como para tener un ciento por ciento de garantía de que su operación va a resultar con éxito. No estaría mal responder a su oferta, Carla, con el cálculo que tú sugieres que es el justo: cine mil horas. Para su conversión en dinero, por contrato tipo de los calculados por el rector JB, sólo hay que multiplicar cien mil horas por el precio por hora de trabajo del señor Horst como comprador, y eso dará una cifra. En mi opinión, será una cifra desmesurada, incluso contando con que Horst presente cálculos mínimos para su hora de trabajo, que no lo creo, porque en su temperamento de jugador ganador no puede admitir una posibilidad de mostrar a la baja un valor que le puede prestigiar. Por eso tiene que tener el último coche o apartamento más caro del mercado, aunque sea sólo para mostrar, pura apariencia...”

“He comprendido perfectamente tus avisos, Fausto – intervino Carla, rápida, manipulando una pantalla mínima de su Rebequita documentalista, siempre elegante la mujer –. Muy agudos y bien armonizados, de maestro. Según eso, y siguiendo con el modelo de cálculo del rector JB en su texto de ‘cómo calcular el precio de un cuadro’, salen mil doscientos millones redondeados de la moneda actual en curso, el Áureo, que podría mejorarse aún más con algún índice corrector favorable pues me baso en un supuesto, el de JB, ya antiguo. JB había tomado como ejemplo de cálculo el precio mínimo de una conferencia de una hora de un banquero inculpado por las autoridades judiciales del momento; le decían el Conde, y aseguraba en una entrevista que no podía dar una conferencia por menos de dos millones de unidades de moneda circulante en aquel tiempo, una unidad monetaria ya extinguida a la que llamaban ‘peseta’. Una conversión posible, aunque imperfecta, de aquella vieja moneda desaparecida a la nueva moneda de curso, daría esa cantidad de mil doscientos millones en moneda actual circulante. Que se podría redondear, con los posibles índices de mejora, que son muchos, en mil quinientos millones de Áureos”.

JR intervino con una risotada. “Una cifra astronómica, digna de una imagen tratada por el sol, uno de los rostros de Rá... Pero creo que habría que negociar, ¿no crees, Fausto?” A Fausto le pareció que sí: “Por supuesto, sobre todo teniendo en cuenta la manera de trabajar del amigo Horst. Está claro que no quiere las imágenes solarigrapiadas para ningún tipo de fondo personal de colección, pues sólo las desea para especular con ellas, para introducirlas en un mercado ruletero de registradores de propiedades, tasadores y vendemotos. Por ello no creo que comprometiera una cantidad tan alta de su patrimonio personal en un objeto artístico singular si no percibiera que este objeto singular podría colocarlo en un futuro inmediato en una nueva operación o apuesta de simple a doble en cuanto a ganancias posibles... No sé si me comprendéis, pero sugiero que se le dé el valor tiempo máximo de ciento cincuenta mil horas,

con la posibilidad de reducir la cifra total a la mitad, en el caso de que los derechos de copia y reproducción de las imágenes se mantengan en la vitrina de los tesoros, en la VMPAT, o como demonios de sigla se llame, como fondo de soporte para las Aisipiai...”

A Carla le gustó el plan: “¡Bravo, Fausto! Un cálculo complejo y muy bueno”.

4

Carla estaba contenta; los demás, también. Alessandra, algo aliviada, comenzó a mariposear por allí, con vagos gestos de impaciencia que la delataban. Carla hizo un amago de despedida. “Ya os dejo en paz, colegas.

Me quedo tranquila, Fausto. La idea de JR de asociar la Vitrina de los tesoros al plan Aisipiai me parece que puede funcionar. Modelos similares dieron buenos resultados con anterioridad, como los tres poblados de Haití, tras el terremoto de hace un par de años, levantados con el fondo de soporte del futbolista estrella Kikí, ¿no os acordáis? Aunque este plan es mucho más ambicioso... Os dejo trabajar un poco, Alessandra, no me mires así. Me tomo un aperitivo caipiriñado y me doy una vuelta por ahí...”

En la barra del Suli's Café estaba de nuevo Mamadou; acababa de incorporarse para el turno de día, o de tarde, hasta la noche. Carla coqueteó con él mientras le preparaba el caipiriñado. Aún el gigante senegalés no había terminado de preparar el combinado, cuando ya Alessandra había convencido a Fausto y a JR para que la acompañaran a la azotea de la Burbuja para, desde la cabina plató principal, sacarse de encima la mayor cantidad de pendientes posibles...

“Nos vemos para la cena, Carla”, se despidió Fausto. “Y para la copita de la hora de la distensión también, que mañana por la tarde salgo para la estepa del sur...” Se despidió también de JR, pues por la noche volaba de nuevo para la ciudad en la que estaba apalancado por entonces.

“Pronto estaré por Oriente; en unos meses nos vemos por allí”.

El mundo era un pañuelo. Una aldea. Al fin. Por desgracia, demasiado virtual aún. “Todo se andará”, pensaba para sí la Carla.

“Todo se andará”.

Carla se entretuvo un rato en la barra del Suli's Café, charlando con Mamadou. Salía de aquel brote de pasión semiológica, como ella decía, y se encontraba a punto de ser poseída por la otra pasión dominante, tirana, la de follar.

“Hasta tu nombre sabe dulce, Mamadou”. El hombrón la miraba sonriente, con esa sonrisa africana que siempre la había seducido. Desde su primer viaje por campamentos africanos, con su primer novio joven voluntario, de jóvenes voluntarios ambos, viaje que había marcado su destino.

La Carla era lo que era, se consideraba así, como era, nómada impenitente y libre, sólo por ese deslumbramiento inicial, en su adolescencia, cuando coagulan los deseos más profundos, ante la sonrisa primordial africana de un niño o de una niña. Y luego, poco a poco, la sonrisa de la juventud, de la madurez, de la vejez humilde y resignada, tristísima... La desbordó el amor. No era la piedad, no, era el amor. No sentía más piedad hacia ellos

que hacia sí misma, tan condenada a muerte como ellos. No, no era piedad, la piedad puede quedarse muy corta, con frecuencia es utilizada, es pervertida... Aquello era amor, y de ahí las ganas de abrazar y de besar, de acariciar y de llorar, de vivir y dormir y cobijarse y cobijar a ese objeto supremo, pues es vivo, del amor. Carla notó que Mamadou estaba incómodo, se le iba y se le venía la sonrisa cuando le miraba, y comenzó a balbucear.

“Me estás poniendo cachondo, mujer, y tengo que trabajar mi turno...”

Luego volvió su sonrisa: “Si quieres, por la noche quedamos...” A Carla le entró la risa. Apuró la copa del aperitivo caipiriñado, apuntó su dedo índice con la camarita diminuta hacia el chico, y le dijo risueña: “Sonríe, Mamadou”. Y le sacó una fotografía. “Para la colección”.

Antes de salir para darse una vuelta por el campamento nuevo de Dusseldorf, a donde, además de griegos y chipriotas, estaban llegando algunos grupos de Siria, Carla recibió aviso de mensaje en su Rebequita documentalista. Era de Lucas, que acababa de llegar a Granada, y quiso leerlo antes del paseo. Al ver que era largo, pues traía un texto adjunto, le dijo a Mamadou que le hiciera otro combinado caipiriñado. “Los créditos de las consumiciones anteriores, al fondo de la Burbuja; el de esta copa, corre por cuenta de la casa...”, le dijo Mamadou muy sonriente.

“Gracias, generoso”. Lucas decía en el mensaje que había llegado bien y que andaba de feriante de libros con los Bakakai; no había tenido un momento de respiro, y acababa de editar una entrevista con un crítico musical que le pareció interesante para que la viera ella, Carla, pues evocaba tiempos que tal vez ella recordara bien de su juventud. Se titulaba:

“La gente está perdiendo la capacidad de gobernar su vida”.

Carla probó el nuevo aperitivo y le hizo un guiño de aprobación a Mamadou por encima del hombro. Luego, se concentró en el texto de Lucas, abierto en una pantalla más adecuada para lectura.

“La gente está perdiendo la capacidad de gobernar su vida”

Periodista, escritor, crítico de rock y esencialmente agitador de mentes y conciencias adormecidas, Jaime Gonzalo participó en las actividades paralelas a la Feria del Libro que organizó la librería Bakakai con el aluvión de ideas que hay detrás de su *Poder Freak* (Libros Crudos 2012), la crónica de la contracultura que agitó al mundo en la segunda mitad del siglo XX y cuyos valores parecen estar hoy dormidos en una sociedad y un sistema movidos por los hilos del capitalismo.

-¿Cuál fue el germen de un movimiento como la contracultura?

-La contracultura es un enorme laboratorio del capitalismo donde aparece una nueva forma de consumo basada en una juventud escolarizada en la Universidad como nunca antes lo había estado y con poder adquisitivo para consumir su propia mercancía. En ese modelo de consumo entran entonces la política, el mercado de las ideologías y la creación de una izquierda joven, dinámica, atractiva y sexy. Es muy joven, muy inconsciente y muy inocente, ya que vive a lomos de una inercia que no sabe muy bien hacia dónde la llevará. Las manifestaciones culturales populares mayoritarias fluyen sin saber muy bien cómo van a acabar. Por desgracia, hemos visto cómo ha terminado todo...
Si la contracultura ha sobrevivido ha sido como mercancía.

-¿Qué herencia tiene la sociedad de hoy de esa contracultura?

-Históricamente hablando es materia muerta, pero mercantilmente su fuerza es evidente y hay un resurgir de interés en torno a lo *underground*, la acracia, los progres... Ya no se fabrica nada de un interés intrínseco y el capitalismo vive de reciclarlo a sí mismo. La fuerza actual de la contracultura es que sigue generando dinero.

-¿Movimientos como el 15M comparten alguna raíz con esa contracultura?

-La contracultura falló estrepitosamente, pero su gran grueso estaba formado por gente que vivía su juventud sin ningún tipo de ideología ni interés político concreto ni necesidad de cambiar nada. En España tenemos un retraso secular y los 40 años de Franco no se superan así como así... Creo que los dos fenómenos no tienen nada que ver más que en su componente lúdico de echarnos a la calle, la capacidad de recalentar algunos eslóganes y unas cuantas teorías. Creo que mucha gente del 15M, y ojalá me equivoque, no sabía muy bien a lo que iba. Lo que nos vende el poder y las vías democráticas que nos dejan seguir para oponernos es un mero simulacro. Estamos yendo para abajo y no veo un futuro halagüeño a corto plazo.

-Con este presente, parece que las utopías dejan de tener sentido...

-El problema de las utopías es que siempre se han enfocado sobre la base del progreso, y el progreso es lo que nos ha traído hacia donde estamos. Para mí progreso no significa necesariamente mejores coches, ni más rapidez de comunicación. Progreso significa más humanismo, más igualdad social, más vivir la vida como personas y no como elementos de un decorado y un juego social. Otra cosa es esa inanidad en la que vivimos, esa esperanza eterna...

-¿Políticos, bancos, empresas...? ¿Quiénes son realmente los culpables de esta situación?

-Los políticos que surgieron de la contracultura han tenido una actuación muy deprimente por llamarla de alguna manera; o igual creímos que la izquierda se diferenciaba en algo de la derecha... Vivimos en un mundo unicelular políticamente hablando: capitalismo puro y duro. Y solo hay dos maneras de desbancarlo: o perjudicarlo económicamente porque no consumamos, que es algo que no va a suceder, o echarlo a la fuerza, que es tal y como él ejerce el poder.

-Pues todo indica que se han salido con la suya...

-Al menos sí que han conseguido que vivamos en una constante incertidumbre. Recuerdo una época en la que planeabas tu vida y, más o menos, iba siendo así. Ahora vivimos sin saber qué va a pasar mañana con tu vida. Vivimos en un oscurantismo tremendo, iluminado por las luces y oropeles de la ciencia, pero muy oscuros.

-Parece que se están dando las circunstancias adecuadas para un nuevo renacer del punk...

-Puede, aunque desde la distancia, hay que ver lo poquita cosa que fue el punk y de qué poco sirvió... Creo que más bien se utilizó para acabar con ciertos valores interesantes, y las nuevas generaciones nacieron con esos odios que ellos establecieron. Yo no veo que el punk haya amplificado el discurso mental de las personas, al contrario, creo que lo ha simplificado a niveles un poco preocupantes. Si surgiese algo tendría que ser un rebrote del anarquismo, pero es que tecnológicamente el control del ciudadano es tan voraz que es imposible escurrirte de eso.

-Ahora, por primera vez en mucho tiempo en este país, se está fortaleciendo un sentimiento republicano generalizado. ¿Hay alguna vía de que se materialice en algo real?

-La verdad es que nunca he visto que una petición popular acabe siendo una realidad, a no ser las propias peticiones que sugestiona el poder...

-¿Y en qué momento va a tener voz el pueblo?

-Es que, ¿cuándo la ha tenido? En la República no se hizo todo bien, también tuvo mucho malo y la izquierda se mostró inoperante, mezquina y muy nociva. Cada vez desconfío más de lo que queda de la izquierda.

-Y cuando un tiempo se presenta tan duro y cruel para el ciudadano, ¿hasta dónde bajan las expectativas?

-Ahora nos paraliza el miedo a perder lo poco que tenemos. La gente quiere no acabar en la calle y me parece demencial que un país como España tenga que pensar así. El pueblo ni puede ni va a cambiar nada, está anestesiado. La vida que llevamos no es humana, es falsa, artificial y proyectada, vivimos en una ilusión de la realidad. La única ideología posible hoy es la económica.

-¿Qué papel cumplen los medios de comunicación en todo esto?

-Son deplorables, pero es que no puede ser de otra manera si no hay ni un solo medio independiente y todos están controlados por grandes *holdings* económicos. En este tiempo han sido la comparsa, la ayuda, el hilo conductor de la opinión pública. La televisión y la prensa me parecen instrumentos terroríficos que toman a la gente por idiota. Antes nos engañaban al menos de una forma más elaborada, ahora ni se molestan en eso, porque la educación y el nivel de comprensión de las personas ha bajado.

-¿Y cómo se ha dejado notar toda esta situación en la música?

-Hoy damos demasiadas oportunidades a los grupos. Nunca ha habido tanto producto, es irracional. Debería existir un baremo de calidad porque hay mucha mediocridad y no ideas, o las que hay son simulacros de ideas que no son más que material preexistente recombinado y reciclado.

-¿Será que ya hemos escuchado todo y visto todo?

-Igual sí. Igual somos finitos y limitados. ¿Por qué no? ¿Por qué vamos a ser siempre brillantes? Se puede vivir asumiendo eso... Tenemos un inmenso erario que investigar que no se acabará nunca.

-¿Esta cantidad ingente de información que tenemos al alcance de una forma tan fácil no puede llegar a ser contraproducente?

-Ahí entra en juego la reflexión, el discernir lo que es una ideología pura de una fabricada o reconstruida. La persona no ha cambiado, los instintos son los mismos, lo que ha cambiado es la forma en la que nos mueven y manejan los hilos, porque vivimos una vida teledirigida, en una drogodependencia de lo que está por pasar. La gente cada vez tiene menos capacidad de gobernar su vida en las pequeñas cosas, no digo ya en las grandes...

-¿Y cuánto tiempo se puede sostener una situación así?

-Indefinidamente... Todo esto es nuevo y no sabemos hasta dónde puede llegar. Creo que nada sucede sin una razón de ser y estoy convencido de que esta situación interesa por algo a alguien. Hay muchísima gente que lo está pasando muy mal pero hay otra que se está enriqueciendo. Hoy en día, si no tienes una mentalidad voraz y materialista no tienes nada que hacer.

A Carla la entrusteció algo la entrevista de Jaime Gonzalo que le había enviado Lucas Bakakai, pues veía que tenía toda la razón, más razón que un santo. Sus dos definiciones de progreso marcaban sutilmente la nueva frontera.

Era una frontera de rationalidades diferentes, y por ello de lógicas enfrentadas. Un drama o, si no, una tragedia. Por eso la ponía triste la tentación de la violencia en ella percibida, captada como necesidad pues mostraba como muy improbable un daño al sistema a través de la suspensión del consumo. La alternativa propuesta era sabia y rotunda, pero terrible: o dejar de consumir, o la tragedia del enfrentamiento, de la barbarie. Mamadou captó, en su vaivén por la barra y entre las mesas, el punto melancólico de Carla; le dedicó su más seductora sonrisa. “Hasta tu nombre es dulce, Mamadou”, y Carla le dio un beso rápido de despedida y salió del Suli’s Café. Necesitaba airearse.

5

En el campamento de refugiados de Dusseldorf

Carla atravesó el parque del Mediterráneo, siguiendo la rivera del Rin, para llegar a la zona de los nuevos poblados del campamento de refugiados de Dusseldorf. Por todo el parque estaban acondicionando casetas, expositores y teatrillos para la fiesta de la tarde, por los paseos que llevaban a la explanada del escenario y la pantalla en donde habían presentado la Aisipiai la noche anterior. “La vida en la frontera, no espera. Es todo lo que debes saber”; era la letra de una vieja canción de juventud. “Radio Futura, buen título de grupo para poner en circulación avisos para navegantes...” Eso eran todos al fin, navegantes por la red, nómadas; su libertad se manifestaba principalmente en su posibilidad de movilidad. Por ello era tan importante la generación de recursos para invertir en los intersticios de nomadeo principales, ya campamentos de refugiados o ya universidades, a fin de convertirlos en espacios protectores, clasificadores y redistribuidores de esos recursos, sobre todo los recursos humanos, clave del arco.

Había que convencer a los tiburones de siempre, a esos de mentalidad voraz y materialista, que decía el Jaime Gonzalo, que la mejor inversión, sobre todo también para ellos, la Gran Inversión, era que funcionaran, y funcionaran bien, cuanto más bien mejor, los intersticios de nomadeo principales y básicos que en aquel momento podían tipificar en dos modelos o arquetipo, el modelo campamento de refugiados y el modelo universidades; y mayor inversión sería, más rotunda Gran Inversión, si ambos modelos básicos conseguían aglutinarlos en una sola red global de protección, movilidad e intercambio o redistribución... Sí, algo así como las mercancías, ese lenguaje podrían comprenderlo vendemotos y tiburones, como los capitales financieros en Áureos o en otras monedas, la misma movilidad, pero de la gente... Los recursos humanos... Carla se dio cuenta de que se estaba perdiendo en sus divagaciones. “Lo interpretarían, los voraces, de inmediato, como tráfico de mano de obra, y aplicarían también de inmediato su lógica tragona: mano de obra barata, optimización de recursos...” Y eso era precisamente lo que debían neutralizar. Y Carla sintió de nuevo ganas de matar.

Había atravesado la explanada, semivacía a esas horas tempranas de la tarde,

y cuando estaba a punto de abandonar el parque del Mediterráneo se dio de bruces con el Chema Egea, el holandés errante, como les presentara Fausto la víspera al chico. “¡Oh, el ardoroso tanquista!”, se sorprendió Carla. Se brindó a acompañarla hasta los poblados, por donde él se había perdido la mayor parte del tiempo de su estancia allí, registrando la presencia, ya importante, de desplazados de centro y suramericanos voluntarios, la mayoría procedentes de campamentos similares de su lugar de origen: indicaba la eficiencia alemana a la hora de conectar sus redes. “Me han dicho ahora, en uno de los tenderetes informativos del parque, que en el nuevo poblado que están levantando con los grupos de sirios desplazados por guerra civil, los voluntarios principales y más eficaces y motivados son a su vez haitianos desplazados por catástrofe natural a campamentos similares a los de Dusseldorf pero en su tierra. El paso de su campamento de refugiados haitiano al campamento de refugiados alemán, lo perciben como una mejora en su situación, y han respondido admirablemente”. Carla se encogió de hombros. “No sabes lo que me alegra que comiencen a darse cuenta de situaciones y comportamientos obvias. Es un drama que tengan que tardar tanto en darse cuenta, estos voraces insaciables de mierda, de en dónde está la Gran Inversión, la verdadera inversión rentable incluso para ellos, pues al fin podrán fagocitar hasta estallar, bombas de mierda...”

A Carla le extrañó que el Chema fuera holandés, y el chaval se echó a reír. Su padre era vasco-cubano y su madre italo-argentina, pero él se sentía holandés de adopción, pues allí había pasado su infancia; de ahí lo de holandés errante. Zonas de mestizajes coloniales complejos, como la zona argentina materna, Chema Egea creía que se vanagloriaban del éxito cultural resultante al poder presumir de un papa católico y una reina consorte calvinista, salidos casi simultáneamente de sus comunidades. “¡Valiente mamonez!”, se revolvió la Carla. “Subproductos culturales centripetadores, para enmascarar corporaciones e instituciones devoradoras de energías, meramente tesaurizadoras al fin...” “Te veo muy radicalizada, mujer”. “Qué quieras, hay lo que hay, ¿o no?” Chula frente al Egea, la Carla Canon se calmó un poco. Era guerrera. No lo podía reprimir. Ya no servía de intermediaria entre los dos mundos, esa sociedad o economía de la plata y esa sociedad o economía del vellón, que dijera uno de sus profes inolvidables de juventud, el Gran Sevillano, don Antonio.

Aquello era un campamento de refugiados a la alemana, bien estructurado y en donde parecía que no se había dejado nada al azar. Al pasar por los poblados de refugiados griegos, había incluso una suerte de barraca cafetín en donde charlaban apaciblemente algunos ancianos en torno a una mesa, en medio del maremágnum de operarios, repartidores, funcionarios y voluntarios sociales variopintos; era la parte dedicada a grupos familiares con niños o dependientes, pues los jóvenes estaban integrados en otros poblados más activos, de formación y de distribución de esos mismos recursos humanos que ellos suponían allí. Chema Egea le señaló a Carla la gran cantidad de gente centro y sudamericana entre operarios, oenegéros, voluntarios y gente que andaba por allí. “Eso me hace sospechar que están canalizando hacia campamentos de centro y Sudamérica a jóvenes refugiados griegos

y chipriotas también, lo que significa que funcionan bien las redes alemanas con esas regiones". Carla se sentía impaciente ya por llegar a los poblados de refugiados orientales, sobre todo los sirios que estaban siendo noticia diaria por los cientos de miles de desplazamientos en condiciones muy dramáticas de guerra civil absurda, guerra de control de unos recursos que la propia guerra estaba destrozando. Se temía que su informe sobre campamentos orientales fuera desbordado de manera inmediata por la realidad, y tendría que volver a comenzar de nuevo. "La vida en la frontera, no espera. Es todo lo que debes saber". A Dusseldorf habían traído, preferentemente, a gente herida con necesidad de cirugía o cuidados particulares, con lo que aquellos poblados nuevos más tenían apariencia de hospitales que de otra cosa. Egea insistió en señalarle a Carla la gran cantidad de gente americana, y en concreto, en este caso, de Haití, gente elegante y oscura, gente de enfermería y operarios de todo tipo, poceros y albañiles, carpinteros y electricistas. Carla se encontró con un par de monitores de los campamentos de Siria que conocía de allá, y la pusieron al día de la tragedia de una guerra que ya no respetaba nada, ni a sus banderas más sagradas ni a sus derechos y deberes más humanos, con los mismos intereses de siempre, oscuros y especulativos, por detrás, guerra absolutamente repugnante. Uno de ellos la acompañó para que visitara el pabellón infantil, en el que estaba ocupado, y el espectáculo la sobrecogió. Estaban en una gran nave luminosa y cálida de temperatura, bien instalada, hasta ciento cincuenta camitas, lechos de dolor, y a su vera algunos familiares adultos, sobre todo mujeres, con frecuencia con otros niños, entre el trasiego del personal sanitario y camillas rodantes de un lado para el otro, y hasta una compañía de payasos y mimos que allí donde veían un hueco se colaban con sus monerías.

Carla no pudo soportar mucho tiempo el espectáculo. Tomó con fuerza a Chema Egea por el brazo, se despidió del monitor conocido y se echó a la calle. "Me entran ganas de matar y sólo logro neutralizarlas si consigo despertarme las ganas de follar. Vámonos de aquí". Atardecía ya, y Carla quería volver a la Burbuja para cenar con Fausto y despedirse. Tenía que volver a sus cosas cuanto antes, adelantar, incluso, su nuevo viaje a los campamentos de refugiados sirios, a punto de desborde, captar y canalizar recursos para allá, rodar de nuevo, Rolling Stone. Tomaron un café en un módulo del parque del Mediterráneo, por cortesía de la municipalidad, y Chema Egea se despidió; también quería salir para América al día siguiente y había quedado con Lobo Corredor Wolfram para cenar y despedirse en el poblado de desplazados chipriotas, en donde se alojaban. Se dieron un beso tanguero, largo de lengua, hasta que Carla se sintió languidecer. "Vale ya, besucón. Tenemos un polvo pendiente". Carla le tomó una fotografía con su cámara minúscula del dedo índice. "Para la colección".

6

Mientras se dirigía al Suli's Café, atravesando el parque del Mediterráneo por el trayecto más cercano al Rin, Carla no dejaba de darle vueltas en la cabeza

a lo que había visto aquella tarde, sobre todo el pabellón infantil del poblado para los sirios del campamento de Dusseldorf. Tanto dolor desbordaba toda medida para la piedad y el amor. Causaba malestar físico desde la boca del estómago, dañaba y aturdía. También Europa se estaba convirtiendo en una red de campamentos de refugiados, como el Sur y el Este, estaba comenzando a sentir en carne propia los efectos del despojo global al que había sometido, de alguna manera, al resto del mundo que un día pretendiera civilizar, como decían sin un punto de ironía tantos y tantos de sus intelectuales, políticos, economistas y científicos más brillantes, o al menos a los que mayor atención prestaban corporaciones e instituciones poderosas e influyentes, a los que mayor credibilidad concedían.

Carla estaba convencida de que aquellos medios, que el sabio Mirallá identificaba con el uno por ciento de la gente que dominaba y se beneficiaba del 99 por ciento restante, habían desarrollado ya no solo una racionalidad lógica aberrante, sino también, e igual de aberrante, una sensibilidad enferma y una sensualidad monstruosa. Era una gente que le resultaba repulsiva; ya estaba ella mayor para intentar investigar más esas sospechas, nunca podría ya sentirse intermedia entre esos dos mundos, el del depredador y el de la víctima, sólo sentía – necesidades y amores – ese deseo de matar, de matar al verdugo; y su mente se le añublaba.

En el Suli's Café con Fausto Mirallá

Cuando Carla entró en el Suli's Café, Fausto ya estaba allí. Al fondo de la barra, se despedía de JR que salía para el aeropuerto a tomar el avión que le devolvería a Levante; saludó a Carla sonriente. “Te noto algo abatida, mujer”. “Nada importante: vengo algo impresionada por los poblados del campamento. Eso es todo”. JR terminó de despedirse. “Ya te contaré Fausto lo animada que está la Vitrina de los tesoros. Durante toda la tarde no han cesado de entrar ofertas de fondos nuevos”. Se iba satisfecho.

Mamadou terminaba su turno de trabajo y, como despedida, le preparó a la Carla su caipiriñado; se lo ofreció, orgulloso de su maestría y soniente. “Crédito de la casa, señora. Ya estoy libre”. “Gracias, querido. He quedado ahora para cenar con Fausto. Más tarde, si tengo ánimos, te busco por la explanada de la fiesta...” Se quedaron, frente a frente, Fausto y ella. “Prueba un poquito de este aperitivo, Fausto, te gustará”. Lo miró al trasluz, intentó captar su aroma y probó un poquito. “Muy bueno, sí, estimulante. Pero prefiero reservarme para una copa de vino en la cena. Apenas tomo licores ya...”

Frente a frente de nuevo, Fausto escudriñaba el rostro de la mujer. “¿Te pasa algo, Carla?” “Nada en absoluto, viejo. Sólo es que vengo afectada por la visita que hice al poblado sirio del campamento de refugiados municipal de Dusseldorf, no lo puedo remediar... Me destroza el corazón tanto dolor, tanto sufrimiento inútil... y tanta sinvergonzonería y ¡tanta mierda!” Fausto le tomó una mano entre las suyas y le acarició la camarita diminuta de su dedo índice. “Tenéis aquí, en Alemania, perfectamente acondicionado todo,

se notan los recursos y la capacidad gestora, nada que ver con los campamentos orientales y sureños que conozco más de cerca... Pero al mismo tiempo percibo cierta profesionalización, como una resignación – si no una voluntad decidida y firme – de que estas instalaciones sean lo más estables posible para la gente, sirvan para apalancarla, para retirarla de la circulación, para anularla al fin, y me parece patético, si no monstruoso". Fausto notó que Carla estaba a punto de llorar. "En ello estamos, ¿por dónde te crees que anda esta broma de la Aisipiai? Tranquila, chica..." Fausto le acarició la barbilla, y Carla se enterneció. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Tomó un trago largo del combinado acaipiriñado. Se serenó. "Hay que meterle mano de una vez al valor de uso y al valor de cambio. Y a los acoplos temporales como categoría. Y a tantas cosas..." Carla iba recuperando su apostura. Tomó otro trago largo. "Esto parece la danza de nadie contra el Gobierno de Nadie, que decía el Sabater, el viejo". "Te noto un poco derrotista, mujer. Creo que deberíamos encargar la cena ya, si es que queremos cenar sin agobios".

Finalmente, Alessandra los convenció para cenar en la cabina plató principal, en la azotea de la Burbuja, pues en el Suli's Café iba a haber cada vez más gente a medida que se aproximara la noche y la fiesta de la explanada. Allí tenían a mano, además, la información sobre las últimas ofertas que iban llegando para la Vitrina de los tesoros, fondos algunos muy divertidos y hasta extravagantes. Alessandra dispuso una mesita supletoria para que Carla y Fausto cenaran con tranquilidad en la salita de reuniones del módulo plató principal de la Burbuja, y cuando los vio sentados uno frente a la otra, con una copita de vino y una ensalada de aspecto tropical, se despidió de ellos para irse a la fiesta de la explanada del parque para algunas conexiones que tenían previstas. "En los últimos veinte años, acaban de publicar los de la ONU, el número de migrantes pasó de 155 a 214 millones de personas", comentó la muchacha. "Es una barbaridad, y en ese número escandaloso no se incluyen desplazados por guerras o catástrofes, refugiados por epidemias o por hambrunas, ni la última hornada de desahuciados convertidos en precarios de la última crisis que aún colea..." Fausto comentó con aire resignado: "Esa es la gente de frontera profunda, carne de Aisipiai... en el caso más favorable para ellos; pues, si no fuera así, su destino es la esclavitud más burda, si no la muerte pronta sin más".

"Son vidas subprime", comentó un chaval que estaba con Alessandra. Carla se sobresaltó; le apuntó con el dedo índice y le tomó una fotografía. "Explícame eso, chico. El otro día escuché algo y me sonó bien la música..." Alessandra los presentó; era un colega en viaje de conocimiento y de contactos y le decían Labrador, el Americano, porque nomadeaba ya de manera habitual y con soltura por las dos orillas del Atlántico. Les traía, además, un comunicado del consejo mundial de rectores, que complementaba el leído la noche anterior de apoyo al Aisipiai. "Es un privilegiado este chico, ¿sabéis? El Labrador viaja con crédito del consejo mundial de rectores, nada menos. Carta blanca en todos los intersticios de nomadeo, así, cualquiera..." No había sombra

de envidia o reproche en las palabras de Alessandra, sino más bien todo lo contrario. “Lo que te digo, Fausto, estos dos están enrollados... ¡Vamos, Americano, cuenta!”

El chico les dijo que estaban trabajando sobre la aparición de un nuevo nosotros como sujeto político con la gran difusión que estaban alcanzando, a través de las redes sociales, las que él denominaba historias de vida subprime, la de esa gente que estaba condenada a ir y venir por ahí buscándose la vida. Un nuevo nosotros de interacciones e intercambios en niveles no jerárquicos, con horizontes de expectativas constituidos con algunas claves comunes procedentes de la memoria de la pobreza y experiencias de precarización de la vida... Carla observaba al Labrador con interés, pero con gesto triste.

Podría hablarse de un nosotros subprime, una diseminación multidireccional – “pura centrifugación”, musitó Fausto – un verdadero campo de prácticas de comunicación, espacio de lo privado pensado desde lo público, que ocupa y crea espacios públicos en el espacio urbano, por ejemplo, y ahí cobran especial importancia las prácticas de intercambio

y la acción de mediadores fuertes. Carla ensombreció aún más su ceño.

“Ahí es donde yo me siento fuera de juego, Fausto. Ya me he quemado como mediadora pues sólo me quedan fuerzas y ganas para matar”.

Labrador la miró con cara de sorpresa. Intentó continuar: “Los desahucios masivos del sur, constituyen una experiencia histórica y social común...”

Pero Carla ya tenía suficiente: “Gracias, Americano, ya me he enterado del concepto de vida subprime que me intrigaba...”

Alessandra y Labrador se despidieron; se les echaba el tiempo encima.

Carla y Fausto frente a frente

Carla y Fausto se quedaron de nuevo frente a frente y se miraron a los ojos. Ambos captaron en la mirada del otro un fondo de melancolía

que los emocionaba. Fausto propuso un brindis: “Por muchas cosas, Carla, por el éxito del Aisipiai...” “Por la Aisipiai y por tu amor, Fausto”.

Era un vino suave y afrutado. “Temo por nuestras vidas subprime, me parece muy lúcido lo que intenta mostrar el Americano”. “Estos i-kosos son la madre que los parió. No me van demasiado las teorizaciones, es más, casi las odio, pero sé que son importantes para trazar hojas de ruta, que dicen ahora...” “Me siento débil para las prácticas de intercambio necesarias para esta nueva batalla de frontera que se avecina, querido, me siento algo cansada y vieja. Dicho a lo bruto, mis ganas de matar van devorando poco a poco, lo percibo, a mis ganas de follar. Y no lo puedo remediar... Te juro que me subleva por dentro”.

Del Suli's Café enviaban dos lubinas para los comensales, y Fausto se levantó para recibirlas y mostrar a Carla la fuente. “Las dejé preparadas abajo antes de que tu llegaras; me salen muy bien, según dicen mis invitados, y el prepararlas me relaja. Son lubinas a la Almiranta...” Estaban muy sabrosas. Mientras cenaban, Fausto le fue contando las peripecias de una de sus últimas aventuras editoriales en red, ligada aún a la biblioteca del Naranjal, el flete de la nao Victoria para una travesía o singladura de circunvalación virtual del mundo, con un módulo temporal idéntico al que utilizara la expedición

de Fernando Magallanes, iniciada en 1519, y que culminaría a su muerte Juan Sebastián Elcano tres años después. A Carla le intrigó la experiencia. “Explícame lo del módulo temporal”. No era nada serio, en realidad, no estaba teorizando sino jugando, experimentando, que es lo que a él le gusta hacer. La nao Victoria sobrevivió a sus compañeras de singladura, y ella sola coronó esa singladura, por decirlo así. En una distancia / tiempo de casi tres años, portando noticias y avisos que hoy cubrirían el mismo territorio, el mundo todo, la misma distancia en segundos de toque de tecla de ordenador conectado a la red de la WWW, de la nueva mar océano para navegantes. Fausto se emocionaba con la narración. “Te estás poniendo místico, querido, por no decir metafísico”. “La narración del viaje por un joven italiano, Pigafetta, de los pocos supervivientes de la expedición, resume esos tres años de vivencias, largo viaje de conocimiento y de contactos, como los de hoy, pero con un tiempo mucho más largo y lento, más serenado, y ese es el cálculo que pretendía llevar a cabo con la nao Victoria virtual, cuyo flete, precisamente, festejamos con una cena en la que el plato principal lo preparé yo mismo, las lubinas a la Almiranta”. “¿Y cuál es el resultado?” “Aún no lo sabemos, anda por ahí, en estos momentos creo que perdida por el otoño argentino, a falta de meses aún para iniciar el paso del que luego dirían Estrecho de Magallanes… Pero para mí es interesante como medida de tiempo. Nada más fletar la nao Victoria, comenzamos aquí, en la Burbuja, a diseñar el certificado individual de independencia personal, y espero que ambas redes de comunicación, cada una a su manera, se conviertan en mediadores fuertes para prácticas de intercambio y naveguen a la par como elementos centrifugadores, de diseminación multidireccional, como decía el chico ese, el Americano…” “No has dejado de ser un soñador, Fausto. Eres adorable”. Y Carla le dio un beso en la frente, por encima de las lubinas ya descarnadas y de las copas de vino, y los cubiertos y cachivaches que había por allí.

Fausto le ponía ojitos y sonrisa tierna, cuando un chico les anunció desde la cabina de mandos del platón: “Arcadi Oliveres en pantalla, Fausto, a lo mejor te apetece saludarle”. Alessandra había logrado, para la fiesta de esa noche, una conexión con un analista económico y gran divulgador, de los que tenían una narración de lo que estaba pasando clarísima y a la vez chispeante y divertida; llamaba a la gente por sus nombres y condensaba en avisos rotundos realidades complejas. “En cuatro años, a la banca se le dieron cuatro billones y medio, todo lo que costaba erradicar el hambre en el mundo, en cálculos solventes de la ONU, 92 veces”. Y se quedaba tan ancho. Y la gente no tenía más remedio que aplaudir a rabiar aquella relación calculada, emocionada por la claridad de su formulación, sin réplica posible. Fausto salió un momento al platón para saludar a su amigo Arcadi, otro de los bibliotecarios históricos del Naranjal. “Hola, Fausto. Enhorabuena por vuestro Aisipiai; si conseguís que no os lo tiburoneen demasiado, mira que no digo un poco, ¿eh?, que digo demasiado… Si no os lo atacan demasiado para devorárselo también, puede resultar…” “Gracias, Arcadi, lo sé muy bien. Necesitamos mediadores fuertes. ¿De qué vas a hablar hoy a este auditorio de gente subprime, como dice un colega Americano?” Arcadi rio a carcajadas desde la pantalla de la conexión. “Pues de eso mismo, Fausto, de lo que conoces tan bien. Un cuento de las mil y una noches,

de cómo la bella Tasa Tobin fue devorada por los tiburones de la Goldman-Sex. La dejaron, a la pobre, hecha unos zorros, violada hasta por las orejas. Como sabes, por tragar y follar se pueden poner muy desagradables. Claro, y de primeros espadas el Monte y el Drago, el uno cano como una paloma ya, pero muy bien peinado, el segundo con sonrisa de galán italiano de cine neorrealista...” Ahora fue a Fausto a quien le entró la risa. “Vamos, Arcadi, que no te quiero pisar el cuento...” “¡Qué vas a fastidiar! ¡Todo lo contrario! Lo que quiero narrar es cómo han conseguido que la crisis financiera, al tragarse los trajes hasta la posibilidad de crédito, cómo la crisis financiera se convierte en crisis de la economía real, la crisis del vendedor que no vende y el comprador que no compra... ¿comprendes?” “A lo mejor, las puertas del paraíso, querido Arcadi...” “Eres un ácrata y un soñador, Fausto, ¡un milenarista...!” Se despidieron entre risas, y Fausto se retiró del plató.

“Ha quedado muy bien, maestro, muy natural”, le felicitó uno de los técnicos.

7 Y FINALES

Carla y Fausto se quedaron de nuevo frente a frente y se miraron a los ojos. Volvieron a captar en la mirada del otro un fondo de melancolía que los emocionaba. Fausto propuso un nuevo brindis: “Por muchas cosas, Carla, por el éxito del Aisipiai...” “Por la Aisipiai y por tu amor, Fausto”. Era un vino suave y afrutado. Y se les había terminado, con ese brindis, la botella. Volvieron a mirarse a los ojos y se dejaron mecer en el fondo de melancolía entrevisto; pasaron planeando los segundos, las chiribitas, los destellos... “Me duele como una herida abierta en el costado, tío. Sí, me duele ese ‘nosotros subprime’ que decía el Americano, tío. No lo puedo remediar, ese ‘nosotros basura’ como tipificación desdeñosa, como ese PIGS o cerdos con pretensiones de insulto despectivo para designar a las gentes desinteresadas y divagantes, por no decir abiertamente nómadas, del bochornoso Sur. Me duelen las palabras y por ello quiero matar, ¿comprendes? Y no es resentimiento, no, es amor. Sé que es amor, la eliminación de quienes destrozan a dentelladas ciegas el objeto supremo de tu amor, a la gente amada, es un acto también supremo de amor. Lo sé, Fausto, y por ello no sirvo como mediadora fuerte para lo que se nos viene encima, y eso me angustia”.

Fausto seguía mirando a Carla, acodado a la mesa, la mejilla apoyada en su mano izquierda abierta, el sombrero echado hacia atrás, la mirada ensueñadora... “Y eso para mí es un drama. Y para colmo, se me están comenzando a esfumar, como por encantamiento, las ganas de follar... Y eso es gravísimo, tío, ¿comprendes?” A Fausto se le escapó la risa; casi se atraganta al intentar recomponer su gesto llevándose a los labios la copa de vino. Carla propuso otro brindis: “Por la Aisipiai”. “Y por tu amor, Carla”. “Y por tu amor”.

Alessandra apareció un momento para despedirse. Habían salido estupendamente todas las conexiones, y en la pantalla del escenario de la explanada, al amparo de la bandera blanca de la gran confederación Centro-Sur, la charla del Arcadi Oliveres, precedida por el saludo de Fausto, resultó lo más aplaudido de la noche. Labrador, el Americano, guaperas, rizoso

y con barba rala que le daba aires de dios marino mediterráneo, acompañaba a Alessandra para despedirse también. Se los veía enrollados, como decía Carla. El mensaje que el Americano había transmitido del consejo mundial de rectores fue muy simple: El CMR tomaba a su cargo los créditos de movilidad y manutención de un millar de Aisipiai por cada una de las universidades de su institución. El comunicado había dejado muy contentos a los fiesteros, y aquella euforia se la habían transmitido a ellos, Alessandra y Labrador, que venían estimuladísimos. “Te lo digo yo, Fausto, estos dos están enrollados”.

Antes de dejarlos solos de nuevo, Alessandra sugirió a Fausto que mostrara a Carla algunos de los fondos de los legados llegados a lo largo del día para la Vitrina de los Tesoros. “Sí, claro, se me olvidaba. Y así nos puede sugerir algunas ideas sobre eso que hablamos por la tarde con JR, las formas de crear valor, qué es crear riqueza, qué sentido tiene atraer talento en la frontera entre ese ellos uno por ciento y ese nosotros 99 por ciento...” Carla lo miraba, seria, mientras Fausto hablaba. “No sé siquiera si eso puede interesarme ya, querido. Como te dije, no sé si considerarme ya ajena a ese mundo de la mediación que aún intentáis, pues ya te he dicho que ante los nuevos antropófagos sólo siento ganas de matar. No soporto ni siquiera sentirlos cerca”.

Fausto le comentó que el club de los Fitis, por sugerencia de su maestro Fito Náser, había puesto a disposición de la Burbuja un pequeño equipo de voluntarios de los suyos, y en tiempo record – “Nada que ver con esos tres años de la nao Victoria, necesarios para una acción de comunicación de avisos” – habían localizado y acoplado destinatarios de las mil quinientas turquesas del primer fondo del legado JR para la Vitrina, los primeros Aisipiai de la campaña, y aún en marcha la fiesta de su presentación. “Estos i-kokos e i-kokas, la madre que los parió. La inagotabilidad de la acción, una de las facetas o perfiles de la inmortalidad”. Carla hizo un gesto de incomprendión. “Ya te digo que yo me siento ya bastante escéptica ante ese artilugio de mediación que pretendéis que sea la Vitrina... Será devorado el artilugio, fagocitado, violentado a no ser que logréis convertirla a ella misma, la Vitrina de los tesoros, en tiburón ciego y tragón. No sé si me comprendes, lo que quiero decir...” “Te sigo, Carla, lo sé. Por eso la necesidad de ensayar con nuevas tabulaciones y, sobre todo, intentar encontrar ese valor tiempo como módulo básico, como conversor o mediador fuerte al fin...” “¡No me fío de esos chorizos, tío! No los puedo soportar. Ojalá que saliera bien la cosa, nos liberaría miles de horas perdidas en paparruchas burocráticas de centripetadores robóticos, ya ni siquiera humanos, ¡joder! ¡Harán trampas!, ¿comprendes? Conseguirán imponer correctores o nuevos índices tramposos para convertir en tráfico de mano de obra la movilidad del nomadeo Aisipiai, si es que se puede hablar así, que ya tampoco lo tengo nada claro”.

Fausto le hablo con tono cálido; intentaba serenarla. “Lo sé, Carla. Pero tenemos que intentarlo. Es seguro que de esta nueva acción salga

una situación mejor que la actual, por lo que vale la pena intentarlo. Ya has visto el interés por la imágenes solarografiadas..." "Sí, y las cinco horas del ajuar de lencería de la Madonsé, convertibles en un montón de recursos a tasas horarias de rico banquero fetichista... Sí, juegos de niños, nuevas burocracias erótico y no sé si festivas o poco festivas, gañidos de animalito manso subprime... Lo que te digo, ¡necesito follar para no matar! Necesito un objeto potente de amor que consiga hacerme olvidar los objetos cortantes y punzantes aptos para asesinar a los monstruos devoradores de nuestra gente amante amada... ¿Comprendes?" Carla estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas y Fausto le dio un beso en la mejilla.

Fausto pidió a los técnicos del turno de noche de la cabina plató que les pasaran a la pantalla de un monitor las imágenes del segundo fondo del legado JR para la Vitrina, la que él denominaba "Luz en movimiento de lugares vividos y amados y su gente". Durante unos minutos, las miraron pasar en silencio y Fausto le echó un brazo por encima del hombro a Carla, que dejó reposar la cabeza a su vez en el hombro de él, conformando una suerte de estampa tópica de cálida intimidad.



Carla se fue serenando. Luego Fausto le comentó que al final de la tarde había llegado un fondo que le gustaría, los archivos de imagen de la red de campamentos de refugiados orientales depositados en la biblioteca del Naranjal. Su riqueza era excepcional, así como su belleza, en particular las series de retratos colectivos del fotógrafo Salgado, obtenidos durante sus visitas en cinco años sucesivos, en algunos de ellos desde los inicios de la instalación y la llegada de las primeras oleadas de refugiados. Carla se tendió en un sofá de la parte privada del módulo plató, en donde Fausto se había instalado para los días de la fiesta de la Burbuja, y fueron desfilando ante ella en el monitor imágenes queridas, dramáticas pero emotivas, tal si su memoria se paseara por la pantalla. Fausto se había levantado y cacharreaba por allí, en un armario especial que tenía instalado en una suerte de cocina americana empotrada a la que llamaba su horno alquímico. "Te voy a preparar para mañana una golosina buena para la ansiedad y los pálpitos... Te gustará".

Carla sonrió. “Las drogas del sabio Mirallá: otra vieja leyenda...”
“Te digo lo que lleva, mira: un arralde de seda pura... Bueno,
es una receta medieval y tiene algunos deslices mágicos de contacto simplificadores,
aunque la fórmula magistral se mantiene... Medio arralde de flor de borraja
y de regaliz pelado. Una onza de estas hierbas: menta, mejorana de huerta,
clavo y mejorana común. Media onza de cáscara de toronja machacada
y otra media de almáciga. Una vez majados los simples de la receta,
los dejo macerar toda la noche en veinticinco arraldes de agua hirviendo.
Y mañana por la mañana, cuando me levante, lo pondré a fuego lento
hasta que se haya evaporado la mitad del agua. Lo filtro todo, y le añado
diez arraldes de jugo de manzana dulce y otros diez de azúcar. Lo dejo de nuevo
en la lumbre hasta que se haga un buen jarabe, y luego lo disuelvo
en un cuarto de dracma de almizcle. Y te vas a enterar. Te dejará como nueva.
Cada día deberás tomarte tres onzas de la golosina en otras diez de agua templada”.

A Carla le entró la risa. “Sí, maestro. Y a ser posible con otra onza de ron.
Eres un cuentista”.

Fausto ya había dejado macerar en el agua hirviente los materiales majados,
y le enseñó a Carla el libro de sus recetas magistrales medievales;
se titulaba el escrito “Las fórmulas magistrales de la maga Esmeralda”,
y estaba profusamente ilustrado. “Forma parte también del fondo
de la Vitrina de los tesoros, y ya ha generado no pocos recursos
para la biblioteca del Naranjal...” “Sois unos críos”, rezongó la Carla.

En la fiesta de la explanada hacía tiempo que sólo quedaban ya
los más jóvenes y bailones. Habían cerrado las conexiones ya hacía tiempo,
y el equipo técnico de guardia del plató se había ido ya.
Carla se había hecho un ovillo en el sofá, ya notaba el cansancio de los días
de fiesta. Fausto la invitó a pasar la noche en su cabina japonesa.
“Si me abrazas mucho y me das mucho cariño, ¿vale?”

De la documentación que hemos tenido a mano para narrar esta historia
siempre abierta, fragmento de fragmento, los amanuenses y editores
creen, creemos, que todo lo esencial está dicho o recogido. Pasan por encima
de lo que pudo haber pasado entre Carla y Fausto aquella noche segunda
de la fiesta de la Burbuja y presentación de la Aisipiai,
en su espacio de lo privado, aunque su espacio de lo privado
lo estemos pensando desde lo público, y de ahí este relato mismo,
que no se entendería bien ni tendría sentido sin esa realidad de la realidad.
La realidad de estas historias de vida subprime en plena lucha
por transmutar alquímicamente la mierda en oro, el oro en tiempo y vida;
la delicada y frágil trama de la miseria y la belleza aunadas
en acción y esperanza. Vidas subprime hermosísimas y animosas
en proceso de transmutación – alquímica, sí, erótica y moral también –
en sujeto político poderoso al mismo tiempo que potente mediador
en la nueva frontera global que se anunciaba. Su destino marcado

de libertad o muerte.

Al día siguiente, Carla tomó unas fotografías de Fausto, en un día claro que anunciaba la próxima primavera, y tras recoger la golosina que terminó de preparar para ella el sabio alquimista Mirallá, músico y matemático – no le aseguró ser demasiado fiel a las dosis previstas, pero se lo agradeció de todas las maneras –, se desplazó al aeropuerto de Dusseldorf en una bicicleta aerostática para regresar a su ciudad de apalanque provisional del interior estepario del Sur para preparar su viaje a los campamentos de refugiados orientales, en donde había dejado depositado por el momento su corazón.

Son éstas:





FINAL 1º

Nada más entrar en su casa de paso de la gran ciudad del interior estepario y sureño, Carla se topó con un paquetito traído por mensajero esa misma mañana. Era una turquesa con un mensaje que la felicitaba por ser una de las primeras Aisipiai; con lo que pasaba a formar parte ella misma, si lo deseaba, de la vitrina monumental panóptica para guardar un tesoro, como una joya del Nilo cualquiera. A Carla le entró la risa. “Son unos críos”.

FINAL 2º

Entre sus mensajes, encontró uno de un amigo poeta sirio que la volvió a la tierra. Decía así, y supo que tenía que movilizarse, de nuevo, de inmediato:

*Hoy me he despertado muy temprano, a las cinco menos cuarto de la mañana.
Me he lavado, he preparado mi café y he subido a la biblioteca.
No quise salir al jardín. No quería ver belleza ninguna. He cerrado la ventana,
no quería escuchar a mis pájaros sobre el algarrobo. He bajado las cortinas.
No quería ver cómo la luz iba expulsando a la oscuridad. Estaba amargado,
triste, muy triste y confuso, con la cabeza constipada.
El desarrollo del conflicto sucio en Siria no me dejó dormir bien.
Toda la noche estuve con pesadillas. Terribles pesadillas
que no os las quiero contar. He abierto mi ordenador, mi cuenta
y quise, como hacía siempre a pesar del dolor, deciros:
BUENOS DÍAS QUERIDOS AMIGOS, y no he podido.
Perdonadme queridos amigos, porque verdaderamente no he podido.
Me he estallado. Solo me he estallado lloran...*

Y seguía en árabe, que Carla no comprendía. La vida seguía y había que soportarla.

FINAL 3º

El tiempo real, o la realidad, el tiempo histórico y el tiempo literario suelen ser valores juguetones y caprichosos, y no hacen más que entreverarse y a veces confundirnos o divertirnos. Amigos reales de los amanuenses y editores se confunden con personajes literarios del cuento, como Carlos Miragalla o Javier Ruíz, o Chema Egea, criatura de Óscar Ayala, Germán Labrador (p.68), Arcadi Oliveres (p.70), Jaime Gonzalo (p.61), los Polacos Raj Kúter, Rafa y Sonia, colegas suyos de la librería Bakakai de Granada, como Javier Jabato o Laura Trans, Fran Andujar y Kike Tudela, Quico Rivas (p.24) o Carlos Bloch (p.43); por no hablar de citas como el fotógrafo Salgado (p.73), los también fotógrafos Calvín, Kula y Decyk (p.53ss.), el cantante Manu Chao (p.48), Radio Futura (p.64) o los Rolling Stones (p.66); el periódico *Refractor* o Max Stirner, don Antonio (Domínguez Ortiz, p.65), Sabater (p.68), el banquero Conde (p.59) o el señor Horst (p.57ss.), así como algunos políticos como don Silvio, don Cabrón, o el Monte o el Drago... Valga como constatación crítico-erudita académica. También se colaron en el texto algunas imágenes, ya personales ya de otros, como la de Calvin/Kula/Decyk procedente de El País del 21-04-2013, o las dos de Javier Ruiz (p.73) de su fondo más reciente de Facebook. Y, finalmente, un dramático aviso de Rifaat Atfé lanzado a la WWW, a quien saludamos desde aquí y deseamos ver por esta biblioteca del Naranjal también suya.

La maga Esmeralda o el Alí Calabrés, a su vez, anduvieron enredando por ahí. Para todos, ánimo y mucha salud.



FIN